

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1925 A 1926

POR EL DOCTOR

D. Mariano Sánchez y Sánchez

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



TALLERES TIPOGRÁFICOS

«CUESTA»

MACÍAS PICAVEA, 38 Y 40

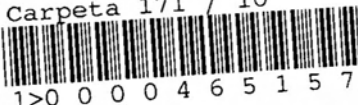


DISCURSO
LEÍDO EN LA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1925 A 1926



Carpeta 171 / 10

BiCe



DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1925 A 1926

POR EL DOCTOR

D. Mariano Sánchez y Sánchez

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



TALLERES TIPGRÁFICOS

«CUESTA»

MACÍAS PICAVEA, 38 Y 40

EXCMO. E ILMO. SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Correspóndeme pronunciar esta lección inaugural del curso que hoy comienza por el mandato imperativo que impone la antigüedad y la rotación establecida entre los Catedráticos de las distintas Facultades Universitarias, de Ciencias y Medicina y las de Filosofía y Letras, Historia y Derecho. Difícil es el trance en que estoy colocado, pues por esta tribuna han pasado hombres notables de ciencia y erudición, ilustres pensadores pedagogos, jurisconsultos y eminentes médicos y sociólogos. Grande será la desilusión que habéis de experimentar al oír este discurso que contrastará con los que han pronunciado los dignos compañeros, comprofesores de la Universidad, que me antecedieron en este sitio, los cuales supieron, con frase galana y profundidad de concepto, enaltecer y honrar nuestra Universidad, por muchos títulos ilustre casa solariega de la ciencia que sabe cumplir a maravilla el «*Perfundet omnia luce*» frase latina que debe llevar grabada en su mente y corazón el que se dedica a la enseñanza.

Antes de entrar en materia hemos de reseñar brevemente los principales acontecimientos universitarios. La Universidad, «Alma mater» en su doble función investigadora y docente, continúa su augusta y noble misión adoctrinando a las generaciones de estudiantes que van pasando por sus aulas, les prepara profesionalmente en las distintas carreras literarias y les capacita para regir los destinos de la Patria, y su digno profesorado en la Cátedra,

en el Libro y en el Laboratorio, difunde la cultura y así contribuye al progreso de las Ciencias.

Además, la acción cultural de la Universidad sale de sus cátedras y claustros y llega al pueblo y a la Sociedad con la obra de extensión universitaria instaurada con general aceptación en el curso de 1916 a 17 por el actual Rector Excmo. Sr. D. Calixto Valverde y Valverde, que viene desenvolviéndose sin interrupción en brillantes conferencias semanales, a las que asiste extraordinaria concurrencia. Esta obra comprende además cursos breves y de ampliación, la enseñanza de idiomas, pensiones en el extranjero, viajes en prácticas de enseñanza y la Sección de Estudios Americanistas que lleva a cabo, no sólo una labor cultural, sino la más grande empresa de los tiempos actuales, cual es la unión espiritual de los pueblos hermanos de raza, de religión y de idioma; esto es, España y América española. En una palabra, la extensión universitaria es una obra benemérita y patriótica digna de loa y alabanza.

De tres sucesos tristes he de hablaros con palabras sentidas que espontáneamente salen del corazón y suben a nuestros labios con efluvios de sentimiento. ¡Tres buenos compañeros de labor nos han abandonado! Don Enrique Nogueras Coronas, Catedrático de enfermedades de la infancia, falleció en la paz del Señor el 18 de enero en la villa de Boltaña (Huesca). Su enfermedad, ya iniciada al finalizar el curso de 1923 y agravada durante el verano, no le permitió comenzar las tareas de la cátedra y de la clínica en el curso pasado y rodeado de su familia en Barcelona primero, y después en una casa de campo cerca del Pirineo, joven aun, pagó su tributo a la muerte cuando tanto podíamos esperar de su fecunda y competente labor en la cátedra y en la clínica. En la Facultad quisimos mucho al señor Nogueras por su caballeroso trato y excelentes prendas personales. En la cátedra deja un vacío difícil de llenar y la Facultad de Medicina está de luto por la muerte del maestro que supo adoctrinar con gran competencia a la juventud escolar. La clínica y la Sociedad lloran la pérdida del médico eminente y experto cirujano, que en su humanitaria

labor clínica, arrancó de las garras de la muerte a muchos niños; y otros, libres de sus deformidades de huesos y articulaciones, bendicen la memoria de su corredentor, que les habilitó para el trabajo, les redimió de su inferioridad orgánico-fisiológica y les supo colocar en el concierto de la Sociedad, libres de sus dolencias y desviaciones morfológicas.

Su solicitud por la niñez le acreditaron como un buen Pediatra, su amor a los niños le llevaron a figurar en todas las instituciones Pro Infancia, Maternología, Puericultura y, otras instituciones sociales en defensa del niño, y sus escritos, conferencias y trabajos, fueron encaminados al servicio de los pequeñuelos, pudiéndose decir que agotó la vida junto a ellos. Ejercía su profesión con desinterés, haciendo de la Medicina un verdadero sacerdocio; era varón de caridad inagotable y culminó en el ramo más difícil de la cirugía conservadora ortopédica, donde hizo verdaderas filigranas en artrodesis, trasplantaciones óseas en las torceduras vertebrales, osteosíntesis y correcciones de desviaciones óseas, resecciones osteoplásticas, tenotomías, etc. Su crédito profesional, bien adquirido en Salamanca, se extendió después por toda la región castellano-leonesa, donde adquirió la fama de médico de los niños. ¡Descanse en paz el médico bueno y salvador de la infancia! Rindamos un tributo de justicia a sus altos méritos y de cariño al compañero.

La ley de la jubilación forzosa, apartó el 20 de febrero de la cátedra, a uno de los más eximios profesores de nuestra Facultad de Medicina, don León Corral y Maestro, Catedrático de Patología general y Decano de la Facultad de Medicina. Una disposición igualitaria, le separó en pleno vigor y entusiasmos por la Ciencia, después de una labor ardua en la que no advirtió la menor señal de fatiga y desmayo. El doctor Corral, que durante 30 años, ejerció el noble y elevado magisterio de la cátedra, es sobradamente conocido en el mundo médico nacional e internacional; fué uno de los más brillantes y sólidos prestigios de nuestra escuela de medicina, y por los importantes trabajos científicos, alcanzó una personalidad que traspasó las fronteras de

nuestra Patria, logrando una reputación mundial. Varias corporaciones científicas extranjeras tuvieron el honor de contar al doctor Corral, entre sus distinguidos miembros. La vida del ilustre catedrático ha sido un incesante laborar. Cursó los estudios de Medicina en las Universidades de Madrid y Valladolid, con máxima brillantez, y desde Médico titular que fué de Alfaro (Logroño), supo elevarse, por sus propios méritos, a ayudante de clases prácticas de Anatomía, por oposición, y Profesor auxiliar de la Facultad de Medicina. Ganó en 1894, en reñidas oposiciones, la cátedra de Patología general de esta Universidad, desde la cual ha llevado a cabo una labor pedagógica digna de las mayores alabanzas. Sobre sus relevantes cualidades culminó la de maestro, su talento, su claridad de exposición y su método de enseñanza, le dieron excepcionales cualidades pedagógicas. Fué el maestro sabio que supo conducir por los senderos de la Ciencia a las juventudes estudiosas.

La fecunda labor del doctor Corral, no sólo se destacó en la cátedra, adoctrinando a sus discípulos que le recuerdan con cariño, sino en el ejercicio de la profesión médica y en el cultivo de la literatura científica e histórica. En el ejercicio de la medicina es un sólido prestigio, llegando a disfrutar de una extensa y distinguida clientela que quiere entrañablemente al doctor Corral, por su trato caballeroso, digno y afable. Ejerció el cargo de Decano con celo, competencia y rectitud, que le valió la estimación general; a sus fecundas iniciativas y felices disposiciones se deben mejoras importantes en nuestro Centro docente.

Entre sus obras científicas y profesionales figuran: «Importancia y fines de la nutrición», 1876; «Noticias sobre las triquinias», 1879; «Apuntes sobre el contagio de la tisis pulmonar», 1894; «Cartilla sanitaria sobre el cólera», 1885, y sus obras cumbres «Elementos de Patología general», laureada con el premio Rubio, de la que van publicadas cinco ediciones y «La Clínica propedéutica». Las dos son modelos de erudición y método; la primera, es una admirable obra filosófica de Medicina que prepara al alumno para el estudio de las Patologías especiales, y la segunda, es un prontuario que,

con un método claro y concienzudo, inicia al alumno de clínicas en la observación de los enfermos e investigaciones de los síntomas, para llegar a los juicios diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Estas obras, por su claridad didáctica y orientación renovadora, marcan una saludable época en la enseñanza de la medicina, por eso son obras de texto que se siguen en muchas Universidades españolas y del extranjero, especialmente en América. Su «Patología general», es obra de consulta para los profesionales del presente siglo, que se han formado en las sanas ideas y teorías del sabio maestro vallisoletano.

El doctor Corral, no sólo ha cultivado el campo de la medicina, sino que su poderosa inteligencia, su curiosidad y afición, le llevaron a los estudios históricos en los que ha alcanzado justo renombre de meritísimo investigador. Tiene varias publicaciones de este género. «Don Diego de Corral y Arellano y los Corrales de Valladolid», 1905; «Don Alvaro de Luna, según testimonios inéditos de la época», 1915; «El derribo de la Universidad de Valladolid», 1918; «Estudios sobre Don Luis de Mercado». La sociedad de estudios históricos castellanos le cuenta entre sus miembros más entusiastas.

Ya que el gran maestro no puede seguir exponiendo la ciencia y difundiendo el bien desde su cátedra, creo interpretar los deseos de este Claustro universitario al ofrecerle nuestro homenaje de afecto y admiración a que se ha hecho acreedor por sus esclarecidas dotes, con el deseo de que, durante largos años, siga empleando su portentosa actividad en nuevas investigaciones para bien de la ciencia española, en la que ha marcado tan vigorosa huella.

Para recargar el cuadro con otra nota triste, cuando escribíamos este Discurso, en 23 de agosto, falleció don Arsenio Misol Martín, ilustre maestro de nuestra Universidad. Catedrático de gran cultura y abogado meritísimo de justa fama. Era modelo de caballeros cristianos y obrero intelectual infatigable; ejerció la cátedra con las condiciones que Barrio y Mier definió al buen Maestro, tomando la conocida frase de Cicerón «Magister est vir

bonus, docendi peritus». Maestro de maestros en Derecho, dejó en sus discípulos entusiastas seguidores de sus doctrinas y ellos y la Sociedad apreciaban lo que valía tan insigne abogado y catedrático. En su cátedra deja una estela luminosa que alumbró con sus enseñanzas a las generaciones de alumnos que pasaron por ella y las doctrinas por él defendidas pasarán a informar la Filosofía del Derecho. Fué constante defensor de la Escuela tradicional española de Suárez, Soto, Vitoria, Gil Robles y otros ilustres tratadistas.

Arsenio Misol, de humilde cuna, supo elevarse por sus propios méritos y constante trabajo. Natural de Malva (Zamora) donde nació el 14 de diciembre de 1861. Ingresó el 29 de diciembre de 1888 en el Profesorado, por oposición, a la cátedra de Derecho Procesal, Civil, Penal, Canónico y Administrativo y Teoría y práctica de redacción de instrumentos públicos de la Universidad de Santiago, en cuya Universidad y cátedra estuvo poco más de un año. En virtud de concurso, y por Real orden de 3 de febrero de 1890, fué nombrado catedrático de la misma asignatura de la Universidad de Zaragoza, donde estuvo tres meses y medio. Desde esta cátedra pasó a la de Valladolid por Real orden de 19 de mayo de 1890, habiendo sido nombrado de acuerdo con el informe del Consejo de Instrucción pública, en virtud de permuta, catedrático numerario de Derecho político de la Universidad de Valladolid, cargo que ha desempeñado durante treinta y cinco años. Fué Decano de la Facultad de Derecho y Vice-Rector de la Universidad, ejerciendo sus funciones con resultados brillantísimos. Antes de ser catedrático, perteneció al Cuerpo de Registradores habiendo desempeñado el Registro de la Propiedad de Puebla de Sanabria. Deja publicaciones importantes. «Programas de Derecho procesal y de Derecho político». Discurso inaugural para la apertura del curso de 1888 a 1889 en la Universidad de Valladolid sobre «El ideal de la política cristiana» y Discurso leído en el V Congreso de las Ciencias celebrado en Valladolid el año de 1915 sobre «El concepto del Estado y el derecho nuevo», trabajo que llamó justamente la atención. Su salud, quebrantada desde hace años, le impidió dejar en el libro los sazonados frutos de su saber.

Confesó a Cristo en las leyes, y en la vida de los Estados, propugnó su reinado social: muriendo con la muerte del justo. Descanse en paz el benemérito caballero y gran jurista. La Universidad llora la pérdida de varón tan preclaro.

Paralelamente a estos sucesos tristes del pasado curso, por la ley natural de las compensaciones y sustituciones en la vida social de las Corporaciones y de los individuos, se han producido otros dos acontecimientos gratos: uno ha sido el nombramiento de Decano de la Facultad de Medicina, vacante por la jubilación del doctor Corral, a favor de don Federico Murueta Goyena, catedrático antiguo y benemérito de nuestra Facultad. El Claustro de Medicina le propuso por unanimidad y el Gobierno de S. M. el Rey le nombró por Real orden, posesionándose de dicho cargo el 18 de marzo de 1925, cuyo cargo desempeña a satisfacción de todos los compañeros y alumnos por su celo y gran interés por la enseñanza e impulso renovador que ha impreso en el desenvolvimiento de la vida corporativa de nuestro Centro docente. Otro ha sido la venida a esta Universidad del doctor don Casimiro Martínez López, catedrático de Patología general y su clínica.

Nuestro querido compañero fué catedrático por oposición de Patología y Clínica médicas de la Facultad de Medicina de Cádiz; ingresando en el Profesorado de Universidades el 8 de mayo de 1923 y en concurso de traslado pasó a ocupar la cátedra que dejó el doctor Corral, tomando posesión de ella el 22 de mayo último. Joven en el profesorado, de sus actividades, talento y cultura, esperamos una actuación útil en la Clínica y una labor fecunda en la Enseñanza. Reciba un cordial saludo de este Claustro y nuestra cariñosa bienvenida.

Confieso que la elección de tema ha sido para mí motivo de preocupación. Para lograr fijar la atención de tan culto y vario auditorio, me ha parecido más conveniente elegir un asunto de carácter general, que tratar temas concretos de Medicina y Cirugía que no ofrecerían más que un campo limitado ni más interés

que el relativo al sector médico que los cultiva. Los asuntos de cultura general interesan por igual a toda clase de profesionales, a los estudiantes de las distintas Facultades y al público, a quien tengo el honor de dirigirme.

El insigne Letamendi dijo que «El médico que no sabe más que medicina, tenga por seguro que ni medicina sabe».

Nosotros vamos a inspirar este trabajo en la contemplación de la grandiosa obra de la creación, como obra de Dios, en su admirable concierto y en el conocimiento del hombre como síntesis de la misma que ha sido y será siempre fuente inagotable de estudio. El arrancar los secretos de la Naturaleza, el desentrañar los recónditos senos de la Tierra y el estudio del hombre y de las razas humanas en sus relaciones recíprocas para formar las sociedades y los pueblos que habitan la superficie del Globo terráqueo, es manantial fecundo de aplicaciones a las Ciencias, Artes, Sociología, Higiene y Medicina social, Derecho y Legislación pública.

Por otra parte, el recuerdo de la influencia de nuestra raza, allende el mar, a través de los tiempos y de las más remotas regiones, es un timbre de gloria nacional que rememora no sólo nuestro antiguo poderío, sino la acción civilizadora que desempeñamos en la gloriosa historia de la Gran Iberia, a la cual dedican cariñosa atención, en la actualidad, nuestros pensadores, patriotas e ilustres estadistas y hombres de gobierno como origen del más sano hispano-americanismo.

Sería en nosotros ridícula y pueril pretensión tratar de resolver ningún problema nuevo. Los descubrimientos son obra de hombres cumbres, investigadores y sabios que engrandecen la Ciencia; nuestra posición es más modesta: preséntome a vosotros como fiel relator de hechos, ajustándome, en lo posible, a la imparcialidad y verdad histórica.

El deseo de no hacer enojoso mi discurso, me hace traer aquí un asunto interesante, siempre viejo y siempre nuevo, como lo es la misma Humanidad desde su cuna hasta la consumación de los tiempos: materia inagotable de gran extensión que puede estudiarse de diversos aspectos, según las particulares aficiones de cada uno,

El tema que me propongo desarrollar con la brevedad posible, es: **ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL HOMBRE Y LA CREACIÓN: LA ESPECIE HUMANA, SU ORIGEN Y DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA: OBRA CIVILIZADORA Y COLONIZADORA DE ESPAÑA Y PORTUGAL.**

Nuestros conocimientos sobre la materia propuesta sólo nos permiten recoger algunas ideas de carácter enciclopédico, cual brotes espontáneos y aislados del tronco común de la ciencia general de la que se derivan las ramas: Cosmología, Antropología, Prehistoria, Paleontología, Geología, Etnografía, Geografía e Historia, cuyas disciplinas tenemos que consultar para desarrollar el objetivo de este tema, de suyo amplio y escabroso.

No esperéis que os deleite nuestro trabajo por su forma ni instruya por su fondo.

Puesto en este sitio, que no puedo rehuir, dos virtudes es preciso que ejercitemos: una yo, la de la obediencia al precepto reglamentario; otra vosotros, la de la caridad, virtud excelsa que ennoblece el alma y es apretado lazo que une a los hombres con Dios y les hace sentir el cariño de hermanos.

Y ya que como hombre puedo errar en lo que escribiere, quiero en todo lo que exponga sujetarme a las enseñanzas de la Iglesia Católica, que es fundamento y columna de la verdad, y si por ignorancia o descuido me apartare de la verdad de sus dogmas o de la doctrina del Evangelio predicado por Jesucristo, desde luego revoco lo que hubiere dicho en contra, así como también es nuestro deseo que las ideas u opiniones que expongamos lo hagamos dentro del más profundo respeto a las ajenas en todo aquello que sea opinable.

La Ciencia, la Creación y la Geología

Si echamos una mirada por la inmensidad del espacio y la Creación, no podemos menos de reconocer el poder e inteligencia del Sér Supremo que les dió vida. Si admiramos el magnífico espectáculo de la Naturaleza y nos fijamos en las maravillas del Universo, sentimos un placer íntimo que nos lleva a la contemplación de su belleza y la bondad suma del Omnipotente que con su poder sacó las cosas de la nada y con su providencia las sostiene y las conduce al fin para que fueron creadas.

El Racionalismo y Materialismo en Ciencias Naturales han producido hombres escépticos e indiferentes en Religión, que llevados del orgullo y vanidad de la razón humana, no iluminada por la fe, han querido o pretendido con su imperfecto y limitado saber, explorar las leyes del Universo y los fenómenos de la Biología por causas puramente naturales sin admitir la causa suprema, razón primordial de todo lo que existe.

Por fortuna parece que la época de éstos va pasando después de los trabajos que se hacen por los verdaderos pensadores para armonizar y concordar la Ciencia con la fe. Desde esta tribuna podemos decir lo que tantas veces se ha repetido: que la verdadera Ciencia no está en oposición con la Religión (1).

El célebre Platón, filósofo de la antigüedad, dijo «que cuanto más se sabe más se cree», y el gran Lacordaire se expresó dicen-

(1) «La Biblia y la Ciencia», por el Cardenal González, O. P. Sevilla, 1892.

do «que la mucha ciencia aproxima a Dios y la poca separa de Dios».

Los progresos de los conocimientos humanos nos hacen ver con más claridad la admirable obra de la Creación y las conclusiones a que han llegado las Ciencias nos muestran el papel que en ellas desempeñan las causas segundas como dependientes del Creador, Causa Suprema; origen de todas las causas y principio de los efectos que en los seres se producen. Dios, en su infinita Omnipotencia e inteligencia, ha concedido a las criaturas la facultad de producir cuanto en su esfera pueden producir, dejando intervenir las segundas causas. *Frustra fit per majora quod fieri potest per minora* afirma un principio conocido de los filósofos. «No debemos pedir la explicación de un efecto a una causa superior cuando podemos encontrarla en una inferior».

El espíritu del naturalismo cristiano, escribe H. Dorlodot, profesor de Geología de la Universidad de Lovaina y antiguo profesor de Teología del Seminario de Namur, ha sido siempre aprobado y propagado por la Iglesia. «El naturalismo cristiano tiene tendencia a atribuir a la acción natural las causas segundas en todo cuanto la razón y las conclusiones positivas de las Ciencias permite atribuirles, no recurriendo a una intervención especial de Dios, distinta de su Providencia general, sino en los casos de absoluta necesidad» (1).

Antiguamente se quería encontrar en la Causa primera la explicación tal vez única de todas las cosas del cielo, de la tierra, de los vegetales, de los animales, del alma, del cuerpo humano, suponiendo todas las criaturas fijas y estables en una especie de inmutabilidad original. El sabio moderno no se contenta con saber que Dios es Creador del Mundo, procura indagar también el cómo y

(1) En confirmación de esta tesis podemos aducir la Doctrina Tomista, defendida por el P. Ceferino González, que dice: «Cuando se trata de la primera constitución o formación de las cosas naturales, no debemos buscar milagros, sino la naturaleza de las mismas», como enseña oportunamente Santo Tomás: *In prima autem institutione naturae, non quaeritur miraculum, sed quid natura rerum habeat.*

el por qué de las cosas y las transformaciones porque han ido pasando desde su creación. Por eso en la Apologética católica es de extrema necesidad el conocimiento de esta orientación de la Ciencia de nuestros días, a fin de rebatir con sus mismas conclusiones las tesis materialistas, aun defendidas por algunos hombres y centros científicos. Es una preocupación vulgar la persuasión de que la Ciencia se deshonra reconociendo al Creador. Esta idea, falsísima, proviene principalmente de varias causas.

La primera es la corriente de incredulidad, principalmente propagada por la mala prensa al amparo de una libertad perniciosa de pensamiento.

La segunda causa es la falta de crítica científica en los hombres creyentes que por un respeto mal entendido a las doctrinas contrarias, nacidas algunas veces de la mala fe, producen un mal incalculable en las inteligencias de los jóvenes. A éstas podríamos agregar una tercera causa de este conflicto aparente entre la Religión y la Ciencia, especialmente en Biología y Antropología, como proveniente de la ignorancia de la Filosofía y Teología, disciplinas necesarias para explicar las causas de los fenómenos que se producen en los seres, y de la falta de independencia de juicio que acepta como verdades lo que no está plenamente demostrado por el *Magister dixit* del profesor, de la revista o del periódico que pretenden hablar en nombre de la verdadera Ciencia. La verdad revelada o sobrenatural nada tiene que temer a la natural (1).

La conciliación de ambos no presenta dificultad seria en el creyente para el que lo natural y sobrenatural son obra del mismo Dios. «La Biblia» no está en peligro como ha dicho hace poco el ilustre escritor francés François Mentré. La Ciencia verdadera y legítima, como el legítimo y verdadero progreso no están ni estarán en contradicción con la verdad religiosa contenida en los Libros

(1) *Nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest*, Concilio vaticano, Const. de Fid. cath., c. IV.

Santos y en la Tradición católica (1), y si alguna vez se presenta a nuestro espíritu una oposición más o menos aparente entre la Ciencia y la Biblia, podemos y debemos estar seguros de que aquélla desaparecerá con el progreso de la Ciencia y la labor perseverante de los exégetas católicos, según ha sucedido en varias materias y cuestiones de esta índole.

Se comprende, señores, dice el P. Zacarías Martínez (2), «que un hombre de ciencia, al verificar una prueba, al descubrir un hecho aislado, al describir un nuevo fenómeno no hable de Dios, ni nos dé una lección de catecismo o de religión. No se puede pretender que un astrónomo, v. gr., aunque sería muy bueno para él, tenga como el gran Le Verrier, al lado de la pizarra, desde la cual descubrió a Neptuno, un Crucifijo, para descansar, en su contemplación, del estudio del mundo planetario; ni que un matemático lleve, como el primer matemático del siglo XIX, Agustín Cauchy, en un bolsillo la mecánica analítica de Lagrange y en otro el «Kempis», ese libro admirable que leían con placer espiritual Bacon de Verulamio, Newton, Kepler y Euler.

»Lo que verdaderamente apena y no se puede comprender es que los hombres de hoy que cultivan las ciencias y tratan de resolver los problemas del Universo y nos describen sus maravillas estupefactas, la simplicidad de las causas y la regularidad de las leyes, y en uno de sus ímpetus y entusiasmos líricos de gratitud que brotan de toda alma honrada, no nombren siquiera al Señor de las ciencias, y hablando de maravillas no mencionen a su Artífice soberano, y refiriéndose a las leyes que rigen el cosmos, la materia y la vida no citen al supremo Legislador que las impuso. Se puede asegurar que los creadores excelsos de las ciencias matemáticas, astronómicas, físicas, naturales, biológicas, creyeron en Dios y en la Divinidad de Jesucristo, y muchos les dedicaron palabras sublimes como buenos cristianos y católicos».

(1) P. González. «La Biblia y la Ciencia», Tomo I, Prólogo.

(2) «Una rápida excursión por el mundo de la Ciencia y de la vida. ¿Dios o el acaso?» Fray Zacarías Martínez-Núñez, O. S. A. Año 1921.

Áhí están los grandes astrónomos como Copérnico, autor del sistema planetario Heliocéntrico, Galileo y el gran Newton, que descubrieron la gravitación universal y daban gracias a Dios porque les permitió conocer algo de la sabiduría infinita. Kepler, que descubrió las famosas leyes que constituyen la base de la moderna astronomía (1) y Laplace, que digan lo que quieran sus adversarios, creyó en Dios y murió como católico, recibiendo los auxilios de la Iglesia.

Creyeron los grandes matemáticos como Leibnitz, Euler, Juan B. Biot, los grandes físicos Leonardo Vinci, Torricelli, Descartes, Pascal, Mariotte, Volta, Spallanzani, Faraday, Augusto de la Rive, Roberto Mayer, creador de la termodinámica, y el gran Ampere, creador de la electricidad dinámica y de las leyes de la química atómica. Creyó un Hertz, descubridor de las ondas que llevan su nombre; Brandly y Marconi, inventores de la telegrafía sin hilos y Rontgen, que conoció los rayos X, en sus importantes aplicaciones a la Medicina.

Creyeron los grandes químicos como Lavoisier, Gay Lussac, Berceilius. Creyeron los grandes naturalistas botánicos como Linné, autor de su Sistema Naturae, que entona un himno «a Dios eterno, omnisciente, infinito», Jussieu, Cabanilles, sacerdote español como lo era Mutis, príncipe de los botánicos del Nuevo Mundo, según le llamó Humbolt; el P. Blanco, agustino, autor de la «Flora de Filipinas» y Brotero, célebre naturalista portugués, Profesor de la Universidad de Coimbra. Creyeron los grandes geólogos como Carlos Lyell, Alberto Lapparent y paleontólogos como el insigne Cuvier, creador de la paleontología y Alberto Gaudry, etc., porque es innumerable la legión de los grandes hombres creyentes, entre los cuales se cuentan también naturalistas, biólogos, anatómicos, fisiólogos y médicos notables como Schwan, Schleiden, Juan Müller, Cuvier, Carlos Ludwig, Du

(1) En su libro V de «Harmonices Mundi» escribe el sublime comentario al «Laudate Dominum de Coelis» del Real Profeta David que arranca lágrimas al lector.

Boix Reymond, Claudio Bernard, Carlos Robin y el inmortal Pasteur, el gran biólogo del siglo XIX, el creador de la microbiología, debelador de la generación espontánea y el gran bienhechor de la Humanidad.

La Sagrada Escritura nos enseña y las tradiciones de todos los pueblos confirman la verdad de la cosmogonía mosaica, expresión de la legislación del pueblo hebreo, que recopiló el gran Moisés en el libro I del *Génesis*: «In principio creavit Coelum et Terram», etc.; omitimos el texto bíblico por ser sobradamente conocido, únicamente vamos a interpretar algunos de sus pasajes en relación con nuestro objeto. La Ciencia nada ha demostrado ni puede demostrar que no esté en consonancia con el relato bíblico. Examinando bien lo cierto que una y otro nos enseñan vemos que, no sólo no se contradicen, sino que se confirman mutuamente. Estudiando la corteza terrestre, hallan los geólogos gran variedad de capas superpuestas unas a otras con más o menos regularidad, según han sido los trastornos que en cada paraje ha experimentado la Tierra.

He aquí las explicaciones que de ellas nos dan los intérpretes católicos desde el tiempo de San Agustín. Desde luego están contestes los autores que se ocupan del sagrado texto que la palabra *día* no se ha de tomar en sentido estricto de 24 horas, sino como período de varia duración, acogiendo como probable la teoría de Laplace, con las modificaciones que en ella han ido introduciendo los astrónomos.

Leemos en la obra del P. Mundó (1): «Dios creó en un principio los elementos en estado gaseoso, y confundidos en una inmensa nebulosa los cuales al encontrarse y combinarse con enorme producción de calor comenzaron a producir la primera luz. Este fué el *primer día* de la creación.

(1) *Curso de Historia Universal*. por el P. José Mundó, S. J.



»Separóse luego nuestro planeta de lo restante de la masa cósmica e irradiando parte de su calor comenzó a enfriarse y consolidarse la superficie terrestre. Esta estuvo rodeada de una masa densa de vapor de agua que enfriándose produjo las aguas líquidas sobre la tierra y las nubes se alzaron en el firmamento. Este nuevo orden o alborada formó el *segundo día*, que siguió a la noche o confusión que le había precedido.

»La corteza terrestre, delgada aun, empezó a resquebrajarse y a hundirse por unas partes y alzarse por otras formando mares y cordilleras. Así se hizo apta para recibir los primeros seres vivientes. Originándose los terrenos *primarios* o *paleozoicos*, caracterizados por la exuberante vegetación, pues por efecto del calor y humedad intensísima que entonces reinaba, las plantas adquirieron las dimensiones de árboles gigantescos. Esta abundante vegetación iba absorbiendo el exceso de ácido carbónico de la atmósfera y por una lenta combinación se transformaba en los inmensos depósitos de carbón de piedra reservados para los tiempos que estaban por venir. Esta fué *la tercera fase del mundo o el tercer día*.

»En el *cuarto día*, purificada más y más la atmósfera terrestre y concentrada e incandescente la masa de Sol, dió lugar a que apareciesen sus rayos y los reflejos de la Luna. Entonces se constituyó la *época secundaria o mesozoica o del reino animal*. No porque antes no hubiera existido animal alguno sobre la tierra, sino porque los que hasta entonces habían aparecido quedaban oscurecidos ante la exuberancia del reino vegetal. En esta época aparecieron las aves y los inmensos reptiles, como el Ictiosauro, Plesiosauro y Megalosauro, cuyos esqueletos de 10, 12 y 20 metros de longitud se conservan todavía. Tenemos, pues, el *quinto día* descrito por Moisés.

»Las dos épocas siguientes constituyen el *día sexto*. En la *época terciaria* llamada *cenozoica* se desarrollaron los grandes mamíferos, Dinoterio, Megaterio y Mastodonte. Y en la *postrera o cuaternaria*, el Mamut, el Megacervo, el Oso de las Cavernas, junto con otros animales que aun existen en nuestros días. Cuando

todo estaba formado, entonces fué cuando Dios creó al hombre y terminó la obra de la Creación».

* * *

La Ciencia geológica ha corroborado la verdad de la Cosmogonía mosaica. La Geología trata de la Tierra en su aspecto físico, mineral y orgánico de la forma exterior e interior del Globo terrestre, de la naturaleza de las materias que lo componen, de su formación y cambios o alteraciones que ha experimentado desde su origen hasta el estado actual. La Geología por su método de investigación y las teorías a que se eleva, la autorizan no sólo al conocimiento del pasado, sino también a deducir el porvenir del Globo. Los conocimientos que ha adquirido esta parte de las Ciencias naturales y su desenvolvimiento científico, tiene por objeto conocer el origen, formación y causas que han dado nacimiento a los materiales constituyentes para reconstruir históricamente los diversos episodios de las transformaciones sufridas por nuestro Globo desde su origen.

La investigación geológica obedece a reglas generales y fijas que la informan sobre el orden en la disposición y superposición de las masas mineralógicas; orden de sucesión de las faunas y floras fósiles y actuación de las fuerzas naturales que modifican la constitución y estado de la Tierra en sus diferentes períodos geológicos. Es decir, que la Geología es el estudio del orden que presidió y preside la disposición de los materiales constitutivos del Globo terráqueo o sea la formación de éste en el tiempo y en el espacio.

La Paleontología o Ciencia que estudia los fósiles es el complemento indispensable de la Geología para el conocimiento de los seres que hoy viven en la Tierra.

Por los restos fósiles hallados en los estratos terrestres se reconstituye por el paleontólogo los vegetales y animales de épocas antiguas, las condiciones geográficas y circunstancias climatológicas que precedieron a la época actual en la superficie

terrestre, llegando a determinar las variaciones o modificaciones que han sufrido las faunas y floras en el transcurso de los tiempos.

No puede negarse, dice el P. Ceferino González (1), que cuando el hombre fué creado y tomó posesión de la Tierra, habían transcurrido millares de años, durante los cuales ésta había sido teatro de mutaciones y formaciones sucesivas producidas por el fuego y por el agua, y, sobre todo, de apariciones y desapariciones de muchedumbres inmensas y variadas de seres vegetales y animales. Esta es la explicación geológica de la existencia de fósiles en los diferentes estratos de la Tierra.

Los fósiles se estudian como medio de conocer las pasadas organizaciones de animales (Paleozoología), de los vegetales (Paleofitología) o como testimonio de la edad de las formaciones o estratos térreos en que yacen los fósiles (Paleontología estratigráfica). Por los fósiles hallados en las diversas localidades se puede establecer la cronología geológica e inducir el origen y naturaleza de los seres fosilizados (terrestres, fluviales, lacustres o marítimos). Así se han podido formar grupos estratigráficos que corresponden a períodos distintos de la Tierra.

En la historia de la Geología hubo un período que debió de ser extremadamente largo, en que la Tierra no ofreció condiciones de habitabilidad para los seres vivos; este es el período *azoico* (2); geológicamente constituido por el grupo arcaico o fundamental en cuyos estratos formados de gneis, pizarras y rocas cristalinas, no se ha encontrado ningún vestigio de seres fósiles vegetales ni animales.

Al enfriarse la costra terrestre y al recibir la Tierra la influencia del agua, de la luz y del sol, apareció la vida sobre el planeta que habitamos. Los períodos geológicos que comprenden los seres vivos u organizados, forman los siguientes grupos estratigráficos: el *primario* o *paleozoico* (3), el *secundario* o *mesozoico* (4), el

(1) «La Biblia y la Ciencia», Tomo I, pág. 279.

(2) De a, sin; zoos. vida.

(3) De paleos, antiguo; íd. íd.

(4) De mesos, medio; íd. íd.

cenozoico (1) (con sus sistemas eocénico, miocénico y pliocénico), el grupo postterciario o cuaternario y el moderno.

La época postterciaria o cuaternaria, de cuyas vicisitudes fué testigo el hombre, según Bolívar y Calderón (2), se caracteriza por pocos trastornos orogénicos, pero en cambio ofrece de singular grandes trastornos en el clima. Los fenómenos eruptivos volcánicos, que aparecen en toda su intensidad en el período terciario, continúan dando lugar a la formación de las rocas volcánicas. Los grandes trastornos atmosféricos de este período, determinaron un enfriamiento intenso de la Tierra dando lugar a la formación de los glaciares que, acompañados de gran humedad, cubrieron de nieve congelada inmensas regiones del antiguo y nuevo Continente. Su existencia nos lo demuestra las profundas capas de hielo con animales fósiles que se hallan en Siberia y Groenlandia, debajo de sedimentos de tierra y turba vegetal en los que aparecen esqueletos y cuerpos enteros de animales prehistóricos como el Mamut, el Rinoceronte polar y otros que, sorprendidos y envueltos por la nieve, quedaron libres de putrefacción hasta nuestros días. La extensión de los glaciares puede conjeturarse por las capas de cantos rodados, gravas, arenas y arcillas, que arrastradas por las corrientes marítimas y terrestres dieron lugar a la formación de los terrenos de acarreo o de aluvión que dejaron esparcidos por Europa (Península escandinava).

Estos bloques y cúmulos de piedra no pudieron ser trasladados a través de los mares y montañas sino por la nieve congelada que los arrastró y llevó en suspensión como pasa actualmente en los ventisqueros de los Alpes. Ni fueron los montes escandinavos el centro de tales fenómenos del antiguo glaciario. En los Alpes (3), los Pirineos y las demás cordilleras importantes de Europa, Asia y América, han dejado parecidos yacimientos en torno suyo, prueba de que todo el planeta experimentó estos trastornos geológicos.

(1) De cenos, nuevo; zoos, vida.

(2) Véase Geología de I. Bolívar y Calderón.

(3) Mont Blanc (4, 810 ms.).

Examinando estas capas de acarreo diluvial y las rocas intermedias con sus fósiles de plantas y animales han deducido los geólogos que los glaciares se repitieron cuatro veces en el Norte de Europa, con grandes períodos intermedios, en los cuales se desarrollaba al principio una vegetación raquítica, propia de estepas, que después iba haciéndose más frondosa y casi tropical y volvía a menguar hasta llegar el glaciar siguiente (1). Estos fenómenos son interesantísimos, porque mientras ellos ocurrían en Europa, entró el hombre por vez primera en este Continente.

El carácter paleontológico más saliente de la época cuaternaria es la existencia del hombre comprobada por el hallazgo de sus restos esqueléticos y los de su primitiva industria, acompañados de huesos y dientes de otros mamíferos pertenecientes a especies extinguidas o a las que actualmente viven en nuestras regiones.

A consecuencia del enfriamiento de esta época y la aparición de grandes masas de agua producidas por la fusión de los glaciares se produjeron corrientes marítimas y terrestres y lluvias torrenciales que caracterizaron en el período glacial el *diluvium*.

La Geología lo comprueba por la existencia de los terrenos de aluvi6n o acarreo, formados por la sedimentaci6n de los materiales t6rreos arrastrados por las corrientes de las aguas que es un hecho que se repite en todos los continentes y pa6ses por su carácter general.

Andando los tiempos cuaternarios los glaciares se van retirando y las corrientes de agua líquida disminuyen de volumen, los fenómenos meteorológicos y climatológicos entran en las condiciones actuales, sucediendo al período glacial o cuaternario el moderno en que vivimos.

(1) Obermaier, 28-40.

II

El hombre a través del tiempo

Dios hizo la obra de la Creación con sola su palabra, esto es, con el acto de su voluntad. El dijo y fueron hechas las cosas. Tan sólo en la creación del hombre (1), como hace notar Bossuet, en vez del mandato divino hallamos el consejo y la resolución de Dios consigo mismo, seguida de la ejecución.

«En la narración bíblica, Moisés (2) nos presenta también a Dios como autor de la vida. A su palabra obradora deben su existencia los seres vivientes, las plantas y los animales. Él establece la reproducción de las plantas, por semillas, dentro de sus tipos y géneros. Efecto de la bendición divina es también la tendencia sexual de los animales y del hombre mismo ordenada a la conservación y propagación de los diversos géneros o especies.

Y esta conservación y reproducción, según la palabra de Dios, hácese siempre según su género. De suerte que así las plantas como los animales proceden de Dios según su género y se reproducen y propagan dentro de su propia especie.

Y en realidad las teorías transformistas que no han traído jamás en su apoyo ningún dato claro y preciso, son no menos contrarias a la Biblia que a la verdadera Ciencia. No quiere esto decir que los diversos tipos y géneros según los cuales se diver-

(1) *Génesis*, cap. I, vers. 26, 27. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram... Et creavit Deus hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei creavit illum: masculum et feminam creavit eos.*

(2) *Enciclopedia Universal ilustrada Europeo-Americana*, Hijos de Espasa, Editores. Tomo XXXV, pág. 1373.

sifican conforme a la Biblia las plantas y los animales, hayan de ser precisamente los géneros y especies diversas que señalan los naturalistas; y bien podrá ser que éstos vean a veces especies distintas donde no hay en realidad más que variedades diferentes. Así, todos los hombres, con la diversidad de sus razas, no forman sino una sola especie, la especie humana».

Nosotros, como dice el P. Mundó (1), no hemos de aventurarnos a señalar con guarismos la antigüedad del hombre, pues ni tenemos datos para ello, ni lo podemos deducir de la Sagrada Escritura, según opinión de los exégetas católicos.

Parece que están contestes los autores (2) en no admitir para el mundo en general, una antigüedad mayor de 6000 años, que algunos deducen de las interpretaciones de la Biblia. Algunos comentaristas de los textos sagrados hacen ascender la antigüedad del hombre a 4000 años. Sobre la antigüedad del mundo dice el Cardenal González: «Esa muchedumbre de animales que se suceden antes de la creación del hombre, esos miles de años durante los cuales preparábase la tierra para recibir a su Señor; esas épocas cuyo silencio de muerte indican sólo la existencia de la materia inerte; esas grandiosas y formidables catástrofes que transformaban la tierra; todos esos fenómenos forman, por decirlo así, una especie de calendario, con cuyo auxilio podemos medir un instante de la vida de Dios, antes que comenzara la vida humana».

Sin embargo, la solución definitiva de este problema, no se ha resuelto, y es de prudencia no sólo cristiana, sino científica, suspender el juicio en cosa tan dudosa de conformidad con el consejo de San Agustín: «*Servata semper moderatione piae gravitatis, nihil credere de re obscura temere debemus*».

Dios ha ocultado hasta ahora este conocimiento a los hombres, como cuidadosamente en su amorosa Providencia ha querido ocul-

(1) *Historia Universal*, I, 8-9.

(2) T. Aranzadi. *Antropología filosófica*, tomo II, 56, 58.

tar también el fin del mundo y el juicio universal anunciado en la Sagrada Escritura (1).

El origen altísimo del hombre, confirmado por la tradición de todos los pueblos, sería bastante para ennoblecerle. Le elevó en el orden natural y en el de la gracia con derecho a alcanzar la felicidad eterna. Mas como la conservación de esta gracia dependía de que el hombre cumpliese el precepto impuesto por Dios y no lo cumplió, perdió aquel tesoro para sí y para todos sus descendientes.

Nuestros primeros padres, Adán y Eva, fueron arrojados del paraíso y condenados a procurarse el sustento con penoso trabajo, puesta toda su esperanza en un *Redentor prometido por Dios*, que había de restituir al hombre con creces la gracia perdida. Fué restaurada la Humanidad en Cristo con la venida del *Mesías prometido* y las civilizaciones de la Era cristiana habían de aumentar su cultura, irradiándose la luz del Evangelio a las civilizaciones posteriores.

Los descendientes del primer hombre se multiplicaron y Dios borró la iniquidad del género humano de la faz de la Tierra, inundándola con el Diluvio. Esta horrible catástrofe (2) es un hecho tan comprobado, no sólo por la Geología, sino por la tradición de los pueblos (3), que ya los mismos racionalistas se ven compelidos

(1) De die autem illa et hora nemo scit, neque angeli coelorum, nisi solus Pater. S. Math., cap XXIV, vers. 36.

(2) Un escritor contemporáneo escribe a propósito de las grandes catástrofes que han afligido a la Humanidad lo siguiente: «Nosotros creemos que han sido consecuencia de la transgresión de los hombres. Dios en su infinita Bondad al promulgar las leyes inmutables que rigen la actividad del Planeta, excluye la intervención de todo movimiento pasional en los fenómenos del Universo. Dios no se venga nunca, porque es infinitamente perfecto. El Creador, al hacer el mundo, conoce de antemano su mecanismo y, en su Providencia, escoge los medios necesarios para el cumplimiento de los fines de la Humanidad. El Poder divino no tiene límites. Como ignoramos sus altos designios, no sabemos si se propone restaurar la vida con los residuos de la muerte».

(3) Dice el P. Mundó que en las ruinas de Nínive y Babilonia se han hallado cuatro descripciones del Diluvio en caracteres cuneiformes.

a reconocerlo y no faltan exégetas que dentro de la ortodoxia católica en la interpretación de la narración mosaica, admiten la no universalidad geológica del Diluvio (1).

Se salvaron, según la Historia Sagrada, Noé y sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, con sus esposas y algunas parejas de las varias especies de animales. Extinguido el Diluvio, comenzó a multiplicarse la descendencia de Noé, esparciéndose por todo el mundo. Es difícil seguir a los varios pueblos que entonces se formaron, los cuales se fueron alejando del tronco del humano linaje. Los hombres, obligados a luchar con los obstáculos que la brava naturaleza les oponía, degeneraron rápidamente y hubieron de reconquistar poco a poco los elementos de cultura que habían perdido. Este será como el fondo obscuro de la humana civilización. Los que habían permanecido más próximos a su cuna, gozaron más pronto de las comodidades de la vida y las irradiaron sobre los demás.

La última, descubierta por Hilprecht en Nipur, el año 1909, es la más antigua de todas. Se cree que fué escrita mil años antes de que Abrahám saliera de Caldea y es la que más se parece por su sobriedad a la descripción bíblica.

(1) A este efecto aducimos la autoridad del Cardenal González, que en su obra «La Biblia y la Ciencia», dice en la pág. 549: «Todo, pues, induce a creer que el Diluvio de Noé extendió su acción y sus efectos devastadores a la región o regiones habitadas a la sazón por la Humanidad, quedando libres de la inundación diluviana las restantes comarcas o regiones de nuestro globo» y al comentar el texto de «El Diluvio bíblico ante la fe, la Escritura y la Ciencia», de que es ilustre autor el abate Motais, añade en la pág. 567: «Parécenos que mientras la Iglesia no hable, no hay derecho para rechazar como opuesta a la enseñanza dogmática de la Escritura y de los Padres, la teoría que admite y defiende que el Diluvio no fué universal con relación a los hombres: que algunos de éstos, y probablemente tribus y razas enteras, no perecieron en el gran cataclismo diluvial narrado por Moisés en el *Genesis*», y la pág. 577 termina con las siguientes palabras: «Considerado el problema con relación al texto bíblico y a la tradición eclesiástica, la primera teoría se presenta como más probable; considerado con relación a la ciencia, no carece de alguna probabilidad la segunda; hoy por hoy ninguna de las dos pueden ser defendidas, como más o menos probables, lo mismo en el terreno exegético que en el terreno científico».

PREHISTORIA

El origen remoto del hombre se ha estudiado en la Prehistoria que se ocupa del hombre y la evolución de las civilizaciones humanas por los rastros que ha dejado sobre el Planeta de la Tierra que habita, antes de la invención de la escritura.

La Prehistoria se considera como una ciencia que trata de investigar aquellos períodos de la historia humana que no podemos conocer por documentos escritos, figurados o simbólicos, utilizando para llegar a ese conocimiento toda clase de restos dejados por el hombre, tales como armas, utensilios, objetos de adorno, habitaciones, sepulturas y hasta sus mismos huesos.

Esta Ciencia, en el fondo, no es más que el primer capítulo de la historia de la Humanidad y tiene como auxiliares la Cronología (Ciencia del tiempo) y la Geografía (Ciencia del espacio).

A la averiguación y determinación de las razas constituyentes de los pueblos civilizados, su influencia en el carácter y forma de su civilización, precedió aquel período de la primitiva existencia de la Humanidad sin historia escrita ni trazada en monumentos artísticos; este período es lo que se comprende con el nombre de Paleontología. Ahora bien, como la Humanidad ha evolucionado gradual, lenta y sucesivamente; antes de la historia escrita hay un período indeciso, variable y borroso, en que no puede trazarse con líneas fijas y vigorosas los límites precisos donde termina la Prehistoria y comienza la Historia. Este período de enlace es conocido generalmente con el nombre de Protohistoria (1) o primera historia que está fundada en algunos de los medios que sirven de base a la Historia como son la tradición oral, la leyenda, los documentos manuscritos, las inscripciones y los vestigios del pasado, como monumentos, construcciones y objetos antiguos.

Nuestro eximio historiador y polígrafo Menéndez Pelayo dió

(1) Palabra generalizada en los países de lengua alemana

una norma clara, para distinguir la Prehistoria de la Historia propiamente dicha, diciendo que la historia de un pueblo empieza donde aparece la cronología deducida de los monumentos escritos.

La única diferencia, pues, entre la Prehistoria y la Historia, proviene no de su contenido, sino de las respectivas fuentes de conocimiento y de sus métodos de estudio y trabajo.

Los progresos de la Paleontología humana (1), según dice Marcellin Boule, en el prefacio de «Les hommes fossiles» han hecho que esta cuestión de la antigüedad del hombre sea un asunto de actualidad que atrae la atención del público y de los Centros y Academias científicas. Apenas se anuncia un descubrimiento respecto a nuestros antepasados y la prensa diaria y las revistas de vulgarización, le dedican noticias y artículos de crítica a las hipótesis y conclusiones presentadas, que revelan un estado de opinión de legítima y ardiente curiosidad del público por esta clase de estudios.

Es cuestión de importancia también para la Apologética católica (2). Las Ciencias naturales, y principalmente la Paleontología, la Antropología y la Prehistoria, vienen ocupándose como cosa admitida de la evolución de los seres vivos (3), dentro de su tipo específico, que en buena doctrina católica, no puede rechazarse.

Las ciencias antropológicas han llegado a conclusiones que a muchos les parecen pugnan con el dogma católico. Mas esta aparente contradicción, tenemos la seguridad de que ha de desaparecer merced al esfuerzo de los teólogos y filósofos católicos por concordar estos descubrimientos con la verdad revelada.

(1) E. Jalhay, Broteria. «A origem do Homem», vol. I, fascs. I, II, III y VI.

(2) Guibert et Chinchole. «Les Origines, Questions d'Apologétique». París, 1923, pág. 345.

(3) Doctor Corral. «La evolución y sus dificultades en Biología». Discurso inaugural, curso 1913-1914.

P. Laburu, S. J. «De Biología general: origen y evolución de la vida». Conferencias pronunciadas en la Universidad de Valladolid, curso 1921-1922.

Así se expresa el eminente colega P. Teilhard de Chardin, S. J., profesor de Geología del Instituto católico de París al criticar en la revista *Etudes* (1), obra maestra de Marcellin Boule «Les hommes fossiles». «Poco a poco, continúa el paleontólogo, llegaremos del modo más natural a un acuerdo completo entre la Ciencia y el Dogma en el terreno del origen del hombre; no nos es posible afirmar con exactitud en qué términos se hará, pero proclamamos sin temor a equivocarnos que obtendremos, sin prejuicio alguno para la revelación, las conclusiones definitivas demostradas por la Ciencia». Boa prueba esta afirmación diciendo que los grandes autores de Prehistoria se declaran francamente católicos. Más todavía, los principales investigadores de estas materias han sido sacerdotes y religiosos, como Breuil, Obermaier, los dos hermanos Bouyssonie, Bardon, Lemozi, Teilhard de Chardin, Lorenzo Sierra, Pierre Charles, Partridge, de Villeneuve y otros (2).

El problema del origen de la especie humana no es tan simple como parece a primera vista: las razas antiguas y las actuales, el estado intelectual y moral de la Humanidad primitiva; tales son los puntos más controvertidos entre los sabios de nuestros días a los cuales la Paleontología humana y la Antropología han tratado de dar solución, aunque dentro de las dificultades que ofrecen problemas tan complejos.

Por la Prehistoria, que nació a mediados del siglo pasado, se ha podido estudiar, clasificar y comprobar los restos humanos pertenecientes a edades remotísimas, sepultados en el suelo o hallados en el interior de grutas naturales que el hombre utilizaba para guarecerse de las inclemencias atmosféricas, para librarse de las fieras o como enterramientos o necrópolis. Dichos restos hallados

(1) Marzo de 1921, pág. 577.

(2) En confirmación de esto en agosto del año anterior, en el Instituto de Paleontología humana, de París, con el fin de clasificar algunos ejemplares de la fauna pliocénica de las grutas españolas, con los profesores Breuil y Bouyssonie, trabajaron tres eclesiásticos en aquellas espléndidas colecciones, únicas tal vez en el mundo.

consisten en huesos humanos, esqueletos, utensilios y monumentos de las civilizaciones primitivas.

Aunque los estudios prehistóricos han alcanzado en nuestros tiempos considerable desarrollo, es todavía un misterio el origen y evolución de la sociedad humana; no se conocen bien los caracteres físicos de los hombres primitivos, el tiempo en que vivieron, su idioma, creencias, leyes y costumbres.

No vamos a dar más que unas pinceladas de esta Ciencia, de investigación tan difícil, que se presta a diferentes hipótesis e interpretaciones. La Prehistoria carece de cronología precisa y se divide en períodos de duración desconocida, que nos dan idea de la antigüedad relativa de los restos pertenecientes a cada uno de ellos. Estos períodos, son: 1.º, el de la piedra tallada, arqueolítico o paleolítico; 2.º, el de la piedra pulimentada o neolítico, y 3.º, el de los metales. En todos ellos se ve la mano del hombre y se distinguen por la materia que el hombre primitivo empleó en la fabricación de las armas y utensilios que usaba.

El período paleolítico es el más antiguo y de mayor duración. Sus restos han aparecido en los terrenos terciarios y cuaternarios. El más antiguo fósil humano, fué una mandíbula de Mauer (Alemania). Fué encontrada a 24 metros de profundidad el 21 de octubre de 1907 a 10 kilómetros al Sudeste de Heidelberg. Este hallazgo fué dado a conocer al mundo científico por Otto Schoetensock, Profesor de la Universidad de Heidelberg, en una célebre memoria (1). Estudiando las capas estratigráficas bien definidas del terreno, se encontraron tipos diversos de mamíferos que tenían grandes semejanzas con los del período pliocénico, principalmente huesos de *Equus stenorhinus* (2), *Ursus etruscus* y *Rinoceros etruscus* de la fauna pliocénica (3).

(1) Der Unterkiefer des «Homo Heidelbergensis», aus dem Sanden von Mauer bei Heidelberg.

(2) Obermaier.

(3) A propósito de los grandes mamíferos terciarios españoles, el señor Hernández Pacheco ha publicado una Memoria titulada «Geología y Paleontología del Mioceno de Palencia», y dice «que

Sin embargo, todos no piensan así. M. Boule, Profesor de Paleontología humana de París, afirma un parecido bastante exacto entre la mandíbula de Mauer y la del «Homo Neanderthaliensis» aparecido en el período paleolítico de la época cuaternaria. La generalidad de los autores asignan a la época cuaternaria la aparición claramente definida de los primeros restos humanos, conforme con la Geología, aunque algunos aseguran que fué en el último período pliocénico de la época terciaria coincidiendo con la aparición de restos fósiles de los mamíferos superiores (1) e instrumentos o utensilios de fabricación humana como hachas toscas de sílex de tipo chelense (2) apenas talladas por sus caras.

Las pruebas de la existencia del hombre en el período cuaternario consisten en el hallazgo de restos esqueléticos y en instrumentos de piedra tallados a golpes o por presión; es el período paleolítico o de la piedra tallada. Los huesos más antiguos humanos han sido hallados en terrenos cuaternarios, clasificados en dos grupos: el paleolítico superior o de la raza de Cro-Magnon y el paleolítico inferior, más antiguo o de la raza de Neanderthal (impropiamente llamado de Canstadt) cuya remota existencia está

del estudio de los fósiles encontrados en la estación paleontológica de Palencia (Cerro del Otero y Obras del Canal de Castilla), clasificados con los nombres de «*Rhinocerus hispanicus*», «*Listriodon Suidus*», «*Mastodon angustidens*», «*Dinotherium giganteum*» y «*Anchitherium aurelianense*» (Equus); puede deducirse que la fauna de grandes mamíferos que entonces vivían en Castilla, era análoga, en cierto modo, a la que habita actualmente en las comarcas de África oriental, tan ricas en caza mayor: lo cual hace suponer que las condiciones climatológicas, terreno, agua y espesa vegetación, favorecerían el desarrollo de estos grandes mamíferos durante el período mioceno en Castilla». También se han encontrado fósiles de esta clase de animales por don Antonio M.^a de Corral, Ingeniero de Caminos, en Castroverde de Campos y Fuensaldaña (Valladolid); según un trabajo presentado al V Congreso de las Ciencias, titulado «Restos del Dinoterio y del Mastodonte en el mioceno de Valladolid».

(1) Molares del Elefante terciario (Stegodon), de Hipopótamo y de *Cervus elaphus*?...

(2) Encontradas en la Estación paleolítica de Camposancos (Pontevedra), por Joaquín Fontes.

comprobada por el hallazgo de esqueletos completos bien conservados.

Pertenece generalmente al tipo Neanderthal los restos humanos fósiles del período pliocénico medio. En la nomenclatura científica aparecen durante algún tiempo con la denominación de Cansstadt (Kannstatt Wurtemberg) proveniente de un cráneo allí encontrado en 1700, más conocido en 1835 por su semejanza con los cráneos neanderthaloides encontrados en los fósiles de Spy (Bélgica) y en la gruta de Jeldhofer, entre Düsseldorf y Elberfeld (Prusia Renana), estudiados por el inglés King en 1864. Desde entonces en la ciencia paleontológica, a estos cráneos se les denominó de tipo Neanderthal. Cráneos y restos humanos de esta clase se han encontrado, además, en Gibraltar, en Krapina (Croacia), en la Chapelle-aux-Saints (Le Moustier-France), por J. Bouyssonie y L. Bardon y la mandíbula de Bañolas (Gerona) encontrada y estudiada en 1915 por Obermaier y Hernández Pacheco.

Los caracteres morfológicos de estos hombres primitivos (1) son: cráneo grande en relación con el cuerpo, con una capacidad craneal de 1600 c. c. (2) la calota craneana reproduce con toda fidelidad los caracteres de Neanderthal: cráneo achatado, frente deprimida o aplanada, rebordes supraorbitarios enormes y salientes, prolongación occipital acentuada, cara prognata y muy desarrollada en relación con el cráneo, con mandíbula inferior saliente y vigorosa, esqueleto del tronco y extremidades de huesos toscos, talla pequeña. El conjunto esquelético, pues, corresponde a un cerebro que no tenía la organización fina y delicada del hombre actual. La sepultura en que yacía el Hombre Neanderthaliensis era verdaderamente primitiva y tosca como era su anatomía y la industria rudimentaria, así lo demuestran los instrumentos de sílex o de cuarzo encontrados en las cámaras arqueológicas

(1) Basados en el estudio hecho por Boule, en el ejemplar de cráneo; tal vez el más notable de este tipo, encontrado en la Chapelle-aux-Saints.

(2) El hombre europeo tiene por término medio 1550 c. c.

de la gruta de La Chapelle. El hombre Neanderthaliensis ofrece diferencias morfológicas con las razas actuales civilizadas. El tipo actual que más se parece, es el de algunos salvajes de Australia y el cráneo de Braken Hill encontrado en la colina de este nombre en 1921 al Norte de Rhodesia, ofrece semejanzas con el de La Chapelle-aux-Saints: así todo, las diferencias entre éste y los primeros dificulta el sincronismo de los dos tipos: «El homo sapiens» representado por los negros de Grimaldi (1), es sin duda alguna, del período pliocénico medio y de la misma época es el «Homo Neanderthalensis». Unos y otros son ramas laterales nacidas del tronco del árbol genealógico de los Homimidos, con la diferencia de que este último ha desaparecido de Europa en el pliocénico superior.

La raza de Cro-Magnon, aparecida en el período paleolítico superior, guarda estrecha analogía con el hombre europeo: cráneo dolicocefalo voluminoso, frente amplia, bóveda craneal abombada, gran capacidad craneana (2), cara prognata u ortognata y mentón saliente.

El hombre paleolítico fué contemporáneo del Mamut, del Reno, del Oso de las cavernas y de otras especies desaparecidas de grandes mamíferos.

Se han encontrado restos de él en la comarca de Cro-Magnon, Tayac, Eyzies (Dordogne) en 1868 al hacer las obras de construcción de la línea férrea de Perigueux a Agen y en Raymondon, junto a Chancelade (Dordogne) en 1888 por Féaux y Hardy. Estos

(1) Comarca limítrofe a Francia, situada a las márgenes del Mediterráneo, en las grutas llamadas de Menton. En excavaciones metódicas rigurosamente practicadas por Riviere, en 1870, se encontraron dos esqueletos humanos, que se suponen pertenecieron a individuos de la raza de «negros de Grimaldi», de la Europa occidental. Estos trabajos fueron realizados por una Comisión científica, al frente de la cual estaba el señor Cónego de Villeneuve, conservador del «Museo antropológico de Mónaco», y fomentados por el fallecido príncipe de Mónaco, bien conocido por su amor a la Ciencia, al que se debe la fundación del Instituto de Paleontología de París.

(2) Capacidad craneal de 1550 a 1600 c. c.

restos esqueléticos encontrados en diferentes países, y sobre todo en Francia, han sido muy bien descritos y clasificados por Broca, Quatrefages y Hammy, bajo el nombre de raza Cro-Magnon. A la misma raza se cree que pertenece el esqueleto estudiado por el doctor Leo Testut, Profesor de Anatomía de la Universidad de Lyon, fallecido en 16 de enero pasado; aunque ofrece algunos caracteres diferenciales que le separan del tipo de Chancelade y Cro-Magnon y le aproximan a la raza de Neanderthal.

Sobre este punto, escribe Boule, vemos la variabilidad del «Homo sapiens» dentro de la unidad de la especie humana. Los negros de Grimaldi vinieron, ciertamente de África; el hombre Cro-Magnon establecióse principalmente, en el Mediterráneo, difundiendo después por la Europa occidental y meridional en las que ha dejado vestigios, a través de los siglos, hasta nuestros días y el hombre de la Chancelade aparece como un tipo diferente de los dos precedentes, ya bastante perfeccionado, originario probablemente del Norte, a donde había emigrado con el Reno en la aurora de los tiempos actuales.

El problema del origen de las razas, por consecuencia, se presenta en los tiempos prehistóricos tan complicado, como en los actuales a la luz de la Ciencia.

Por los restos que dejó el hombre paleolítico de su industria, se deduce que llevó una existencia nómada y desconocía el arte de construir, los metales, el arte de pulimentar la piedra y la cerámica. En el período superior, los toscos instrumentos de piedra fueron reemplazados por otros más finos de sílex, de hueso, marfil y asta de reno. Se cree que los cambios ocurridos en el clima, y la aparición de los glaciares, hicieron que el hombre buscase habitación en las cavernas y grutas naturales.

El hombre cuaternario era cazador nómada y no cultivó la tierra, pero supo esculpir y dibujar. En este período se encuentran

los primeros esbozos del arte prehistórico (1) que consiste en la reproducción de animales, figuras humanas grotescas y escenas de caza. De esta época son las pinturas rupestres de las piedras talladas que se han encontrado en las cuevas que sirvieron de habitación al hombre cuaternario, representativas de figuras de animales, ciervos, cabras montés, renos, bisontes, jabalíes, cazadores, arqueros, etc., como se han encontrado en las cuevas de Altamira y otras de la región cántabro-pirenaica y de la costa levantina.

En el período neolítico o de la piedra pulimentada, aparecen los primeros rudimentos de la industria y sociabilidad humana. El hombre abandona las cavernas y se agrupa en poblados, empieza a cultivar el campo y fortifica las colinas para la defensa de los grupos urbanos; edifica ciudades, se rodea de animales domésticos y se convierte en pastor o agricultor, echando los cimientos de la vida social. Aparece la cerámica y construye los famosos monumentos megalíticos, por respeto y veneración a sus muertos, de los cuales se han encontrado ejemplares en casi todas las naciones del mundo, Francia, Inglaterra, Alemania, Córcega y en la Península Ibérica (España y Portugal), bajo la forma de dólmenes, túmulos, menhires, cromlechs y caminos cubiertos. Algunos son notables por su extremada sencillez y son considerados como la expresión de las civilizaciones primitivas que profesaban verdadera religión a los muertos.

La explotación e industria de los metales, cobre, bronce, hierro y plata, marcan un progreso notable en el desarrollo de la civilización humana y puede considerarse como la alborada de los tiempos históricos. El desenvolvimiento de la industria metalúrgica hace construir los más variados instrumentos y utensilios para la vida, así como armas de defensa y objetos de adorno. En este período se encuentran al lado de los objetos de metal más variados,

(1) Sobre «Arte prehistórico español», dió unas brillantes conferencias, el profesor Obermaier, en nuestra Universidad, curso de 1922-23.

urnas o vasijas cinerarias de barro cocido con restos humanos, como los hallazgos encontrados por los ingenieros belgas, hermanos Siret, en Cartagena y Almería, según consigna el señor Ballester en su obra de Historia de España.

El Marqués de Cerralbo (1), noble prócer español, admirador que fué fervorosísimo e insaciable gustador de las maravillas, encantos y singularidades de la Historia de nuestra amada España, dice muy elocuentemente: «Que el libro de la Protohistoria lo habían dejado los iberos escrito en sus Necrópolis; allí se simbolizarían sus creencias, se idolatrarían sus dioses, se indicarían sus costumbres, se determinarían su organización social, se puntualizarían sus cualidades y jerarquías, se mostrarían sus armas, sus joyas, sus adornos, sus útiles, en fin, cuanto fué su vida; porque todos estos objetos transfórmanse en fastos y etapas de la vida espiritual y social de nuestros antiquísimos padres. En sus Necrópolis y en su numerosísimo y en gran parte desconocido mobiliario, se pueden leer muchas páginas de su no escrita historia, pretendiendo así descubrir la vida por la muerte».

Por las excavaciones y estudios llevados a cabo en las «Necrópolis ibéricas», descubrió un centenar de estaciones protohistóricas extendidas por las provincias de Soria, Guadalajara y Zaragoza, centro de la Celtiberia, el país guerrero que tuvo el heroísmo de luchar dos siglos, por su independencia, contra la omnipotencia absorbente de Roma. En las Necrópolis celtibéricas por él descubiertas y exploradas, recogió una infinidad de objetos que con pacienzudo trabajo pudo catalogar para formar en su Museo y Archivo de Historia, acaso una de las más famosas y nutridas colecciones del mundo.

Entre las Necrópolis descubiertas, las más antiguas y las más

(1) Excelentísimo señor don Enrique de Aguilera y Gamboa. De las conferencias «Las Necrópolis Ibéricas», pronunciadas en el Colegio de San José, S. J., publicadas en el Tomo de la Sección de Ciencias Filosóficas e Históricas del V Congreso de las Ciencias de Valladolid, octubre 1915.

notables son las de Aguilar de Anguita y Luzaga, cerca de Sigüenza (Guadalajara), del IV al II siglo, antes de Jesucristo, y la de Arcóbriga (Zaragoza), del siglo II al I, antes de Jesucristo. En estas Necrópolis, en forma de calles, que aparecen fotografiadas en su notable trabajo, depositaban los objetos del difunto que había sido quemado en el *ustrinum* y sus restos encerrados en una *urna cineraria*. El mobiliario fúnebre varonil de los iberos eran las armas, tan célebres como originales y típicas, sobre todo la espada, y de las damas iberas, eran los objetos de bronce que fueron en su tiempo riquísimas joyas que adornaban su belleza, como aparece en la interesante y genuina figura española la «Dama de Elche».

Las Necrópolis ibéricas revelan, dice el Marqués de Cerralbo, lo que España fué y es, original, sobresalientemente original, en actos y espiritualizaciones de su vida.

No es posible seguir al Marqués de Cerralbo en sus interesantes estudios; únicamente diremos que se conservan en sus ricas colecciones, armas de diversas clases como lanzas, espadas, puñales, discos de bronce u ornamentos y escudos que utilizaban los guerreros iberos, cascos celtíberos, urnas cinerarias, bocados, filetes y herraduras de caballos, *fusayolas* o *husos* (1), fibulas (2), broches de cinturones, collares, diademas y placas ornamentales de las damas celtíberas.

J. Albelda, Ingeniero de Caminos, presentó al Congreso de las Ciencias de Salamanca, un notable trabajo sobre «Armas de bronce de Huelva», en el cual dice: «La espléndida colección de armas y objetos de bronce encontrados al hacer el dragado en el puerto de Huelva, pertenecen al último período de la edad de bronce. Según

(1) Piezas de cerámica que se encuentran en las tumbas celtíberas que representan un símbolo de fe, de aspiraciones espirituales y de esperanzas terrenas; de algo de orden superior, espiritual y tal vez dogmático.

(2) Se cree que fueron objetos de adorno de bronce con representaciones del culto idolátrico al Sol, a la Luna y a la Diosa Epona, de la teogonía de los iberos.

Bonsor, que ha hecho un detenidísimo estudio de este hallazgo antes de ser enviado al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, son casi idénticas a las encontradas en Córdoba, en el Norte de España, en Francia, Irlanda, etc. Esto hace sospechar que esta fundición indígena se hiciera en el mismo sitio que se produce el cobre y que surtiera de objetos de bronce a otras regiones que carecieran de aquel metal, lo que explicaría la igualdad de los tipos en las regiones mencionadas. El examen de los diferentes objetos permite deducir una civilización muy adelantada no sólo en la técnica del trabajo del metal, sino en las disposiciones adoptadas para obtener la máxima resistencia en las formas generalmente empleadas. Dicha colección la forman espadas, sables, dagas, puñales, fibulas completas e incompletas, anillas de diferentes tamaños, broches, agujas de tatuaje, botones, flechas, refuerzos de cascos y otros adornos más o menos caprichosos. Estos detalles de forma, acusan un arte muy notable y adelantado en aquella época. Estos objetos fueron hallados en el muelle Tharsis, en las proximidades del río Odiel, frente a Huelva, entre una capa de arena gruesa y conchas, cubierta por acarreo modernos. Se supone que estos objetos eran de gente de guerra, y el geólogo Jessen, cree que hubo allí una isla destruída luego por el Odiel. Schulten, dice refiriéndose a estas armas, que en Avieno hubo un «puerto de Tartesos» de minas de Río Tinto, perteneciente a la antigua Tartesia o Andalucía» (1).

(1) Por recientes excavaciones practicadas en los fosos de Puente de Tierra (Cádiz), se ha descubierto una Necrópolis romana, a ocho metros de profundidad, con numerosos objetos prehistóricos y urnas funerarias, con tumbas de piedra, que contienen esqueletos humanos.

Historia y cultura de las primitivas civilizaciones

Los descendientes de Noé se diseminaron y se propagó el linaje del género humano (1). Constituída la gran familia humana, con su fecundidad se cubrió la redondez de la Tierra (2), poblándose el Universo mundo. Asia fué el centro de dispersión de los hombres y la cuna del género humano. De la gran península de la Arabia partieron los descendientes de Cam, que fueron los primeros en dispersarse poblando a Babilonia, las costas del Océano Índico, Egipto, el Norte de África y la tierra de Canaán; los descendientes de Sem se establecieron al oriente del Asia menor, más allá del Eufrates y del Tigris y en la Arabia, y los descendientes de Jafet poblaron las regiones de Europa y de la India. Ahora bien ¿cómo se formaron y distribuyeron las primitivas civilizaciones?

EGIPTO

Los pueblos que habitaron el Egipto en las edades prehistóricas, estuvieron probablemente emparentados con los demás del

(1) «Génesis», caput IX, vers. 18, 19. *Erant ergò filii Noë qui egressi sunt de arca, Sem, Cham et Japheth. Tres isti filii sunt Noë: et ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.*

(2) «Génesis», caput. VIII, vers. 17. ...*Crescite et multiplicamini super Terram.*

Norte de Africa y quizá con los de toda la costa del mar Interior o Mediterráneo. Fueron hijos de Misrain, hijo de Cam. Al principio correrían la misma suerte que los de Europa, y aunque no se vieron expuestos a tan rigurosos elementos, se encontraron con el río Nilo sin canalizar y lucharon con él hasta dominarlo. En el Delta se han encontrado guijarros arrastrados por el Nilo que demuestran que en el arte lapidario habían aventajado a los europeos. Después de la primera edad histórica, en el valle entraron contingentes semitas que se fundieron con los indígenas, semitizaron en parte su idioma y despertaron un gran movimiento de cultura. Pruebas del adelanto de la cultura egipcia y del culto a los muertos, las tenemos en sus celebradas momias (1), en los sepulcros de los Faraones, en las pirámides de los Mayas y en los hipogeos de Menfis, en Egipto. De esta antigüedad remota de la Humanidad, tenemos los hallazgos de momias encontradas en los hipogeos de la tierra milenaria de Egipto y en las fantásticas tumbas de los Faraones que se conservan en la sección de Egipto y Babilonia en el Museo de Londres, dirigida por Sir Ernest Vallés y clasificada por el Prof. inglés Mr. Howard Carter, eminente egiptólogo, que ha realizado trabajos de investigación en el suelo árido y calcinado donde descansan los Faraones desde hace más de tres mil años.

Estos trabajos, fomentados por Lord Carnarvon, millonario inglés, han dado por resultado el descubrimiento del sepulcro o tumba de Tutankhâmon, a cuya momia la fantasía ha rodeado de extraordinarios hallazgos de tesoros de riqueza y arte egipcio, que rediviven en nuestro siglo las fábulas y leyendas de las tumbas y palacios dorados de los Faraones. La cultura egipcia sobresalió en

(1) Los egipcios sobresalieron en Astrología y en el arte de embalsamar cadáveres.

Herodoto, en su Historia, nos suministra datos respecto a los embalsamamientos egipcios, practicados por un Cuerpo especial de embalsamadores, a cuyos métodos y procedimientos seguidos se debe el que se hayan conservado las momias con tanta perfección hasta nuestros días.

las Artes, que levantaron sus famosos templos dedicados a los dioses, monumentos, sepulturas, cerámica, indumentaria, objetos de adorno e inscripciones paleográficas en madera, piedra, etc., que han llamado mucho la atención por su rara perfección. También se distinguieron por su buena organización política y cultura social.

CALDEA Y ASIRIA

Son países recorridos por el Tigris y Eufrates, que nacen en los altos montes de Armenia y después de unirse para formar el Shatt-el-Arab, desemboca en el Golfo Pérsico. Sus principales ciudades de Caldea son Uruk, Larsam, Nipur y Babilonia (1). La Asiria tuvo como capitales Assur, Kalak y Nínive (2). Estos antiguos y remotos países, son el centro de donde partieron los hombres para repoblar el mundo. En los primeros albores de la historia lo habitó un pueblo de lengua aglutinante que algunos orientalistas llaman *Sumerio*. Pasó este pueblo por las Edades de piedra tallada y pulimentada, como se ha comprobado en recientes excavaciones, descubrió la cerámica y la escritura cuneiforme y había alcanzado bastante prosperidad, cuando sobrevinieron las invasiones semitas.

Al secarse por completo los grandes desiertos de Arabia, que convertidos en lagos y mares, durante los glaciares, habían ofrecido agradable clima y abundante pesca a las tribus semíticas, comenzarían las emigraciones de estos pueblos. Unos, atravesando el Mar Rojo, entraron en Egipto; otros, por el Golfo Pérsico, buscaron asilo en la Caldea. No se conocen las luchas que mediaron entre los indígenas y los recién llegados. Sólo se sabe que éstos se apropiaron la escritura cuneiforme y que para entenderse

(1) «La Sagrada Escritura», nos dice, que esta Ciudad fué construída por Nemred, nieto de Cam.

(2) «El Génesis», caput X nos dice que Assur, hijo o descendiente de Sem, salió de la tierra de Senaar o de Caldea y edificó a Nínive.

con los indígenas, escribieron diccionarios que aun se conservan, y son el principal argumento para probar la diversidad de las razas.

Los caldeos y asirios profesaron un craso politeísmo. La organización de sus Estados era feudal y las costumbres de los caldeos, a lo menos en la primera época, parece que fueron patriarcales, según puede inferirse de sus tablillas cuneiformes, y de las esculturas y grabados.

En cambio, los instintos de los asirios, sobre todo en la guerra, fueron cruellísimos, como se puede apreciar en las repugnantes escenas de martirio representadas en los relieves de Asiria, a que eran sometidos los vencidos de la guerra. También fueron aficionados a la caza, como lo demuestran las escenas que nos han dejado pintadas en sus ladrillos y cerámicas.

Los edificios de Caldea, por estar construídos de ladrillos, han desaparecido casi por completo. No así los de Asiria, en cuyas antiguas ciudades se están practicando ahora excavaciones. Son notables los descubrimientos arqueológicos hechos en Kalak y Khorsabad a 20 kilómetros al N. O. de Nínive, donde se han encontrado estatuas de dioses, reyes, príncipes y guerreros armados y equipados (1), capiteles, columnas y basamentos cubiertos de mosaicos policromados con figuras de arados, toros, leones y águilas. Kuyndjick, palacio de Senaquerib, en Nínive, restaurado por Asurbanipal, es célebre por sus bibliotecas y escenas de caza.

LOS FENICIOS E ISRAELITAS

Los pueblos anteriores constituyeron como el foco de la civilización material de las primitivas edades; los pueblos que ahora nos ocupan ejercieron un notable influjo en la cultura de las naciones

(1) P. Mundó. De la «Historia Universal», págs. 53, 54 y 55.

Es característica la indumentaria de estos personajes que aparecen con la mitra oriental, la túnica orlada y el manto en forma de poncho o de casulla.

bárbaras: los fenicios notables por su fuerza expansiva, y los israelitas, por habernos guardado y transmitido en toda su pureza las primitivas tradiciones sobre la divinidad y la ley moral, echando con ello la semilla para la civilización propiamente dicha.

El primer pueblo, históricamente conocido, que entabló relaciones comerciales con los españoles primitivos y estableció colonias en España, fué el pueblo fenicio. Hacia el siglo xxii, antes de Jesucristo, llegaron los fenicios a la costa del Mediterráneo, procedentes del Golfo Pérsico. Se llamó Fenicia una estrecha zona del litoral mediterráneo (mar de Siria), situada al Noroeste de Palestina, entre el mar y la cadena del Líbano, cordillera rica en minerales y cubierta de frondosos bosques de cedros. Los fenicios, dotados de gran fuerza expansiva, se lanzaron al comercio marítimo. No formaron nación única sino ciudades o pequeños estados autónomos como Tiro, Sidón, etc., constituyeron un pueblo gobernado por una aristocracia de mercaderes. Su religión fué cruel y sensual y no tuvieron arte propio, pero propagaron la cultura de los demás pueblos. Los fenicios arriban a las costas de España en el siglo xiv, antes de Jesucristo, estableciéndose en Gadir o Cádiz. Su dominio extendióse por todo el litoral del Mediterráneo hasta más allá del Estrecho de Gibraltar, desde Baleares y Almería a Cádiz, fundando como principales colonias Ibiza, Malaca (Málaga), Sex, Carteya (Algeciras) e internándose por el valle del Betis, Hispalis (Sevilla), Córdoba, etc. Las colonias fenicias en España se dedicaban a la explotación de minas y a la industria pesquera en la costa. Pocas construcciones nos dejaron en España los fenicios. Su principal monumento fué la escritura que extendieron por la costa del Mediterráneo, de las cuales se conservan algunas raras inscripciones. También nos dejaron algunos restos, como monedas, idolillos, objetos de cerámica y de adorno. La dominación fenicia en España desapareció absorbida por la de Cartago, colonia fundada por los tirios en el Norte de Africa. Cartago agrupó en derredor suyo las colonias fenicias situadas en el Mediterráneo occidental, constituyendo como dice el señor Ballester,

un *imperio púnico*, enemigo de los griegos y, con el tiempo, rival de la República romana.

El país ocupado por el pueblo de Israel confinaba: al Norte, con la Siria damascena; al Este y al Sur, con Arabia, y al Oeste, con la costa del Mediterráneo. Los pueblos que le rodean fueron constantes enemigos suyos. Conocida es la historia del pueblo de Israel. La ocupación de los israelitas fué, hasta que salieron de Egipto, el pastoreo; en la tierra prometida practicaron la agricultura. Después en Babilonia, habiendo coincidido su destierro con el quebrantamiento de los fenicios, se dedicaron al comercio por el interior de Asia, llegando algunos a establecerse en China.

Al volver a su patria, ya no dejaron su nueva ocupación y se esparcieron por el Occidente, en tanto número, que se juzgó necesario construir para ellos un templo parecido al de Jerusalén en Heliópolis de Egipto. Con esto preparaba Dios el camino para la predicación del Evangelio.

En la vida pública, desde el tiempo de Hircano, comenzó a funcionar en Jerusalén un Consejo de ancianos, llamado *Sanedrín*, presidido por el Sumo Sacerdote. Uno de los elementos más importantes de la vida pública era la Sinagoga, institución civil y religiosa, cuyo fin era el culto y la instrucción. Allí se guardaban las Sagradas Escrituras. En la vida religiosa los israelitas gozaron de prosperidad mientras sirvieron a Dios con fidelidad; el mayor tesoro de este pueblo fué el conocimiento que de Él tuvieron por la revelación.

El pueblo de Israel procedió de la raza semítica, que ocupó la Arabia, profesó una religión monoteísta, inspirada en la revelación primitiva. A principios del III milenario, emigraron de Arabia a Caldea y se apropiaron el politeísmo de los pobladores indígenas de esta región; pero en medio de esta prevaricación universal del linaje humano, parecía imposible que conservara un pueblo un conocimiento tan perfecto de la divinidad. Moisés fué quien tuvo una concepción altísima y fundamental de la Divinidad que sólo el mismo Dios pudo inspirar a su pueblo. Los sacrificios de la antigua

ley eran prefiguración del sacrificio futuro y perfecto que le había de ofrecer en todo el mundo el Redentor prometido, lazo de unión entre Dios y las criaturas.

El templo de Jerusalén, por su grandeza y magnificencia, simboliza a la Jerusalén celestial y las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento contienen unos dogmas y un culto tan santo y una legislación tan benigna, que al decir de Lenormant, la ley mosaica supera a todas las instituciones de los demás pueblos antiguos cuanto se encumbra el Cielo sobre la Tierra.

PUEBLOS ARIOS ORIENTALES. INDIA

Casi al mismo tiempo que los semitas invadían Caldea, es decir, al terminar el período glaciario, hubo una invasión de pueblos en las regiones de la India y del Irán; a éstos se les denominó comúnmente *arios*, nombre que se ha extendido para designar toda esta rama lingüística.

Dotados estos pueblos juveniles de escasa cultura, pero de grandes alientos y disposición para apropiarse la ajena, entran en el campo de la Historia para tomar la delantera de la civilización y no dejarla ya en todo el tiempo transcurrido desde aquellas remotas épocas.

La gran península del Indostán fué habitada por una raza de lengua aglutinante, llamada *dravidiana*, mezcla, según se conjetura, de negra y amarilla, cuya historia nos es desconocida. Los arios, procedentes de la Bactriana, comenzaron a invadirla desde el III milenario y terminaron la conquista hacia el siglo XV antes de Jesucristo.

Los indios cultivaron desde muy antiguo con gran fuerza dialéctica la filosofía, aunque por partir de los monstruosos principios del panteísmo, cayeron en los más absurdos errores. Amaron también las ciencias exactas, en especial la Astronomía. Su literatura, aunque a veces recargada y grotesca, es la más abundante del mundo. La Filología, ciencia del lenguaje, debe gran parte de

sus principios a los estudios llevados a cabo por los indios antes de Jesucristo. La Arquitectura adquirió gran desarrollo en tiempo de Buda. Sus templos llámanse *pagodas*, y son, ora hipogeos excavados en peña viva, como los de Ellora, Elefanta, Salsete y Ajanta, ora monolitos tallados al aire libre, como el de Maralipuram, ora construcciones de material transportado, decoradas suntuosamente y coronadas por caprichosas pirámides, como las de Amber y Gwalior. Con los musulmanes entró en la India el estilo árabe, del cual dejaron los mogoles preciosas muestras en Agra y Delhi (Sala de Audiencia pública).

En la introducción de la «Prehistoria de los indo-europeos», obra póstuma de Rodolfo von Ihering (1), leemos:

«El Oriente es la patria histórica de la civilización; de allí ha pasado hacia el Occidente. En el tiempo en que la Europa estaba aún sumida en el más profundo sueño, reinaba en las riberas del Eufrates, del Tigris y del Nilo, una vida civilizada activa; se habían fundado poderosos reinos, se habían levantado grandes ciudades, la agricultura y la industria florecían; el arte y la ciencia podían producir ya obras notables, el alfabeto estaba inventado y se calculaba el curso de las estrellas. Por el mar, los fenicios y los egipcios, llevaron los productos de esta civilización a las tierras del Archipiélago jónico y griego y los establecimientos y factorías mercantiles de los fenicios, llegaron a ser la escuela de las poblaciones de la costa; sólo después de salir de esos grandes almacenes del comercio marítimo, penetraba insensiblemente la civilización en el interior de las tierras.

»Por este camino de la emigración es por donde este pueblo de Asia se sintió llamado a hacer a la Europa, vivir la vida de la Historia, y a prepararse el terreno, para la recepción de los elementos de cultura preexistentes en los otros pueblos de Asia.

»El reconocimiento de esta descendencia de todos los pueblos

(1) Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo, «Traducción Española». Madrid, 1896.

indo-europeos (1), de los arios, es uno de los más notables descubrimientos científicos del siglo XIX deducido por la ciencia del lenguaje (2).

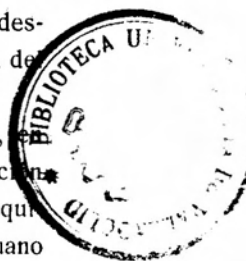
»Con el lenguaje por guía, es como se puede distinguir, la verdad, lo que el pueblo ario, hijo, traía al realizar la separación del pueblo padre, el ajuar con que se puso en marcha y sus adquisiciones posteriores. La lingüística debe dejarse llevar de la mano por la ciencia de la Historia. Las instituciones de un pueblo, su legislación y costumbres, se pueden conocer o rastrear por las del pueblo padre.

»La descendencia de los indo-europeos, de los arios, se ha podido deducir de la comunidad de la lengua y de ciertas instituciones. La investigación científica sobre este punto acaba de un lado con el pueblo padre y empieza de otro con la entrada de las diferentes ramas del pueblo hijo en la Historia.

»En el lugar del ario se ha presentado el europeo con un tipo que contrasta del modo más radical con el asiático. ¿De dónde proviene este cambio? ¿Es la tierra, es decir, el suelo, el clima, la configuración del país, quien ha hecho al europeo? En Grecia, es distinto que en Alemania; en Italia, que en Inglaterra y en Escandinavia. Sin embargo, el tipo europeo pasa de la propia manera a través de los pueblos indo-europeos. No, no es Europa quien ha hecho al europeo, es el europeo quien ha hecho la Europa, pero ha llegado a ser europeo en la época de la emigración. No en verdad, por el mero efecto de la larga duración de ésta, sino por las instituciones que había suscitado, por las necesidades que se imponían a la energía del emigrante. El pacífico pastor ario, se había convertido en un guerrero, obligado a conquistar el terreno que pisaba,

(1) La expresión indo-germanos empleada en Alemania para denominarlos, no tiene razón de ser; la palabra indo-europeos, es la terminología más exacta aceptada en todos los demás países.

(2) La lengua de un pueblo contiene el inventario de todo lo que cree suyo; la existencia de la palabra afirma la existencia de la cosa por ella designada, la falta de la palabra equivale a la falta de la cosa, la lengua es la imagen fiel de la verdad.



hasta que pudo, al fin, encontrar el país en que había de situarse definitivamente: esta preparación y práctica continua de la guerra, han producido el hombre predestinado a desempeñar en Europa el segundo acto de la Historia universal, cuyo primer acto tuvo lugar en el Oriente.

»El indio actual y el europeo, son seres absolutamente diferentes, y sin embargo, son hijos de la misma madre, hermanos ambos de una naturaleza idéntica en el origen. Pero uno de ellos, el mayor, se quedó como heredero de la casa paterna, mientras que el segundo, entregado a sí propio, se lanzó a los mares, atravesó océanos, desafiando todos los peligros. De vuelta, después de muchos años, los hermanos ya no se conocieron, hasta tal punto les había diferenciado la vida. El indio actual es el mayor, el europeo el segundo».

»Ahora bien, ¿de qué manera se hizo la separación de los indo-europeos en pueblos diferentes?

»Es difícil bosquejar a través del tiempo, cómo se ha verificado la transformación del tipo asiático en el europeo y de dónde tiene su origen primordial el carácter propio del europeo, como síntesis que es de toda la evolución realizada en Europa. Los emigrantes que hasta entonces formaban un pueblo único, que desconocía aún la agricultura, tropezaron con un pueblo familiarizado ya con ella, pero lograron dominar a ese pueblo y lo sometieron bajo su dependencia. El sitio de este pueblo fueron las regiones de la Rusia meridional, entre el Dnieper, el Dniester y el Danubio. Allí el pueblo emigrante se detuvo durante siglos, hasta que por imperfección de la agricultura, el país se le presentó como incapaz de alimentar la población grandemente aumentada, imponiéndose la necesidad que en otro tiempo se impusiera en la patria de origen, la emigración de una parte. Pero el alivio era momentáneo; pasado algún tiempo, volvía a reproducirse la situación apurada, y así se repitieron nuevas emigraciones. Muchos de los núcleos de pueblos que se pusieron en marcha, perecieron en el éxodo de la emigración, otros lograron realizar por entero su viaje, hasta su patria definitiva y de este modo nos encontramos ante el hecho de la separación de los indo-europeos en pueblos diferentes.

»La tradición histórica nada conserva que pueda servir para darnos cuenta de cómo eso pudo ocurrir. Los únicos pueblos que desde el punto de vista de la historia de la cultura se formaron, fueron los griegos, los italiotas, los celtas, los germanos y los eslavos; los ilirios y los lettas, no ofrecen interés alguno para aquélla. La opinión de Posada es, que los cuatro primeros pueblos se han apartado por el orden indicado, mientras que los eslavos han permanecido en su patria, y sin dejarla, se han ido extendiendo poco a poco hacia el Norte y Oeste».

PUEBLOS ARIOS ORIENTALES: MEDIA Y PERSIA

Entre todos los pueblos arios de Oriente, los más interesantes por sus íntimas relaciones con los occidentales y por la influencia que más tarde habían de ejercer en las artes de Bizancio y de toda Europa, fueron los dos pueblos hermanos de Media y Persia, que habitaron al Oeste del Irán. Defendidos de nuevas y repentinas invasiones al Este por el Desierto Salado, y al Oeste por las Cordilleras de Zagros y Ararat, se formaron robustos y belicosos, hasta hallarse en disposición de acabar con los Imperios de Asiria y Caldea. Con diferentes nombres se alternaron por catorce siglos en la hegemonía de Oriente.

Profesaron estos pueblos el mazdeísmo, cuyo autor legendario fué Zaratustra (Zoroastro), de quien se dice que recibió de su Dios (Ormuz, Omnisciente) el libro sagrado llamado Zend-Avesta (ley) y lo presentó al rey de Bactriana, Vistaspa. Esta religión enseñaba el dualismo, creencia en dos principios: el del bien, Ormuz, dios de la luz y del saber, y Ahriman, dios de las tinieblas. Sus ritos religiosos les llevaba a la perfección y dicha de los hombres que consistía en cultivar la tierra y favorecer a todos los amigos del principio del bien. Practicaban el culto del fuego sobre altares contruídos en las montañas. Creían en la inmortalidad del alma, en la promesa de un salvador, en el juicio universal y en los

premios y castigos. Aborrecían la mentira, el parricidio y el contraer deudas. Pero la poligamia y otros vicios monstruosos, debilitaron mucho su carácter.

Los persas supieron reunir en su arquitectura casi todos los elementos estéticos de su tiempo, la grandiosidad oriental con la finura helénica. Tres clases de monumentos arquitectónicos nos legaron: los palacios (1), los templos y los sepulcros. La arquitectura funeraria no tenía la importancia de la del Egipto por sus creencias mazdeístas. Tenían estas por sagradas el fuego, el agua y la tierra, y por impuros, los cadáveres. Por eso inventaron los persas el medio de exponerlos en elevadas y solitarias torres donde eran pasto de las aves carnívoras. Con todo, el deseo de los príncipes de conservar sus despojos, les sugirió la idea de envolverlos en una capa de cera para así purificarlos y enterrarlos sin profanar la tierra.

De esta manera se han conservado las sepulturas de Ciro y las de Darío y sus descendientes en los hipogeos de Persépolis.

La arquitectura religiosa consistía en templos para el fuego, que han desaparecido y en altares que construían en las cimas de los montes en forma de piras.

ARIOS OCCIDENTALES: GRECIA

Los primitivos pueblos, desgajándose del tronco común del linaje humano, vinieron a ocupar el Continente europeo, casi desprovistos de lo más elemental para la vida y luchando desesperadamente contra las inclemencias de un clima, de un suelo y de una fauna por demás rebelde a sus dominadores.

Muy lentamente aparecen las primeras ráfagas de bienestar en la Península ibérica, mientras las antiquísimas naciones de los Continentes africano y asiático habían llegado ya a un alto grado

(1) Como ejemplo notable se cita a Persépolis. Ciudad donde construyeron sus palacios Darío, Jerjes y Artajerjes I.

de civilización material. Pero he aquí que en el punto de contacto de estas dos ramas del género humano comienza a desarrollarse la nación privilegiada de los helenos que acrisola y difunde el tesoro de la civilización.

El pueblo helénico, en su desarrollo, alcanzó el más alto grado de cultura; legó a las generaciones futuras un inmenso caudal de principios y experiencias que constituyen el fondo del saber humano; fué el primer pueblo que supo desprenderse del despotismo y vivir para su propio bien, y finalmente, cultivó el arte con pasión; estableció y practicó la áurea regla de la templanza y la proporción entre el fondo y la forma; dió, en una palabra, la norma, a la cual han vuelto y volverán los ojos los siglos cuantas veces se hubieren extraviado en sus aberraciones artísticas.

Grecia ocupa la parte meridional de la Península de los Balcanes. Extendida a lo largo de la costa oriental del Adriático y recorrida por las prolongaciones de los Alpes, hasta pasado el lago Escutari, que se arremolinan en un poderoso macizo montañoso del que se desprenden por el Este las cordilleras balcánicas que van a morir en el mar Negro y por el Sur forman una espesa red en la parte continental de Grecia, dividiéndola en dos regiones muy desiguales: una al Oeste sumamente fragosa llamada Epiro y otra al Este, orlada de grandes montañas, pero llana y fértil, que lleva el nombre de Tesalia. Es dueña del litoral europeo del Archipiélago jónico, de la Península de Gallipoli, de las islas Cicladas y Spóradas, que como una guirnalda de flores, unen la Grecia europea con la asiática.

No hay que creer que todo el teatro de la historia de Grecia se ciñe a la parte continental. Las islas y las costas opuestas a sus mares, sobre todo los de Asia y de Italia contribuyeron poderosamente a sus adelantos. Un centenar de islas son las que rodean las costas occidentales y más de quinientas están esparcidas por el Oriente: Lesbos, Chios, Samos, Rodas, Creta, Delos y Paros, son nombres que recordamos por uno u otro concepto en la historia de la cultura y riqueza de la civilización helénica. El comercio marítimo estuvo siempre muy favorecido por la índole del litoral y lo

mismo hoy que en tiempos antiguos, el pueblo griego es un pueblo de marinos y navegantes. Una región así dispuesta era la más a propósito para contribuir a que los pueblos de Europa, dieran el paso definitivo de la barbarie a la civilización.

Los hombres que primitivamente tuvieron la suerte de escogerla por morada fueron los pelasgos, de la familia de los arios, que después de haber tomado de su suelo la robustez de alma y de cuerpo, fueron invadidos por los dóricos, procedentes de Tesalia, que ocuparon el centro de Grecia; invadieron luego en el siglo XII el Peloponeso y se enseñorearon de casi toda aquella Península. La civilización micénica quedó anonadada, pero de sus cenizas brotó la civilización helénica. Los primitivos moradores tuvieron que marchar y en los demás se despertó una pasión de emigrar a Oriente, comparable con la de los españoles colonizadores de América. Invadieron todas las islas del mar Egeo y la costa occidental del Asia Menor, estableciéndose en Rodas, Creta y Sicilia. Desde aquel momento toda la importancia de la civilización helénica parece trasladarse a las colonias. La Jonia asiática adquirió tal importancia, que bien puede decirse que durante esta época vino a ser casi el centro de la vida helénica.

Sus ciudades comenzaron a sentir la necesidad de buscar otros países, para dar salida a su exceso de población y desarrollar su comercio. Y así, mientras unos establecieron factorías en Naucratis, al Norte de Egipto; navegaban los focenses hasta el Sur de las Galias y fundaban Marsella, y recorriendo las costas del Mediterráneo, creaban nuevas poblaciones como Mónaco, Niza, Rosas, Ampurias y Denia, compitiendo ventajosamente con los fenicios. Una sola de las ciudades jónicas, Mileto, instituyó hasta 90 colonias en la Propóntide, las cuales se ramificaron por las costas del Mar Negro.

Esta exuberancia de vida en las colonias estaba unida a Atenas, no por centralismo político, pues gozaban de completa independencia, sino por la comunidad de lenguas y de tradiciones, de religión e intereses, cuyo sentimiento se avivaba con la celebración periódica de juegos nacionales olímpicos. Sus poetas, líricos,

guerreros e historiadores cantaron las hazañas, empresas guerreras y las grandezas épicas de este pueblo legendario.

Es un hecho que a mediados del siglo x, antes de la Era vulgar, existían en Grecia, se cantaban públicamente y se oían con admiración dos poemas épicos: uno sobre la guerra de Troya con el título de *Iliada* (1) y otro con el de *Odisea*, sobre la vuelta de Ulises a su patria, cuyas dos obras eran generalmente atribuidas al poeta Homero.

Grecia fué la cabeza del mundo y emporio de la civilización humana, cuyos tesoros supo guardar y transmitir a las generaciones posteriores en sus monumentos artísticos, templos, palacios, esculturas, pinturas, poemas y cantos populares en que se han inspirado los poetas y artistas de todos los tiempos y países.

En las Artes plásticas y en la Arquitectura sobresalieron los griegos, distinguiéndose por su riqueza, belleza (2) y realismo. Grecia restauró la Acrópolis (3) de Atenas con sus Propileo, Pinacotecas, Partenon, Templos dóricos y jónicos y Cariátides del Erecteo. La pintura y escultura contribuyeron no poco al embellecimiento de los templos y pórticos griegos, con sus célebres frescos, estatuas de Fidias y pinturas de Zeuxis y Parrasio, famosas por su realismo, y de Apeles, pintor favorito de Alejandro. Como eflorescencia grandiosa de las Artes, tuvieron espléndidas manifestaciones la poesía y la música en la lírica coral y en la tragedia del teatro griego. Desde sus famosos puertos el «Pireo» en Atenas y «Salónica» en Macedonia, extendió Grecia el comercio y la cultura por todo el mundo.

(1) Este poema épico recoge no precisamente la riña entre Agamenon y Aquiles sino la famosa expedición de los griegos contra el Asia menor, hecho histórico en el fondo, aunque exornado con leyendas y fábulas, acaecido en el siglo décimo tercero antes de la Era Cristiana, que acabó con el sitio, toma, incendio y destrucción de Troya, gran capital de Imperio poderoso.

(2) La estatuaria se inspiró en Pericles, tipo ideal de la perfección helénica, noble de origen, de bella presencia, insigne orador, dotado de gran amor a la religión, a las artes y a la patria.

(3) Ciudad fortificada, destruida por los persas.

ARIOS OCCIDENTALES: ROMA

El nombre de Italia, propio de Calabria, no se generalizó hasta el siglo I antes de Jesucristo. Forma Italia una prolongada península en el centro de Europa meridional extendida desde el pie de los Alpes al mar Adriático. Bañado por los mares Adriático, Jónico y Tirreno, y situada en el centro del Mediterráneo, con orientación en ambas cuencas, la griega y la latina, goza Italia de una excelente situación marítima. Italia continental o septentrional, cerrada por los Alpes al Noroeste y por el Apenino al Sur, es una vasta llanura, inclinada en suave pendiente hacia el Adriático. Italia peninsular, montuosa y formada por terrenos calcáreos y volcánicos, es atravesada de Norte a Sur por el Apenino que el geógrafo Strabon llamaba «la espina dorsal de Italia» donde se alza el Vesubio, cerca de Nápoles. y el Stromboli, en la isla de Lipari. Cerdeña y Sicilia son dos islas montuosas, dominada esta última por el gran volcán Etna.

Entre sus antiguos pobladores figuran los *iberos* (1), con quienes identifican algunos a los *ligurios*. Los ligurios se extendían por el golfo de Génova y por la cuenca del Pó, hubieron de ceder el paso a los arios, que al comenzar el II milenario, cruzaron los Alpes y se repartieron por la Península. Estos arios diferenciábanse por sus dialectos, algunos de los cuales duraron hasta el tiempo del imperio romano e influyeron en la formación de la lengua latina y de nuestras lenguas romances. Las estaciones prehistóricas llamadas *terramaras* descubiertas en Umbria y en el Lacio, parecidas a las palafitas de Suiza, parecen denotar la procedencia de estos pueblos y confirmar las tradiciones sobre su florecimiento. Pero cayó su importancia con la llegada de los tirrenos o *etruscos*. Eran éstos un pueblo de pelasgos que a fines

(1) Según el P. Mundó, se han descubierto monumentos suyos en Córcega.

del II milenario llegaron por mar, procedentes de Lidia; se establecieron al Norte de Lacio, conquistaron la cuenca del Pó y las islas de Córcega y Cerdeña.

Las civilizaciones cretense, micénica y helénica, tuvieron en ellos émulos e imitadores y nos legaron bellas esculturas funerarias e inscripciones paleográficas de importancia filológica.

Por el mismo tiempo comenzaron a llegar los griegos en gran número, instalándose al Sur de la Península, en lo que se llamó *Magna Grecia*. Finalmente, a fines del VI siglo, entraron por el Norte los *galo-celtas*, que hicieron retroceder a los etruscos y fundaron la *Galia cisalpina*.

En el centro de esta península, tan abierta para toda clase de inmigraciones, había de nacer la ciudad de Roma. Favorecida por su posición, por la tenacidad y sentido práctico de sus habitantes, fué dominando hasta hacerse la señora del mundo. Fundada a la desembocadura del Tíber en la llanura llamada Lacio, se formó con los habitantes del Lacio y con los troyanos un solo pueblo que se llamó latino, que tuvo por capital la nueva ciudad que ahora nos ocupa. Roma es mucho más antigua de lo que supone la leyenda, a juzgar por los restos prehistóricos que se están descubriendo en el subsuelo del Foro.

La organización política de Roma en la primera época, la división de sus habitantes en patricios y plebeyos y la participación que se daba al pueblo romano en los comicios, preparó la sucesión de los primeros reyes por el advenimiento de la República romana. La grandeza que alcanzó la República romana, se debió a la sensatez y vigor con que luchó la plebe por sus derechos, y a la constancia inquebrantable con que todo el pueblo fué realizando sus ideales; procuró su mejoramiento económico, sin violar el derecho de propiedad y adquirió derechos civiles y políticos, sin destruir el principio de autoridad.

Sus medidas legislativas civiles, políticas y económicas, han constituido las normas jurídicas del Derecho Romano en el que después se han calcado la legislación de los nuevos Estados y la organización jurídica de casi todas las naciones del mundo

Preparado el pueblo romano con el vigor de sus ciudadanos y su fuerte organización social y jurídica, se lanzó a la conquista del mundo, luchando, en primer término, con Cartago (1). El choque de los romanos con los cartagineses dió lugar a la primera guerra púnica que tuvo por teatro el territorio de Sicilia y por término la pérdida de Sicilia para los cartagineses, que quedó gobernada por un representante del cónsul o protocónsul o por un pretor romano.

Pronto se desquitaron los cartagineses de esta derrota, pues Amílcar Barca, el último defensor de Sicilia, preparó la conquista de España, y su yerno Asdrúbal, fundó una provincia cartaginesa en Cartagena (2), magnífica base de operaciones y arsenal del poderoso ejército con que los Bárcidas preparaban la guerra contra Roma.

Los romanos, alegando un tratado, por el que se comprometían los cartagineses a respetar a Sagunto y a no pasar el Ebro, les declararon la guerra. La segunda guerra púnica había hecho a los romanos poco menos que señores del Occidente.

El fin de la segunda guerra púnica fué un momento trascendental y dinámico en la historia de Roma. Por una parte aseguró su existencia, y por otra, viéndose vencedora de un enemigo tan formidable, cayó en la cuenta de que podía aspirar al señorío del mundo. Para ello tenía que ser rival de los pueblos que hasta entonces habían sido estimados como depositarios de toda cultura; los egipcios, los persas y los griegos, tenía que domeñarlos y hacerse heredera de su civilización. Roma conoció lo arduo de aquella empresa, pero la consideró de tanta importancia, que al encomendarla a Escipión el Asiático, no dudó en darle por lugarte-

(1) Fué Cartago la Inglaterra de la antigüedad. Colonia fundada por los fenicios al Norte de África en 812 antes de Jesucristo; los cartagineses como los fenicios, fueron atrevidos navegantes y ávidos mercaderes.

(2) Que a la sazón estaba ocupada por la invasión aria; los primeros habitantes iberos cedieron el occidente a los celtas (de celt, lanza), pero en el centro se fundieron con ellos y constituyeron el pueblo celtibero.

niente nada menos que al mismo vencedor el Cartago, Escipión el Africano.

La venida de los romanos a España fué, pues, una consecuencia de la segunda guerra púnica. Publio Cornelio Escipión logró, apoyado por algunos elementos indígenas de España, derrotar a los cartagineses y apoderarse de la importante plaza de Cartagena. Las ciudades cartaginesas cayeron en poder de Roma y los africanos abandonaron nuestra Península el año 205 antes de Jesucristo.

Los romanos dominaron la Península ibérica dividiéndola en España Citerior o cisibérica y Ulterior o transibérica, al Norte y Sur del Ebro respectivamente; división territorial que se modificó más tarde por César Augusto, dividiéndola en tres provincias: Tarraconense, Bética y Lusitania. En esta época también César conquistó las Galias. El intervalo que medió hasta la tercera guerra púnica lo emplearon en ocupar los nuevos puntos estratégicos de Macedonia y Asia, que les iba a valer la conquista del mundo.

Conocida es la época de la dominación romana en España, la organización social y jurídica de esta época y los monumentos artísticos e históricos que nos dejaron en las ciudades por ellos ocupadas hasta que el heroísmo ibérico de Indibil y Mandonio, Viriato y Numancia, con las guerras que sucedieron en España contra los invasores, acabaron con la dominación romana.

Las guerras de Italia habían engrandecido moralmente a los sufridos y laboriosos campesinos del Lacio, porque sus enemigos eran pobres y la esperanza del botín no les robaba la felicidad que nace del trabajo. Las de Africa y Oriente fueron moralmente desastrosas. Ellas despertaron en los ricos un ansia desmedida de lujo y de riquezas; en el pueblo, otra no menor de vivir y divertirse a costa del Estado, y en los poderosos, una pasión desmedida de mando. Este fué el rasgo característico de este período que acabó con la República.

En varias regiones de Italia, y en los reinos nuevamente sometidos y convertidos en provincias, dejaron esparcidas los romanos

muchas ciudades con intereses encontrados para tenerlos más fácilmente divididas y sujetas. Por una parte esto y por otra las rivalidades interiores, las guerras entre los triunviratos y la lucha entre César y Pompeyo, determinaron el fin de la República romana.

Mucho se ha escrito de la civilización de Roma primitiva y prehistórica; de sus casas y atrios (1), de sus termas, de las costumbres privadas de sus ciudadanos, de la organización de su ejército y de las armas de combate, del culto a los dioses o divinidades romanas con sus ministros, sus templos y los sacrificios y juegos públicos en el Circo, donde concurrían los gladiadores romanos y celebraban con una pompa inusitada las luchas de los gladiadores, la caza de fieras y las naumaquias o combates navales.

Constituído el Imperio sobre este hedor de paganismo y bacanales de barbarie y materialismo sensual, ocurrió el hecho más importante no sólo en esta época, sino en toda la historia de la Humanidad, cual fué la venida de Nuestro Señor Jesucristo y con Él la luz del Evangelio, que había de alumbrar a todas las civilizaciones de la Era Cristiana. Elegidos doce Apóstoles para con-

(1) Encontrados en las ruinas de la ciudad de Pompeya, sepultada por el Vesubio.

A propósito de «Pompeya y el Vesubio», escribe Manuel Bueno:

«Pompeya era una ciudad estival en aquella época, a la que se acogían los patricios y negociantes ricos para reponerse de las fatigas del trabajo cotidiano. Griega y etrusca de origen, debió lo más lucido de su civilización a la influencia de Atenas. Su latinización, puramente política, data de los tiempos de Augusto; conservó la suave molicie de la dominación romana, pero no la corrupción de las costumbres helénicas. Su clima, fresco en verano y tibio en invierno y el hechizo de sus paisajes la dieron gran prestigio y Cicerón, Tácito, Floro y Tito Livio, que amaban el buen vivir, solían pasar en Pompeya largas temporadas. Esos atractivos no se oponían a que los pompeyanos fuesen traficantes hábiles, que comerciaban, a través del Mediterráneo, con los países más apartados de Europa. La catástrofe de la destrucción de Pompeya fué descrita por Plinio, el joven, en dos epístolas dirigidas a Tácito, y entre sus ruinas se han encontrado el Templo de Isis, la casa C. C. Rufo y el Templo y estatua de Mercurio».

tinuar la misión de anunciar la nueva doctrina, que Cristo nos trajo del Cielo; la predicaron bajo el Primado de San Pedro (1), con tal fidelidad y sencillez, apoyándola en hechos y palabras de su Maestro, que fueron difundiéndola no sólo por el Oriente, sino por Roma y el Occidente.

Esta doctrina católica fué sellada con la sangre de los primeros cristianos en el Circo y en las Catacumbas, y la de los mártires (2) y santos que confesaron la Fe y defendieron la Iglesia de Cristo contra los perseguidores de todos los tiempos. Las nuevas civilizaciones cristianas sucedieron a las antiguas que estuvieron sumergidas en los errores del gentilismo y en la obscuridad del paganismo, las que se apartaron de la verdad revelada.

La cultura romana durante el Imperio fué enorme. Gloriábase Augusto de haber hallado una Roma de ladrillo y dejandola de mármol. Quitada la hipérbole, dice el P. Mundó, hay que reconocer que la belleza de Roma creció extraordinariamente durante el Imperio de los Césares. Entre los suntuosos edificios que se construyeron entonces adornados con estatuas, relieves y pinturas de gusto griego, pero más realista, sobresalieron en tiempo de Augusto el *Ara pacis* y el Panteón de Agripa, el Gran Anfiteatro para los juegos de los gladiadores, el Foro y Arco de Trajano, el Mausuleo hoy transformado en el Castillo de Sant'Angelo, el Arco de Constantino, las Termas de Caracalla, las famosas Basílicas Romanas, los Sepulcros y Catacumbas en la Vía Apia, el Capitolio, el Quirinal y el Vaticano.

Al engrandecimiento material de Roma, hemos de agregar, como mejores manifestaciones de su vida pública, la antigua Magistratura y el Derecho romano.

De la época del Imperio han quedado sendos vestigios espirituales y materiales en las colonias y provincias romanas, alcan-

(1) El humilde pescador de Galilea recibió de Jesucristo el supremo poder pontificio en la Iglesia universal, que perdura en los Romanos Pontífices, sus sucesores. Primeramente tuvo su Cátedra en Antioquía, de donde pasó a Roma en el año 42 de la Era Cristiana.

(2) La sangre de los mártires es semilla de cristianos. Tertuliano.

zando la romanización a media Europa. Dichas provincias estuvieron regidas por gobernadores o procónsules romanos, y fué especial empeño en la época de Augusto establecer comunicaciones con Roma: éstas eran las vías, caminos o hileras de piedras; de las cuales se conservan en España las que conducían a Santiago de Compostela y seguían después los peregrinos para visitar la tumba del glorioso Apóstol. Las ciudades importantes de España como Tarragona, Zaragoza, Lugo, Mérida, Sevilla y Córdoba, etc., fueron colonias romanas o municipios gobernados por una curia y dos duunviros. Tenían el privilegio de administrar justicia, acuñar moneda y quedaron enriquecidas con puentes (Martorell, Mérida, Alcántara), acueductos (Mérida, Segovia, Tarragona), teatros, circos y anfiteatros (Sagunto, Mérida, Itálica), sepulcros, estatuas, etc. Pero el recuerdo imperecedero que espiritualmente nos dejaron los romanos, fué el gran número de escritores, poetas e insignes historiadores que ilustraron a la misma capital del orbe y extendieron la cultura por el mundo.

IV

Las razas humanas; su distribución geográfica

Admitida la unidad de origen de la especie humana, la diferenciación de las razas ha surgido por las condiciones geográficas, climatológicas, género de vida y otras condiciones que determinan las variedades étnicas dentro del tipo específico de la raza humana, como originaria de un solo tronco. Buffon aplicó la palabra raza a las variedades humanas. En su «Historia Natural», que fué el primer tratado de Antropología, divide al hombre en grupos o razas como los lapones y samoyedos, a los que siguen los pueblos boreales de Europa; desciende hasta encontrar los tártaros y entra en todos los pueblos de Asia y Oceanía, para describir el África y terminar con los habitantes de América. Su descripción, aprovechando datos de naturalistas y viajeros, es bastante completa, expuesto en el magistral estilo expositivo característico de todas sus obras; fijase especialmente en la consideración geográfica y climatológica afirmando, por ejemplo, que el lapón y el samoyedo son de la misma raza, porque viven en igual clima; al afirmar que los negros lo son por el clima, sienta la teoría de la influencia del medio en la producción de los tipos humanos y da las bases de la evolución monogenista.

Prichard hace también un intento de clasificación sistemática y se limita a dar una seriación geográfica de los grupos humanos, teniendo en cuenta los caracteres lingüísticos a los que se dieron más importancia que a los demás elementos de su época.

C. Linneo, inmortal naturalista sueco, fué el verdadero creador de las clasificaciones taxonómicas en general y de las étnicas en

particular; a él se debe, la primera clasificación étnica del hombre y sus variedades, expuesta en su «Systema Naturae». Esta clasificación puede considerarse como el origen y guía de las hechas posteriormente. Como razas civilizadas admitía: *Homus europeus*, *asiaticus*, *asser* o africano y *americanus*.

Blumenbach, Profesor de Göttinga, considerado como fundador de la verdadera Antropología, dió una clasificación que ha resultado clásica. Su clasificación, basada en los caracteres físicos, se resume en los siguientes tipos humanos: Raza caucásica o blanca, raza mongólica o amarilla, raza americana o cobriza, raza etiópica o negra y malaya o aceitunada.

En esta clasificación de Blumenbach, aparece la especie humana dividida en cinco grupos, debida al aumento de la raza malaya o aceitunada, sobre los cuatro grupos de Linneo, grupo que sigue imponiéndose por sus peculiares caracteres, a pesar de la gran autoridad en contra de Cuvier. Otra novedad de esta clasificación es la introducción de la voz caucásica en sustitución de la europea que se aplica a la raza blanca, por considerarse la Europa como una península de Asia (Eurasia). Cuvier vuelve a establecer la clasificación en armonía con la exégesis bíblica, derivando de cada pareja salvada del Diluvio una raza. Este gran naturalista y anatómico francés, redujo a tres las divisiones del hombre; volviendo al tipo amarillo los malayos y no considerando como bastantes los caracteres de los americanos para formar raza y división aparte. Esta clasificación está en relación con las tres partes antiguas o continentes del mundo, admitiendo los tres tipos fundamentales que son y han sido durante mucho tiempo; la blanca o caucásica, la amarilla o mongólica y la negra o etiópica. Esta clasificación ortodoxa de Cuvier, fundada en el carácter del color, sigue dominando en otras clasificaciones modernas.

Retzius y Saint Hilaire, fundador de la craneometría, aplicó la consideración de los índices a la distinción de razas, clasificando los habitantes de las cinco partes del mundo. Europa, Asia, Africa, América y Polinesia (Oceanía), en dolicocefalos y braquicefalos como grupos o clases y dentro de cada uno de ellos, los subgrupos,

ortognatos y prognatos. Igual criterio siguió Carlos Vogt en sus «Lecciones sobre el hombre» agrupando todas las razas en braquicéfalas, mesocéfalas y dolicocéfalas.

D. Omalius d'Halloy, célebre geólogo y antropólogo belga, fundó su clasificación publicada en su obra «Histoire Naturelle des Races Humaines» en la Clasificación de Blumenbach, si bien completa y mejora las divisiones y subdivisiones fundadas en los progresos de la Etnografía. Establece también cinco razas fundamentales en relación con las cinco partes del mundo y dentro de ellas hace divisiones en ramas y familias comprendiendo todos los hombres que habitan toda la redondez de la Tierra.

Y por último, Geoffroy Saint Hilaire, ilustre monogenista, aplicó el método natural a la clasificación de las razas, fundándose en la forma del pelo, color de la piel y conformación cefálica. En su clasificación hay cinco razas principales: caucásica, americana, mogólica, etiópica y hotentote, con varias subrazas dentro de cada grupo.

Todas las clasificaciones anteriores giran sobre el concepto monogenista, dentro de la ortodoxia católica, considerando los grupos humanos como variedades de una misma especie, lo cual está conforme con el «Génesis» y los Sagrados textos que establecen, como ya hemos dicho, la unidad del género humano.

Basadas en los conceptos anteriores están las clasificaciones de Husley y la de Topinard, fundadas en los caracteres antropométricos, índice cefálico, color y talla; la de Quatrefages que establece, siguiendo a Cuvier, los tres troncos fundamentales, blanco, amarillo y negro y dos que considera como mixtos que son los americanos y oceánicos, resultado del cruzamiento o fusión de las razas primitivas.

Este cruzamiento ha sido consecuencia del movimiento de los hombres por las emigraciones de los pueblos colonizadores y la facilidad de comunicaciones terrestres y marítimas de las modernas civilizaciones.

Los tipos étnicos fundamentales tienen su característica diferencial y su zona de dispersión. Los antropólogos están de acuerdo

én considerar los tres tipos fundamentales, el blanco, el negro y amarillo y estudian su distribución y repartición geográfica y las poblaciones que la sucesión del tiempo han formado cada tipo originario; el estudio de las razas fósiles ha ilustrado mucho esta cuestión.

El tipo blanco se extiende por el Occidente y Centro de Europa con sus tres ramas Alófila, Finesia y Aria; hay otras dos áreas más pequeñas al Sur y Este, incluyendo el tipo Cro-Magnon que llegó al África y las Canarias; éstos, de lenguas aglutinantes, se transformaron en lenguas de flexión al contacto con los semitas, y ocuparon el Este del Mediterráneo. El área del tercer grupo se extiende por el estrecho de Behring. Del tipo blanco se constituyó el finés, el semita y el ario.

Las razas amarillas ocupan una larga zona que atraviesa el Asia central de Este a Oeste y entran en Europa infiltrándose entre la blanca, dando origen a las poblaciones mezcladas de difícil caracterización como la Rusia central; hacia el Sureste está limitada la raza amarilla, ya por negros, ya por blancos de la India, con los que han creado pueblos mestizos. Los primeros pueblos que formaron los mogoles, fueron los de lenguas monosilábicas dirigiéndose al Oriente y Sur, como la China e Indo-China, y las que se dirigieron al Oeste y Norte, hablaron lenguas aglutinantes.

El tipo negro, aunque se nos muestra como si hubiera tenido dos centros de aparición y dos áreas de dispersión paralelas, la africana y oceánica, dando lugar a los negros melanésicos o insulares de las islas del Pacífico y los africanos continentales; esta aparente dualidad, dice el señor Hoyos Sáinz en su obra de «Etnografía», desaparece, pues sus caracteres físicos y lingüísticos son los mismos y las emigraciones negras del Asia a la Melanesia y Australasia y al Continente africano constituyen los negros de Guinea, los hotentotes y cafres de África.

Respecto a las razas americanas, la mayor parte de ellas, pertenecen al tronco amarillo, y hay que buscar su origen no en los tiempos históricos, sino en los prehistóricos. Sobre este particular afirma señor Hoyos Sáinz, en la obra «Antropología

de los pueblos de América» que en el período cuaternario antiguo sino en el terciario, se pobló aquel Continente y al arribo de los españoles en el descubrimiento de América se encontraron las razas indígenas, de indios y pieles rojas.

Después, con las colonizaciones de europeos, se constituyeron las razas mixtas y mezcladas que pueblan las diferentes Naciones o Estados americanos.

Nosotros creemos probable el origen asiático de los americanos, y algunos autores aseguran que esta aseercción pertenece a la categoría de hechos probados. Humbolt ya señaló que la civilización de América central revelaba su origen asiático. Preschel afirmó que los asiáticos habían ido al continente americano por el estrecho de Behring. Mortón, Buffon y Tchsudi asignaron al tipo americano caracteres altaicos de hombres procedentes de las mesetas del Tibet, Pamir e Irán o de los picos de Everest e Himalaya o de las llanuras de Siberia, de la China, del Indoganges y Mesopotamia. Pero el que demostró en absoluto el origen asiático de gran parte de los americanos fué Quatrefages fundándose en los caracteres étnicos y físicos, en el estudio de viajes y naufragios y en las emigraciones y éxodos de mogoles y americanos (1).

(1) Porque no parece probable ni se ha comprobado la hipótesis del explorador americanista P. H. Fawcett, doctor en Ciencias de la Real Sociedad Geográfica de Londres, que dirigiéndose a Río Janeiro e internándose en las selvas del Brasil, busca la oculta e ignota ciudad de América Meridional que meció la cuna del género humano. Para el genial investigador existió en la región amazónica una gigantesca civilización de una raza blanca diez mil años antes que los egipcios, que supone tuvo extensas nociones de Astronomía y Matemáticas y fué la más antigua de las culturas indígenas desarrolladas por el hombre sobre la Tierra.

Esto parecería una extravagancia inglesa si no estuviera apoyada esta peregrina idea por la Real Sociedad Geográfica de Londres y otros centros científicos de Inglaterra, pero así toda esta hipótesis es producto de una fantasía soñadora o de una aventura robinsoniana; pues en la investigación histórica no vale un criterio revolucionario; al contrario, todo progreso en este terreno tiene que ir controlado por las fuentes históricas fundándose en la observación imparcial de los hechos y en las tradiciones perpetuadas de generación en generación.

Geográficamente se puede considerar América como el lazo oriental del semicírculo que forman las tierras que rodean el Gran Océano Pacífico y así resultarán los montes de Alaska y los Andes septentrionales como la prolongación del Kanchatka y de los montes de la Mandchuria, interrumpida la continuidad por el estrecho de Behring, que se supone se abrió en el período pliocénico y tiene sólo 40 metros de profundidad y en medio de su anchura las islas Diómedes.

Actualmente los continentes asiático y americano se unen en el invierno por la congelación del mar Glacial del Norte que los separa. Así explica Reclus el por qué los asiáticos no han necesitado descubrir América, pues sus costas no han llegado a perderse de vista y explica el paso de un Continente al otro sin grandes navegaciones ni inconvenientes inverosímiles.

¿Qué causas han influido en la distribución del hombre sobre la Tierra? El hombre no puede ocupar por completo toda la superficie del globo. Los desiertos, las montañas o mesetas muy elevadas y las zonas polares impiden el desenvolvimiento de la vida humana. Las regiones en que ha encontrado el hombre más comodidad y bienestar han sido las tierras de elevación media, los valles, las llanuras fértiles en que abundan las aguas corrientes; en ellas ha podido obtener los productos de la tierra necesarios para la vida por el cultivo del campo y los ha transformado por las industrias.

No cabe duda que los factores de clima, la naturaleza del suelo y género de vida del hombre, han influido poderosamente a la formación de las poblaciones humanas y en las instituciones sociales y políticas.

¿Cuáles han sido las fases del desenvolvimiento humano?

El hombre, dueño y señor de la Tierra, aprovecha sus múltiples recursos procurándose el mayor bienestar en su vida material. Desde la aparición del hombre sobre la Tierra, viene

ejerciendo este dominio, pero la Humanidad ha ido transformándose en civilizaciones más avanzadas. El hombre inculto escaso de recursos, vivía aislado. Esta primitiva organización humana ha disminuído notablemente; sólo existe en algunas regiones del interior del África, en Australia, en algunas islas de Oceanía y en las tierras polares. En ellas vive el hombre una vida miserable, se alimenta de la caza, pesca y de frutos naturales del campo o de los productos de sus ganados, aprovechando sus carnes y leche. Su industria es nula, se viste con pieles de animales y sus habitaciones son grutas naturales o miserables chozas.

El hombre semicivilizado no se limita a aprovechar los productos espontáneos del suelo, sino que cultiva la tierra con su trabajo aprovechando los elementos naturales; construye viviendas, confecciona vestidos y transforma los productos naturales en substancias o utensilios necesarios para la vida. Busca las condiciones climatológicas favorables del medio ambiente y la casa que habita y la tierra que cultiva le dan cierta estabilidad. Esta es la característica de los pueblos agricultores.

El hombre civilizado vive en sociedad habiendo creado la ciencia, el arte, la industria y todos los elementos de las civilizaciones modernas. Ha aprendido a utilizar la materia y las fuerzas de la Naturaleza; las maneja, las combina y las mantiene encadenadas y dóciles a su voluntad. En su lucha con la Naturaleza y ayudado de los inventos de la Mecánica, vapor y electricidad, regula o desvía el curso de los ríos, une cuencas fluviales, franquea el paso a través de las montañas, comunica las ciudades por carreteras, ferrocarriles, telégrafo, teléfono, y surca los mares y los aires con velocidades increíbles. Con los adelantos de la agricultura, descubre los secretos de la fecundidad terrestre y fertiliza los terrenos estériles convirtiéndolos en prósperos por el cultivo.

Gracias a la higiene evita la presentación y propagación de las enfermedades y sana comarcas insalubres, llevando a ellas la vida y la riqueza. Tal es la civilización alcanzada por los habitantes del continente europeo y americano.

El hombre se ha agrupado en colectividades más o menos grandes, y ha hecho esclavas suyas las fuerzas de la Naturaleza y los conocimientos que posee los transmite por el lenguaje hablado, por la escritura o por la imprenta de unas generaciones a otras para el progreso de la Humanidad.

Europa.—Ahora bien, ¿cómo el hombre ha llevado su influencia étnica y la civilización de unos continentes a otros? No cabe duda que los Estados de Europa han sido los que han dado mayor contingente a la colonización y difusión de la civilización a todos los confines del mundo; la forma peninsular de Europa, su situación en contacto con el mar, lo dentellado e irregular de su contorno, accesible hasta llegar a su interior por el influjo marítimo, le han dado estas aptitudes especiales para la navegación a través de los mares para poblar otros continentes y tierras, llevando su civilización, cultura, lengua, usos y costumbres. Por esto ha ejercido Europa, como dicen los geógrafos e historiadores (1), una enorme influencia en la Historia del mundo, en la que ocupa el primer puesto.

Por su situación al N. O. del antiguo continente puede considerarse como una península asiática y por estar a igual distancia entre el Ecuador y el Polo Ártico, ha dado a los hombres europeos aptitudes para aclimatarse en todas las latitudes y altitudes del Globo, haciendo que sus razas no se debiliten y siendo fácil la aclimatación en todos los países.

El hombre, al distribuirse por el Globo, ha llevado con él la raza, su lengua, su cultura, su religión, etc., y ha constituido colonias que son países extraterritoriales de un Estado, que se rigen por leyes especiales. Nosotros tenemos ejemplos notables de estos privilegios dados a los países por nosotros civilizados, tal es la famosa Ley de las Indias de los Reyes Católicos, dada a los países conquistados en América.

(1) R. Ballester en su «Geografía General» dice: «Mientras que el Asia es una región continental, Europa es una región marítima». Esta diferencia fundamental ha ejercido enorme influencia en el destino de Europa, la cual viene desempeñando, a través de los siglos, el primer papel en la Historia del Mundo.

Las colonias formadas por un Estado, en su expansión y difusión, pueden tener distinto carácter. Las principales son *colonias de población*, que son aquéllas que se establecen porque las condiciones físicas y climatológicas de los países conquistados favorecen el desenvolvimiento de los naturales de la metrópoli, v. gr.: Argelia, por los franceses; Australia y Canadá, donde han colonizado los ingleses. *Colonias de explotación*, las que no permiten o es difícil la aclimatación de los naturales de otros países, a no ser en condiciones excepcionales, pero pueden explotarse los productos, riquezas, etc., v. gr.: la India, las colonias españolas en el Golfo de Guinea y por último *colonias de ocupación*, que son territorios cuya posesión es conveniente a un Estado para fines políticos, mercantiles o alianzas internacionales; pertenecen a esta categoría las colonias penitenciarias, factorías mercantiles, los apostaderos militares y los depósitos de carbón a lo largo de las grandes rutas navales, v. gr.: Gibraltar, Malta, Adén, etc.

Por último, son *protectorados* o *zonas de influencia*, las posesiones sobre las cuales se ejerce por los Estados organizados y cultos una acción de cultura y civilización sobre ciertos países incultos o no organizados.

El hombre, con sus emigraciones, ha cambiado o reformado el valor de las regiones terrestres por él ocupadas aprovechando sus recursos naturales según el progreso científico, industrial o agrícola, dándose el caso de que una región inculta pueda convertirse en un centro de vida y producción, y por el contrario una región que hoy atrae al hombre, mañana puede ser abandonada por escasez de recursos de la producción industrial o agrícola.

Algunos ejemplos tenemos de estos casos; los desiertos de la Australia, y de Alaska y del Transvaal, se poblaron por las minas de oro que poseen. El valor de las regiones terrestres cambia por su cultivo, riqueza minera, pecuaria e industrias que pueden establecerse por el hallazgo y explotación de las primeras materias. La Humanidad, como dice el señor Ballester, vive en continua evolución, habiendo por lo tanto en la Tierra países decadentes y países ricos, pueblos que caen y pueblos que se levantan, hombres

que nacen y hombres que mueren, cumpliéndose así el ciclo evolutivo de la vida y el desarrollo de la sociedad humana.

Asia.—Por su extensión es la mayor parte del mundo y por su situación en el hemisferio boreal, desde la zona Polar del Norte al Ecuador, unida a Europa y África, y separada de la Oceanía y América, por dos estrechos de poca amplitud, el de Malaca y el de Bering, viene a ocupar el centro de la Tierra. Esta circunstancia geográfica ha favorecido la dispersión de los hombres por todas las partes del mundo.

La expansión europea ha dejado sentir su influencia con los progresos de la navegación, estableciendo colonias hasta en los países más remotos. Los europeos colonizaron Asia casi en su totalidad; pues aparte de sus Estados independientes como son: China, Japón, Turquía asiática, Persia, Afghanistan, Beluchistán y Siam; los demás países están afectos a naciones europeas. Los rusos colonizaron la Siberia, Turkestán, Caucasia; los ingleses el Indostán, la Indo-China inglesa; los franceses el Tonkín, Annam, Cochinchina, Cambodge y la india francesa, y los portugueses, con Vasco de Gama y sus intrépidos navegantes, colonizaron tierras asiáticas, especialmente Diu, Goa y otros puertos de la costa de la India y Macao en la China.

África.—Los europeos también colonizaron en África. Los antiguos griegos, romanos y turcos, no conocieron con exactitud más que el África mediterránea. A partir del siglo xv los españoles y portugueses comenzaron a explorar las costas africanas del Atlántico, dando por resultado el conocimiento de este litoral y la posesión de algunas colonias costeras. El interior del continente negro no ha sido descubierto hasta el siglo xix a beneficio de peligrosas y aventuradas expansiones, por el estado salvaje de sus habitantes, hechas en el Sudán, Sahara, Zambeze y el Congo.

Los europeos no se han limitado a explorar el África. A la exploración ha seguido el reparto y explotación de sus riquezas. Para ello han tenido que luchar con tribus indígenas y han establecido colonias, protectorados o zonas de influencia.

África, como dicen los economistas, geógrafos y diplomáticos, ofrece un buen porvenir a la civilización europea, teniendo en cuenta que sólo las regiones del Norte y del Sur son las únicas que permiten la aclimatación de los europeos. Las regiones de la zona ecuatorial sólo pueden ser colonias de explotación, pero no de población.

Allí tenemos nuestra zona de protectorado español en Marruecos, el Archipiélago de Canarias y los territorios del Muni, Río de Oro y las islas del Golfo de Guinea, Fernando Poo, Annobón, Corisco y Elobey.

Las colonias portuguesas son: Angola, Mozambique, parte de la Senegambia, la Guinea portuguesa, islas de Azores, Madera, Cabo Verde, Santo Tomás y del Príncipe en el Golfo de Guinea.

Las colonias francesas son Argelia, Túnez, Senegal, Guinea, Sudán occidental, Congo francés, Cameroun, Madagascar, Comores, Reunión, Mauricio y la costa de Somali; alemanas, Togo y parte de Camerun en el Golfo de Guinea; colonias italianas, Trípoli, costa de Somali y Eritrea; belgas: el Congo belga, e inglesas, que son las más extensas y ricas de las posesiones europeas, como la colonia del Cabo Natal, Orange Transvaal y Rodesia en África austral. En África oriental inglesa, Egipto, Sudán anglo-egipcio, Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro, País de los achantis, la región de los Lagos y Nigrícia y las islas oceánicas Ascensión, Santa Elena, Seichelles, Almirante, Providencia, Zanzíbar y Socotora en el Océano Índico y Somalilandia en el Mar Rojo.

América. La población de los inmensos territorios de la América septentrional, central y meridional, es cosmopolita. Allí han arribado y viven toda clase de europeos; pero los españoles acometieron la magna empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo, que es el éxodo triunfal ocurrido un siglo antes de que los anglosajones se diesen cuenta de su existencia (Lumnius) y sospechado mucho antes por Lulio en el estudio de las mareas.

Los europeos sometieron a los pueblos indígenas de América que estaban habitados por diversas gentes de raza cobriza y se

apoderaron del país dándoles su cultura y aportando individuos de raza negra para el cultivo del suelo tropical.

La población actual de América del Norte es, en su inmensa mayoría, de raza blanca o mestiza pasando de cien millones de habitantes; los negros y pieles rojas no llegan a veinte millones de individuos. Entre los habitantes de origen europeo dominan los ingleses en el Norte y Centro, Canadá y Estados Unidos (1). Los franceses constituyen un importante núcleo de población, establecido a lo largo de la cuenca de San Lorenzo, y los españoles en el Sur, Méjico, América Central, Antillas y naciones de América del Sur.

La población de América Central, se calcula en cuatro millones de habitantes y es heterogénea de indios, blancos, criollos, negros y mestizos. Descubierta, conquistada y colonizada por los españoles, imperan en los diferentes Estados de América Central la lengua y religión de su antigua Metrópoli, de la que se separaron en 1820. Ahora están bajo el Protectorado de los Estados Unidos las Antillas, islas de Cuba (2), Haití, Puerto Rico y Santo Domingo.

Las colonias inglesas son Honduras, Jamaica, islas Bahama, Bermudas, Sotavento, Barbada y Trinidad; francesas, Guadalupe y Martinica, y holandesas, Curaçao, Aruba y Bonaire.

En la parte más estrecha desde Colón a la ciudad de Panamá, se ha abierto a la navegación el Canal interoceánico del Panamá, construido bajo el Protectorado de los Estados Unidos, cuya obra colosal, terminada en 1914 e inaugurada bajo la presidencia de Wilson, tantas ventajas reporta al comercio, singularmente a los Estados Unidos y Repúblicas subamericanas del Pacífico, por establecer una comunicación directa entre el Atlántico y el Pacífico.

(1) Al Canadá y Estados Unidos han ido muchos habitantes procedentes de Noruega, que han emigrado a aquellas regiones, formando una población rural de un 72 por 100.

(2) Por el tratado de París, en 10 de diciembre de 1898, perdió España las Islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Este tratado fue ratificado el 11 de abril de 1899.

Emancipada América del Sur de la soberanía de sus antiguos dominadores, especialmente de España y Portugal que la colonizaron, se halla actualmente constituida por diez Estados independientes: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, República Argentina, Uruguay, Paraguay, Estados Unidos del Brasil, Venezuela y forman colonias la Guayana inglesa, holandesa, francesa y las islas Falkland, pertenecientes a Inglaterra.

Australasia e Insulindia.—Oceanía ha sido la última parte del mundo descubierta por los europeos. En el siglo XVI Magallanes, portugués, al servicio de España, inicia el gran recorrido y abordando el mundo oceánico, izó la bandera española en Filipinas; pero es J. S. de Elcano, de Guetaria, quien da la vuelta al mundo por primera vez, real demostración de la redondez de la Tierra. Las penas y peligros de la odisea, cantada en el poema de Virgilio, no fueron nada en comparación con lo que Magallanes, Elcano y sus compañeros sufrieron y vencieron en este viaje de circunnavegación llevado a cabo por estos colosos iberos. Estos héroes fueron los superhombres, en nuestro concepto actual, los que escribieron en sus banderas las palabras aun no pronunciadas «*Navigare necesse est; vivere non est necesse*» (1).

Posteriormente a las conquistas de los españoles y portugueses, el inglés Cook, el francés La Perouse y otros, acabaron de explorar aquellos territorios. Los europeos han ido apropiándose las tierras oceánicas; unos, para explotar sus riquezas vegetales y minerales, y otros, para utilizarlas como estaciones navales, mercantiles o estratégicas, por constituir excelentes rutas en el grande Océano.

Los melanesios, papúes y australianos de color negro, pelo lanoso, de costumbres feroces, muchos de ellos antropófagos, lucharon tenazmente con los invasores europeos; los polinesios acogieron amistosamente a los colonizadores europeos, aceptando su religión, sus costumbres, etc.

Actualmente los dueños de la Oceanía son: los ingleses que

(1) O. Koelliker, «Die erste Erdumseglung». München, 1908.

dominan la Australia, Tasmania, Nueva Zelanda; los holandeses que poseen la mayor parte de la Insulindia; los franceses dominan la Nueva Caledonia, Tahiti y otros archipiélagos; los alemanes las Marianas, Palaos, Marshall y Carolinas; Chile y Japón que poseen algunos territorios, y por último los Estados Unidos ejercen el protectorado en las islas Filipinas, Hawai, Waeke y una parte de Samoa, y los portugueses poseen las islas de Timor y la de Kam-bing, situadas en el archipiélago de la Sonda.

La invasión de los pueblos civilizados ha transformado por completo el continente novísimo. Con el aumento de la riqueza y la cultura que ha ido extendiéndose, las colonias de otros tiempos han ido transformándose en «Países nuevos», de gran porvenir. Actualmente los pueblos de Oceanía han entrado en plena fase industrial, y por la comunicación que establecen las diversas líneas de buques, se hace un comercio activo entre los principales puertos de Batavia, Manila, Melbourne, Sydney, con Europa, Asia y América, facilitándose el intercambio de relaciones humanas y poniéndolas en contacto de la civilización mundial.

V

Obra civilizadora y colonizadora de España y Portugal

Geográficamente unidos España y Portugal, son dos países de la Península ibérica. Como dice Eliseu Reclus (1), forman un conjunto indivisible al S. O. de Europa y un todo completo por la configuración de su suelo en planicies y montañas y por la red circulatoria de sus ríos. Es una misma tierra, de un mismo origen geológico y etnográfico, con las mismas vías terrestres, fluviales y marítimas.

En cuanto a la orografía, en España tenemos dos sistemas generales de montañas: Los Pirineos y los Montes Ibéricos. Los Pirineos, que la separan de Francia, se dirigen al Oeste y toman los nombres de Vasco-Navarros, Cantábricos, Astúricos y Galaicos. Los Montes Ibéricos, en dirección de Norte a Sur, atraviesan a España, formando con los Pirineos una especie de T (2) y dividiéndose en las Sierras de Guadarrama, Gredos, Gata, Toledo, Oca, Moncayo, Cuenca, Morena y Nevada.

Por su lado la orografía de Portugal se divide en cuatro sistemas: el transmontano, el beirense, el tanstagano y el algarvio, que son continuación de los sistemas de España.

El sistema transmontano tiene como sierras principales las de Suajo, Penedo, Gerez, Larouco, Barroso, Cabreira, Falperra,

(1) Eliseu Reclus. «Nouvelle Geographia Universelle», L'Espagne.

(2) Rafael Altamira y Crevêa. «Historia de España y de la civilización Española».

Marao, Monte zinho, Nogueira, Cimas do Mogadouro y Moncorvô, entre el Miño y Duero, que son prolongación de los Pirineos astórico-galaicos.

El sistema beirense formado por las sierras de Guardunha, Moradal, Cabeço Rainha, Estrella, Montejunto, Cintra, Graheira y Bussaco; son continuación del sistema carpeto vetónico o lusitano arevaco, por medio de las sierras de Guadarrama, Gata, Bejar, Gredos y las Mestas; hasta terminar en las costas portuguesas inmediatas al cabo de Roca.

El sistema tanstagano tiene como principales sierras S. Mamede, Niza, Portalegre, Assumar, Beja, Ubrique, Caldeirao, Grandolla, Monfurado y alturas de Alentejo; son continuación de la cordillera oretana.

Y finalmente el sistema algarvio en la sierra Mú, Monchique, Picota, Espinhaço de Cão, Malhão, Querença y Figo, formado por dos brazos que parten de la sierra Ubrique, representan la Sierra Morena.

El sistema hidrográfico es común a los dos países: al Norte el Miño que nace en la provincia de Lugo, recorre Orense, sirve de línea limítrofe con la Nación vecina, pasa por Tuy y desagua en el Atlántico entre La Guardia (España) y Caminha (Portugal), uniendo el sentimentalismo gallego y portugués. El río Lima o Limia, nace también en España y por su incomparable belleza y transparencia de sus aguas, es el espejo de la hidalguía de España que se pone en contacto con Portugal, en la nobiliaria y risueña ciudad de Vianna do Castelo, cantada por los romanceros de ambas naciones.

El Duero, que desde los picos de Urbión (Soria), se extiende por las provincias de Burgos, Valladolid y Zamora, llevando a Oporto y al Océano, la recia raigambre de la raza ibérica

El Mondeno, río exclusivamente portugués, en cuyas poéticas y amenas orillas se asienta, sobre una colina, Coimbra, ciudad que rememora y conserva el romanticismo de la raza, sus tradiciones históricas y difunde la grandeza e influencia de su célebre Universidad.

El Tajo nace en Albarracín, atraviesa Guadalajara, Toledo, Cáceres y formando un brazo de mar desemboca en el Océano por Lisboa (1). Parece que por este río caudaloso se comunican los ideales del alma española y lusitana, y la común influencia que han ejercido ambas civilizaciones ibéricas en los destinos del Mundo.

Y finalmente, el Guadiana que nace en la Sierra de Alcaráz, va por Mérida, Badajoz y Huelva a Ayamonte, donde establece la división territorial por el Sur y el contacto de la Bética española con el Algarve portugués.

Estas vías comunican las palpitaciones de la sangre española y la llevan a Portugal para transmitirla a América por el Océano.

Los primitivos pobladores de la Península ibérica fueron los iberos, oriundos del Asia y los euskarianos, pertenecientes al elemento escítico, también provenientes del Asia, representados genuinamente por los vascos (2). Después vinieron los celtas, igualmente oriundos del Asia que entrando por el litoral del Atlántico ocuparon el Oeste y Centro de la península y fundiéndose con los iberos constituyeron los celtíberos. Invadieron luego la península, colonias fenicias, jónicas y cartaginesas; siendo éstos expulsados por los romanos que asentaron su dominio en el año 205 antes de Jesucristo, hasta principios del siglo v; de cuya época quedaron grandes vestigios en ambos países, que son admirados por su antigüedad, fortaleza y mérito artístico.

Dividido el Imperio romano, y debilitado su poder, sobrevino la avalancha de los bárbaros del Norte; suevos, vándalos y alanos. Los vándalos expulsados por Walia, rey de los visigo-

(1) Hermosa ciudad, situada en el estuario del Tajo

(2) Pereira de Lima. «Os Iberos e os Bascos». Altamira Crevêa, obra citada

dos, pasaron a África, pero su influencia en la vida y sociedad de la península fué desastrosa, especialmente por la destrucción o mutilación de monumentos y obras de arte. Los suevos extendieron su territorio por Galicia y Lusitania y los alanos ocuparon también Lusitania y Andalucía; hasta que en continuas guerras con los romanos y los visigodos, oriundos de las Galias, llegaron a incorporarse y confundirse con la designación de visigodos. De este modo, a mediados del siglo VII los visigodos y los hispano-romanos, lograron hacer desaparecer los vestigios que aun quedaban de la invasión y conquista de aquellos pueblos invasores de España y Portugal.

En el año 711 la Península fué invadida por los árabes y los bereberes del N. O. de África. Es sabido que en poco tiempo conquistaron la Península ibérica, menos una pequeña región del Norte, la cántabro-astúrica, donde se refugiaron y defendieron algunos visigodos. El valor con que defendieron al suelo patrio contra la invasión agarena fué el origen de la epopeya de la Reconquista que empezó en Covadonga con Pelayo y terminó con la toma de Granada en 2 de enero de 1492. Esta reconquista, efectuada por Alfonso III en Portugal y los Reyes católicos en España, fué fruto de una gigantesca lucha de ocho siglos, sostenida en ambos territorios contra los musulmanes, durante los cuales los mozárabes, connaturalizados en España, quedaron monumentos, edificios, ciudades y obras plásticas decorativas, de escultura y pintura, notables por la riqueza y suntuosidad de estilo del Arte mudéjar.

La sangre, pues, de los españoles y portugueses, de una manera general, está formada por los mismos elementos étnicos que preponderaron en los dos pueblos y en mayor o menor grado, con pequeñas diferencias peculiares a cada uno de ellos, se hicieron sentir en su lengua, educación, costumbres, legislación, literatura, bellas artes, en sus empresas, descubrimientos y hasta en su genio colonizador.

La lengua de ambos países iberos ha tenido igual origen y evolución.

Su origen es la lengua latina, que se introdujo y aclimató en toda la Península en la época de la denominación romana. Algunos elementos fonéticos y lingüísticos se incorporaron de las colonias griegas, fenicias y cartaginesas, formando principalmente algunas raíces de las palabras y vocablos.

Esta lengua se generalizó de tal manera que en el siglo VIII era la lengua nacional, hasta que sobrevino el establecimiento de los visigodos y se corrompió el lenguaje en las provincias conquistadas por estos pueblos septentrionales. Sin embargo, la influencia de los obispos en la Monarquía hispano-goda durante los monarcas católicos, hicieron que prevaleciera la antigua lengua aunque un tanto desfigurada. En la destrucción del imperio visigodo los valientes que se refugiaron en los terrenos frágidos del Norte de España conservaron ese mismo idioma. Esta lengua rústica fué extendiéndose a los países ocupados por los moros en la época de la reconquista y en ella dejó vestigios la lengua árabe en una multitud de palabras que nuestra lengua adoptó. Así quedó constituido el idioma patrio por la lengua latina, culta, propia de la gente instruída y adoptada por los libros y la lengua rústica con las mezclas dichas para el resto del pueblo.

Este idioma patrio sufrió modificaciones importantes, por la introducción de otros nuevos elementos lingüísticos. La lengua portuguesa fundamentalmente igual a la lengua castellana, y más aun, al dialecto gallego, constituyó un grupo homogéneo en el centro nacional del territorio desde Galicia al Mondego o mejor hasta el Tajo; pero después se diversificó, por la formación de condados.

Cuando Alfonso VI desmembró de Castilla el condado de Portugal en favor de don Enrique de Borgoña, la lengua portuguesa comenzó un desenvolvimiento propio por la influencia de las respectivas localidades, especialmente por los elementos mozárabes que tenían su domicilio en el Sur y después por la

lengua francesa provenzal, por la influencia de los caballeros borgoñeses, llamados por don Enrique de Borgoña y su hijo el Rey don Alfonso Enríquez, para el gobierno de Portugal, cuya nación entonces se hizo independiente. Por esta época algunos obispos de las diócesis, recién establecidos en Portugal, eran franceses.

En la época de Sancho I, y Sancho II, se hicieron concesiones por virtud de las cuales los poetas y cantores provenzales vinieron a la Península y los estudiantes portugueses estudiaban Teología y Medicina en París, y en el reinado de Alfonso III, ejerció Bolonia una influencia notable en la cultura y lengua portuguesa. Todas estas influencias extranjeras dieron por resultado modificaciones de la lengua que tomó algunos giros, vocablos y terminaciones francesas (provenzales, borgoñesas), italianas y hasta catalanas importadas por las reinas doña Mafalda y doña Dulce.

Mas a pesar de todas estas influencias lingüísticas la lengua castellana y portuguesa, tienen su origen común y pueden llamarse hermanas. Ellas tienen expresiones iguales y la lengua española ejerció una influencia tan grande en el siglo XVII sobre la portuguesa, hasta el punto de que nuestro diccionario invadió con sus palabras sonoras la terminología flexible de la lengua portuguesa.

La educación posterior de uno y otro pueblo y los accidentes respectivos de su historia han traído a veces rivalidades mutuas y la separación de naciones. Lo que ha ocurrido entre España y Portugal, ocurre también entre los individuos de una misma familia, pero esto no borra el origen común de territorio, de idioma y de raza, en cuya sangre late el impulso de una corriente fraternal y una afinidad espiritual en el carácter de estos pueblos situados a los dos lados del Miño y Guadiana, separados únicamente por una frontera artificial de un mismo suelo patrio.

Portugal, llamado en la antigüedad Lusitania, forma con España el territorio ibérico y los dos países pasaron las mismas vicisitudes e invasiones. Del poder de los árabes fué rescatado por reyes de Asturias, León y Castilla, hasta que Alfonso VI lo concedió, en premio de servicios militares, como condado feudatario de Castilla a don Enrique de Borgoña, casado con doña Teresa, hija del Rey Castellano. Don Alfonso Enríquez, hijo del matrimonio mencionado, proclamó la independencia de Portugal; en el siglo XVI pasó a formar parte de España en el reinado de Felipe II, pero volvió a recobrar su independencia en el reinado de Felipe IV. El levantamiento de Portugal, que coincidió con el alzamiento de Cataluña, proclamó al Duque de Braganza con el nombre de Juan IV (1), y a pesar de los esfuerzos que hicieron don Juan de Austria y don Luis de Haro, después de una lucha de veintiocho años, hubo que reconocer la independencia de Portugal y sus posesiones de Ultramar por el tratado de Lisboa (1668), a principios del reinado de Carlos II, quedando en nuestro poder Ceuta.

Los dos pueblos coincidieron, en sus conquistas, descubrimientos y empresas guerreras. Los pueblos que en la historia de la civilización moderna, tuvieron un poder dirigente y civilizador, igual o superior a las grandes civilizaciones dominadoras del pasado, fueron los pueblos de la Península ibérica. Esa obra magnífica de los *descubrimientos* que determinaron la expansión y predominio de la civilización Europea fué empezada por el pueblo portugués y seguido por España, completándose así lo que debemos llamar *período ibérico en la Historia de la Civilización humana* (2).

Portugal y España, unidos en un mismo pensamiento de justificado orgullo racial, iniciaron un nuevo período de expansión y

(1) Entonces comenzó la dinastía de los Braganzas que ha gobernado el vecino reino, hasta el reinado de don Manuel II (5 octubre 1910), en que se proclamó la República.

(2) Ana de Castro Osorio. «Las cualidades colonizadoras de los pueblos ibéricos», artículos publicados en la *Revista de la Raza*.

grandeza de la civilización ibérica. Los genios conquistadores de Vasco de Gama y Colón, superiores a los mayores conquistadores del mundo, llevaron la civilización del Occidente al Oriente y a América.

La obra de descubrimiento, colonización y civilización de los dos pueblos peninsulares en América fué tan grande, que marca un período notable en la historia de la civilización mundial. En los siglos xv y xvi juntos luchamos e hicimos la conquista del Nuevo Mundo y los hombres inmortales de nuestra raza llevaron la comunión civilizadora de Europa ensanchando el mundo, pequeño y limitado, para los hombres de la Edad Media.

La obra que los dos pueblos de la península, agrupados bajo la bandera de Castilla, realizaron en los siglos xvi, xvii xviii, es del más perfecto paralelismo. Ella nos dió esa admirable formación de las naciones del Nuevo Continente que son un desdoblamiento de la raza, fijando para un futuro sin límites sus destinos y aspiraciones. Dimos a esas naciones el genio ibérico de nuestra raza, nuestra alma, nuestra historia, y sobre todo, les dimos nuestra lengua, instrumento maravilloso de un valor eterno.

Todas esas Patrias, hijas de la Gran Iberia, fueron criadas por el genio y la persistencia de la raza de la Península; por eso tienen una unidad espiritual, una afinidad de carácter y una civilización, tan propias, que no habrá influencias extrañas que nos desliguen de los vínculos de sangre e idioma que les dimos.

Grande ha sido en ambos países la influencia de la cultura ibérica por sus hombres de ciencia, sus guerreros, conquistadores, historiadores, cantores, poetas y literatos.

En literatura de nuestra edad de oro sobresalieron dos grandes genios que inmortalizaron la raza y la lengua, Cervantes en su «Quijote» y Camões en las «Luziadas» (1), las cuales guardan el

(1) Don Antonio Nobre, publicista portugués, en una conferencia de aproximación hispano-portuguesa, pronunciada en Valladolid, hizo resaltar la afinidad de ambos países y en párrafos de gran elocuencia y patriotismo, estableció el paralelismo en la literatura de ambos países sintetizada en Cervantes y Camões, que fueron dos genios de

más perfecto paralelismo porque cantaron y estereotiparon las costumbres y la hidalguía española y las proezas épicas del pueblo portugués. Camões dijo «que eran dos pueblos unidos por el destino y por la raza» y fué un cantor del más puro iberismo (1) al decir que «España y Portugal son dos países donde termina la tierra y comienza el mar y otro mundo». Colón y Vasco de Gama, dos genios inmortales, dieron a la Gran Iberia un nuevo mundo, representado por el descubrimiento de América y la conquista de la India.

Para la colonización asiática los europeos se sirvieron de las vías de comunicación abiertas por el Comercio y las Armas. Desde el Norte de la India, y sus principales puertos, venían los productos asiáticos a Europa. Constantinopla fué un gran centro mercantil en la primera mitad de la Edad Media. Después fué Venecia, la ciudad del Adriático, la que se convirtió en imperio comercial desde donde se difundían las mercancías asiáticas por el Mediterráneo a todos los ámbitos de Europa. Los musulmanes, al conquistar Egipto, hicieron cambiar el rumbo de las mercaderías; siguiendo la vía marítima de la India al Egipto, atravesaban por tierra el país de los Faraones y llegaban al puerto de Alejandría que comunicaba directamente con Venecia. Entonces apareció Besora en el fondo del Golfo Pérsico que atrajo el comercio persa, rico en tapices, alfombras, armas y caballos, y adquirieron importancia Mascate y Adén (2), al

la raza contemporánea y de vidas semejantes. Ensalzó la espiritualidad de los dos países por sus lenguas que parten de un tronco común, y comparó la música clásica española con los fados portugueses que expresan el sentimentalismo de la raza.

(1) El malogrado Costa Sacadura Cabral, genio del aire e intrépido aviador del siglo xx, fué un patriota y gran defensor de Iberia. Murió en medio del Océano, en un viaje al Brasil, sin que haya podido ponerse una cruz y un epitafio en recuerdo de este hombre en que se condensaban y palpitaban todas las energías de la raza.

(2) Puertos de descanso y mercados del áloe, gomas de Socotora, marfil, opio y perfumes de Arabia.

Sur de Arabia. Entrando en el Mar Rojo, los barcos musulmanes, dejaban las mercancías en Djeddah para la Meca y Siria y en Coseyr, puerto situado en la costa opuesta, desde donde eran transportados por vía terrestre hasta Alejandría por el Cairo.

Tal era la ruta asiático-europea, cuando por primera vez surcaron las naves portuguesas los apacibles mares asiáticos. Su aparición cambió la faz de las relaciones comerciales entre los continentes del antiguo mundo. Sucedió esto por los mismos años que Colón cruzaba el Atlántico. Seis años después de haber dado vista el Almirante genovés a las Antillas, llegaba Vasco de Gama a la India, año de 1498. Los intrépidos navegantes portugueses colonizaron en tierras asiáticas formando el «Imperio lusitano de Asia» (1).

Para estos viajes marítimos utilizaban los navegantes portugueses las carracas, naves o naos de gran tonelaje (hasta 2000 toneladas), en las cuales hacían la travesía a la India.

(1) A propósito de este transcendental hecho histórico y de la obra de fray Serafín Freitas, profesor de Cánones de las Universidades de Coimbra y Valladolid, pronunció la primera conferencia de Extensión Universitaria, en el curso pasado, el Excmo. Sr. D. Joaquín Fernández Prida, docto catedrático de la Universidad Central y Senador que fué de esta Universidad. En él propuso la idea de que la obra fundamental de Freitas, «De Justo Imperio Lusitanorum Asiatico», fuera vertida al castellano bajo la égida de la Universidad de Valladolid; de la que fué Freitas sabio maestro de Cánones y en la que expuso hace trescientos años (1625), sus doctrinas opuestas a los de Hugo Grocio «De Mare liberum», del que fué su impugnador más formidable. La idea fué muy bien acogida y el Excmo. Sr. Rector de la Universidad, D. Calixto Valverde, prepara una edición de tan importante obra en latín y castellano, de la que hará la traducción el notable jurisconsulto, latinista y paleógrafo, el M. Ilre. Sr. D. José Zurita Nieto, Canónigo de la S. I. Metropolitana

La Universidad, y en su nombre el señor Rector, dió cuenta de este hecho al X Congreso de las Ciencias y al señor Rector de Coimbra, y las comunicaciones laudatorias cambiadas entre ambas Universidades hermanas serán publicadas, con un prólogo del señor Prida, en la primera versión castellana de dicha obra.

Como se viajaba en estas naves, nos lo dice el italiano P. Bartoli. «Solían salir de Lisboa estas naves regias de la escuadra de la India por el equinoccio; una vez pasados los vientos y corrientes marítimas de esta época. Desde Lisboa se dirigían a las islas de Madera, Azores, Cabo Verde, Sierra Leona, Golfo de Guinea, seguían toda la costa occidental de África, hasta la isla de la Trinidad y la de Tristán de Acuña, desde donde se dirigían al *formidable León* como llaman los marinos al Cabo de Buena Esperanza. Así recorrían las inacabables, inhospitalarias y peligrosas costas occidentales de África y después de doblar el Cabo de Buena Esperanza se dirigían al Norte, costeano la Cafrería, Colonia del Cabo, Bahía Delagoa, Lorenzo Marqués, Mozambique, Madagascar, hasta anclar en Goa y Cochín. Así tomaron posesión del Océano Índico y de la India».

Establecido en Goa (1), por Alburquerque (2), la nueva Metrópoli portuguesa (1510), se dedicaron los portugueses a la conquista de los centros comerciales de Asia. En el Océano Índico se apoderaron de la isla de Socotora. Con esto cerraron a los árabes el tráfico indiano, embotellándolos en el Mar Rojo. Obstruido el paso del Egipto, los mercaderes se vieron forzados a encaminarse a Europa por el Cabo de Buena Esperanza. Alejandría se arruinó; Venecia quedó muy quebrantada y se engrandeció Lisboa, que se alzó con el monopolio comercial de cuanto se consumía en Europa. Por el Oriente llegaron a Malaca que conquistaron en 1511, traficando con los chinos, desde las islas de Sanchón frente a Cantón y llegaron con su audacia hasta las islas japonesas.

Un nuevo emporio surgió entonces en el Asia; el puerto de

(1) «La Ciudad de Oro», como la llaman los portugueses.

(2) Excmo. Sr. D. Juan de Albuquerque, franciscano español, nombrado virrey de la India por don Juan II; fué el primer Arzobispo de Goa; y ejercía jurisdicción sobre los Obispos de Cochín, Malaca, Mascate y Ormuz.

Ormuz (1), situado en una estéril isla a la entrada del Golfo Pérsico, atraía a sus embarcaderos los productos del Extremo Oriente, los de la India y el Continente donde tuvieron asiento los imperios semíticos.

A la sabiduría de Dios correspondió enderezar a más altos fines las codicias humanas. Por eso los Apóstoles del cristianismo, siguiendo las vías comerciales y las rutas marítimas, extendieron su acción evangélica por Asia en el siglo XVI y fué el Gran Apóstol de las Indias el llamado por Dios a esta gran empresa.

Bajo el reinado de don Juan III, partió este gran apóstol de Lisboa para la India en 7 de abril de 1541, llegando a la India el 6 de mayo de 1542, tardando en la travesía más de un año, cuando ordinariamente no se tardaba más de seis meses. Las misiones que estableció, siguiendo la costa de la India, fueron Diu, Goa, Canapor, Caliput, Granganor, Cochin, Coulon, Manapar, Nagapatan, Meliapur; en China, Cantón y la isla de Ceilán; Amboino y Malaca en Oceanía, y el Japón, fueron países evangelizados por San Francisco Javier (2), que sufrió atropellos y vejaciones por extender la doctrina de Cristo.

La acción colonizadora de Portugal tuvo gran resonancia en las cinco partes del mundo. En el Continente africano, siguiendo la vía marítima de las Indias, encontraron y colonizaron las islas de

(1) A Ormuz, tan conocido por sus riquezas como por la corrupción de costumbres, acudían por tierra los persas y sirios, los habitantes de las orillas del Caspio y mar Negro y hasta los tártaros y chinos; por el mar, los de la India y Malaca, los africanos de Magadoxo y Melinde y los europeos. Así, que puede decirse sin metáfora: «Qué fué el puerto del mundo donde más barcos han echado el ancla» «En sus calles se amortiguaban los ardores del sol con toldos de tapices persas»

(2) Los sitios que recorrió y las vicisitudes que pasó en su apostolado de misión, están descritos en sus cartas recopiladas en «Empresas y viajes apostólicos de San Francisco Xavier», por el P. Apatalátegui, S. J.

Madera, Azores, Cabo Verde, las de Santo Tomás y del Príncipe en el Golfo de Guinea; Angola, Loanda y Benguela al Sur del río Congo, en la costa occidental del Atlántico y doblando el cabo de las Agujas, exploraron la costa del Océano Índico de África y descubrieron Puerto de Natal, Bahía Delagoa, Lorenzo Marqués, Mozambique y Sofala, hasta el cabo Delgado, siguiendo después la ruta hasta Goa (Asia). No sólo llevaron su influencia sobre las costas e islas adyacentes, sino al mismo continente en donde ejercieron su dominación, de la cual conservan aún territorios (1).

En Asia ejercieron su influencia dominadora especialmente en Diu, Goa, Salceta, Damau y Diu en la India; Macao en la China y en Oceanía la isla de Timor y la de Kaming en el Archipiélago de la Sonda. Estas Colonias lo son en el sentido de encontrarse lejos de la Metrópoli, pero no se rigen por leyes especiales, sino por las mismas de Portugal.

Los hombres que se distinguieron como intrépidos navegantes y descubridores fueron Bartolomé Días, que dobló el Cabo de las Tormentas en 1486; Pedro Álvarez Cabral, que descubrió el Brasil en 1500; Gaspar Corte Real, en el mismo año descubría la Tierra de Labrador, la isla de Bacalhaus, las islas Côrtes Reales y de Caramelo en la desembocadura del Estrecho de Hubson y Juan da Novoa en 1501 descubría la isla de la Ascensión y en 1502 la de Santa Elena; Americo Vesputio recorría la tierra de Santa Cruz hasta el Río de la Plata y el país de los patagones y la Bahía de Todos Santos; Alfonso de Albuquerque (2) en 1503 descubría Contão; Lourenco de Almeida en 1505 Ceilán; y en 1506 Tristán da Cunha, descubría las islas que tienen su nombre y Ruy Pereira la costa occidental de San Lorenzo (Madagascar); Diego Lopes de Sequeira, en 1508, las islas de Santa

(1) Ceuta pasó a España en virtud del tratado de Lisboa (1668), y en dicha plaza y en Arcila y Alcázar Seguer de la Zona del Protectorado español, se conservan aún restos y recuerdos de la dominación portuguesa.

(2) De él se dice en sentido alegórico que empeñó sus barbas en defensa de Portugal por el Brasil.

Clara; Antonio de Abreu, en 1512, la isla Amboina; Pedro Mascarenhas, las islas de su nombre que hoy se llaman de la Reunión, y Duarte Coelho, en 1516, descubría la Cochinchina y en 1522 y 1523 otros portugueses descubrían las islas del Archipiélago de Molucas, que fueron un semillero de disensiones entre España y Portugal (1).

La obra de Portugal, unida en un solo pensamiento y en una cohesión perfecta, se refleja de un modo admirable en el Brasil, una de las mayores naciones de América con su hermosa capital, Río Janeiro, uno de los mejores puertos del mundo; ese Brasil formidable cuyas fronteras inmensas se extienden desde el Amazonas al río de San Francisco y el Océano Atlántico; ese territorio extenso cuya población habla la misma lengua, le rigen las mismas leyes y acatan las mismas creencias, tradiciones y costumbres. Aun independiente, el Brasil es el más legítimo orgullo de Portugal. Es cierto que aquella inmensa nación está ocupada por portugueses e hijos de portugueses y elementos indígenas del país, pero todos se consideran brasileños de corazón y no pierden los lazos de unión que les liga a su vieja patria de origen.

El amor a la tierra brasileña y la obra admirable de continuidad de raza está, sostenida con la emigración constante y el tráfico comercial de Portugal con el Brasil que forma un verdadero imperio colonial en donde se van afirmando nuevos núcleos de civili-

(1) Aunque Portugal ha perdido parte de su poderío colonial en África y en la India. allí han quedado los caracteres de la raza de los colonizadores, como lo han demostrado Constantino Mascareñas en una Tesis del Doctorado de Medicina, estudiando una colección de cráneos de diversas castas de la India que se conservan en el Museo Anatómico de Oporto y en importantes trabajos de Anatomía, Antropología y Etnografía indiana, publicados por J. A. Pires de Lima y Hernani Monteiro, profesores de Anatomía de la Facultad de Medicina de Oporto. Los cráneos y restos esqueléticos de indo-portugueses y de Angola son bastantes heterogéneos, pero se parecen en sus caracteres morfológicos a las razas típicas que se encuentran en Portugal; coincidiendo estas observaciones con las de otros autores que se han ocupado también de la Antropología indiana de las Colonias portuguesas.

zación ibérica. Esto prueba la obligación que tenemos los dos países de la Península de mantener el contacto intelectual, moral y material con la América ibérica, no consintiendo que esas grandes naciones pierdan el carácter que los dimos en su descubrimiento y colonización.

España y Portugal forman la gran península ibérica, y parece que su territorio, comprendido entre el Pirineo y las costas del Atlántico y del Mediterráneo, forman una gran casa solariega que ha extendido su influencia civilizadora por todo el mundo. Los diversos pueblos que ocuparon la península, desde los iberos hasta los musulmanes, aportaron sus elementos étnicos y su cultura y dejaron sus vestigios, a través de nuestra gloriosa Historia en la raza, en la lengua, en las tradiciones, costumbres, literatura, arte y monumentos de España. Sin duda la diversidad de sus pobladores, la influencia de sus monarcas con la unión y división de reinos, fueron las causas de la diversificación en regiones con sus caracteres típicos, sus variedades lingüísticas y aspiraciones regionales. Todos, sin embargo, coincidieron en unánime aspiración de la unidad de la Patria, y los reinos de Asturias, León y Castilla con Aragón, Navarra, Cataluña y Provincias Vascongadas, lucharon contra la invasión agarena en la brillante epopeya de la Reconquista que empezó en la batalla de Covadonga (718) y terminó con la conquista de Granada (1492) en el reinado de los Reyes católicos, después de ocho siglos de tenaz lucha.

En esta gloriosa epopeya, Alfonso VI hizo la conquista de Toledo, Córdoba y Sevilla, llegando hasta Tarifa; en 1162-1196 Alfonso II, rey de Aragón y Cataluña, ensanchó sus Estados con la Provenza y el Rosellón y Jaime I, el Conquistador (1213-1276), conquistó las Baleares (Mallorca, Menorca e Ibiza) y el reino de Valencia.

La nacionalidad española en la época de la Reconquista, se asentó sobre los principales elementos constitutivos: la monarquía, la iglesia, la nobleza y el pueblo. La monarquía se fundó en

Asturias, cuyo principado se conserva como privilegio de los reyes de España, transmitido a sus sucesores. La organización e influencia de la Iglesia en el orden civil, fué grande y necesaria, porque salvó los restos de la antigua cultura, juntamente con el depósito de la religión, el tesoro de las Letras Humanas.

La nobleza era el brazo derecho de la monarquía, y el pueblo o estado llano, estaba constituido por la masa general de los hombres libres. La Agricultura, la Industria y el Comercio, tuvieron gran desarrollo a medida que los brazos útiles dejaban de emplearse en la guerra para aplicarse a las diversas manifestaciones de la vida humana. Las Bellas Artes, la Arquitectura, la Escultura, Pintura y Artes mecánicas, produjeron grandes obras que se conservan como nuestro gran tesoro artístico en nuestros Monumentos y Catedrales. La cultura intelectual alcanzó un desarrollo considerable y se fundaron nuestras Universidades que fueron el centro del mundo intelectual, y la Poesía castellana alcanzó la rima épica en los Poemas del Cid y en la época de Alfonso X, el Sabio.

Expulsados los moros de nuestro suelo patrio y reconstituida la unidad nacional, se preparaba España para mayores empresas y para la conquista del mundo. Grande fué su poderío, hasta el punto de que en sus dominios no se ponía el Sol.

Las conquistas de España en América en el reinado de los Reyes Católicos, representa en la civilización española aquel momento histórico en que mejor se refleja el espíritu nacional y el más profundo respeto a la integridad de la Patria. El siglo XVI (1492 a 1598), fué la edad de oro de la Religión, de las Letras, de las Ciencias y de las Artes. En él se descubre el Nuevo Mundo, al que llevamos elementos de nuestra civilización, y cuando el protestantismo arranca de la Iglesia la cuarta parte de Europa, millones de indios abrazan la verdadera Fe en los dilatados territorios que se extienden desde la Florida hasta la Tierra de Fuego.

Con las guerras que sostuvimos en Francia, Italia, Flandes y Alemania, nuestros soberanos no buscaron la satisfacción de sus propias ambiciones, ni aspiraron a la monarquía universal, sino

que su principal mira fué la conservación de la Fe en los lugares infestados por la herejía y su propagación a los países conquistados.

Los siglos XVI y XVII fueron no sólo los siglos de oro de la Iglesia española y de los Santos, sino de ilustres guerreros, famosísimos capitanes e intrépidos navegantes, que extendieron nuestros dominios por uno y otro hemisferio; célebres historiadores, ilustres literatos, pintores, escultores y arquitectos, que dieron fama merecida a nuestra amada España.

Hablando de las grandezas de España, hay que recordar las guerras sostenidas con Francia, África y Flandes, bajo el reinado de Felipe II (1568-1598).

En este reinado se extendió la influencia española por Flandes y el Gran Duque de Alba, con las tropas de Alejandro Farnesio, ganando la batalla de San Quintín, batieron el protestantismo, y dominando el Mosa y el Escalda, sumaron un florón de gloria para su Patria (1).

En esta época, no sólo se trabajó en España para reducir los moriscos que habían quedado en nuestro solar, sino que Juan de Austria, hermano del Rey, generalísimo de las tropas cristianas, luchó en Lepanto contra los turcos, y la Cruz venció a la media luna que se hallaron frente a frente en las aguas del Golfo de Lepanto.

Bajo este reinado tuvo lugar la anexión de Portugal. A la muerte del Rey D. Sebastián, ocupó el trono su tío, el Cardenal D. Enrique, el cual designó por sucesor suyo al príncipe que tuviera mayor derecho al trono. Recayó la elección en Felipe II por ser nieto de Manuel I y fué proclamado rey en Lisboa en 1580.

La guerra de Flandes continuó en la época de Felipe IV que renovó las pretensiones sobre los Países Bajos, y después de la

(1) En memoria de esta fecha, 10 de agosto de 1557, fiesta de San Lorenzo, se edificó el famoso monumento del Escorial, una de las mayores maravillas del mundo.

rendición de Breda (1) y de largas y sangrientas luchas, el predominio de España quedó muy quebrantado. Con el tratado de Viena, acabó la guerra de *Treinta años* y puso término a las contiendas entre España y Francia la *paz de los Pirineos*, por la cual se cedió a Francia el Rosellón, el Artois y parte de Flandes y Francia se retiraba de Cataluña y cedió la Borgoña.

Prueba de la grandeza del pueblo español y de su heroico valor es la épica hazaña de la guerra de Independencia, en el que el pueblo defendió el suelo patrio y a sus reyes Carlos IV y Fernando VII contra las tropas francesas y Napoleón I. La jornada del 2 de mayo de 1808 con sus capitanes inmortales Daoiz y Velarde, el levantamiento heroico del pueblo de Madrid al que siguió un movimiento general de todos los españoles, tanto de las ciudades como de las aldeas, que acudieron en defensa de la Patria, puede considerarse como una segunda reconquista de España en la cual tomaron parte Asturias, León, Castilla, Galicia, Aragón y Cataluña que se unieron contra el poder del invasor José Bonaparte.

Los sitios de Bailén, Zaragoza y Gerona con sus héroes el general Castaños, Palafox, Agustina de Aragón y Álvarez de Castro, son páginas gloriosas que no se pueden borrar de nuestra brillante Historia patria.

El triunfo definitivo de nuestras armas en esta gigantesca lucha demuestra lo que puede, por la defensa de su independencia, un pueblo unido por la misma fe y un acendrado patriotismo.

La influencia civilizadora y colonizadora de España se extendió, no sólo por Europa, sino por África, Asia, América y Oceanía. En África tenemos el Archipiélago de Canarias, los territorios del Muni, Río de Oro y las islas del Golfo de Guinea, Fernando

(1) Hecho de Armas immortalizado en el célebre lienzo de Velázquez.

Poo, Annobón, Corisco y Elobey; ejerciendo por el Océano una influencia europea en dicho continente y la Zona del Protectorado español en Marruecos cuya misión política de paz civilizadora cumple a España en virtud del convenio de Algeciras de 1818, sosteniendo una guerra inacabable con los kábilas rebeldes de Marruecos, que ha dado lugar a un derroche de patriotismo y nos cuesta un río de sangre y oro. ¡¡¡Ofrendemos nuestro homenaje de admiración y cariño al valiente Ejército y al soldado español que lucha tan bravamente y un recuerdo piadoso a las víctimas que han sucumbido, por la ferocidad salvaje de los rifeños, en tierras africanas!!!

El descubrimiento de América es una epopeya gloriosa para España. El inmortal genovés Cristobal Colón (1) protegido por los Reyes Católicos acometió la gigantesca empresa de atravesar el Océano y descubrir las tierras ignotas de América, abriendo para la civilización cristiana los desconocidos países y olvidadas playas, de un Nuevo Mundo. Este insigne navegante después de dar a conocer a Génova (2), su ciudad natal y a los reyes de

(1) El señor Ballester, dice en su «Historia de España»:

«Sabido es que Colón se estableció en Portugal, y allí contrajo matrimonio con la hija de un marino en Porto Santo (Madera), isla en la que residió. Desde Lisboa, donde vivió algunos años hizo viajes por la costa occidental de África, y preocupándose de empresas marítimas concibió *el plan*, cuyo resultado había de ser el descubrimiento de América. Requirió el apoyo del rey de Portugal, don Juan II; pero este monarca, sin que sepamos el motivo, no le hizo caso».

(2) En esta hermosa ciudad de Génova, cuna de Cristóbal Colón, se alza un grandioso monumento que su patria ha erigido al inmortal navegante en la Plaza de Acquaverde. Esta obra artística felizmente sintetiza el pensamiento realizado del descubrimiento de América. Esculpido en riquísimo mármol estatuario de Génova. fué erigido el año 1862, e inaugurado el 12 de octubre, inmortal aniversario de la vuelta de América del gran navegante.

Aparece su estatua sobre el pedestal apoyada en un ancla, símbolo de su firme esperanza, teniendo a sus pies a la América de rodillas que agradecida le contempla. En él se lee la siguiente inscripción: «A Cristóforo Colombo la Patria» «Divinato un Mondo lo Avvinse di Perenni benefizi all'Antico».

Francia, Inglaterra y Portugal, sus proyectos de lanzarse al descubrimiento de un continente desconocido que, según sus cálculos, debía de existir más allá de los mares; viéndose desatendido, vino a España y la magnánima reina Isabel la Católica dió sus alhajas y los caballeros de la Corte, el dinero de que disponían para tal empresa. Así pudieron montarse dos carabelas armadas con los pertrechos y viveres necesarios. Martín Alonso Pinzón equipó otra carabela y facilitó el alistamiento del personal para tan arriesgada expedición. Las tres carabelas Santa María, Pinta y Niña, salieron de Palos de la Frontera el 3 de agosto de 1492, tripuladas por 120 hombres, en su mayoría castellanos y aragoneses. En 12 de octubre de aquel año, un marinero de la tripulación de la Pinta, dió la voz de ¡tierra! y llegaron al archipiélago de Lucayas, que Colón llamó San Salvador. Continuando las exploraciones, llegaron a Cuba octubre de 1492 y en diciembre, a la isla de Santo Domingo, que fué llamada Española.

Habiendo perdido la nave capitana, Colón regresó a España a bordo de la Niña, desembarcando en el mismo puerto de Palos el 15 de marzo de 1493. A su regreso, Colón fué aclamado por el pueblo y recibido en Barcelona por los Reyes Católicos con todos los honores.

La expedición realizada dió la certeza de que existían tierras al otro lado del Atlántico. Este conocimiento iba a facilitar otras muchas empresas y desde entonces un Nuevo Mundo pasaba al dominio de España.

La obra colonizadora de España abarca la América del Sur, del Centro, y en el Norte, los Estados Unidos de Méjico. Las explo-

Enfrente del monumento está el Palacio de Colón en que se ven escritas estas palabras:

«Cristóforo Colombo Genovese scopre l'América».

En Valladolid hay un monumento conmemorativo del descubrimiento de América, erigido a la entrada de la ciudad, en el Campo Grande, hermosa obra debida al inspirado escultor sevillano, don Antonio Susillo, que estaba destinado al Parque de la Habana, y cuando la pérdida de las Antillas el gobierno español lo concedió a esta ciudad, en donde vivió y murió el inmortal genovés.

raciones y tentativas colonizadoras en un principio fueron las tierras meridionales del mar de las Antillas, pero Vasco Núñez de Balboa, oriundo de Extremadura y Andalucía, ejemplar admirable de aquellas generaciones de titanes de la raza, cuya inteligencia perspicaz y su voluntad firme le hicieron prototipo de los exploradores europeos, llevando como incentivo el amor a la Patria y la idealidad de un pueblo que se sentía predestinado para grandes empresas, irrumpiendo las regiones misteriosas de la América ignota, tomó posesión española en «Tierra firme» de lo que fué *Castilla del oro* (Darien). Su expedición, formada de soldados españoles, arriesgadísima y penosa, la realizaron en 25 días de jornada, y al cabo de ellos, luchando con pueblos salvajes a través de las selvas y bosques tupidos, pudieron al fin el 25 de septiembre de 1513 al subir la falda de una montaña, desde su cumbre divisar el mar inmenso. ¡¡Mar!!, gritó Balboa. ¡Mar!, gritaron sus compañeros contemplando la inmensa llanura del Océano. Fray Alonso de Vara entonó el «Te Deum laudamus» y en su inmensidad se dilataron los vivas a España. Así Balboa (1) halló la *vía marítima* que facilitara el acceso al mar del Sur (Pacífico), y tremolando el estandarte y desenvainando la espada, Balboa proclamó el dominio de España. Desde la cumbre del histórico monte, al bajar los españoles con Balboa, descendió la civilización y se difundió el alma de Europa por la Gran América.

De la misma raza de titanes era Hernán Cortés, el hidalgo de Medellín, que se había distinguido como militar en la conquista de Cuba. En 1519 partió de la Habana con un puñado de hombres, valientes como leones, que supieron conquistar a Méjico (2), ese Méjico hoy tan calumniado por sus revoluciones, pero país tan bello por la fuerza admirable de su tradición y su arte (3) genui-

(1) En la desembocadura del Sábana, bahía de San Miguel.

(2) Con Fernando de Córdoba y Bernal Díaz del Castillo (castellano).

(3) Sobre «El arte y espiritualismo de las Ciudades españolas», pronunció una conferencia el doctor Gay, en la Universidad de Cambridge (Inglaterra), en que demostró el influjo del arte español, que

namente español, reflejado en sus monumentos y suntuosos edificios que allí dejó España en la época de su dominación. El temple de la raza y su altiva independencia constituye un rival formidable de los Estados Unidos en el dominio de América del Norte.

Los triunfos de Cortés avivaron la codicia de otros aventureros. Francisco Pizarro, natural de Trujillo (Extremadura), que en una de las expediciones con Balboa había adquirido, por referencias de los indígenas, noticias de la existencia de ricas comarcas al Sur del Golfo de Darien; se asoció al prestigioso y leal militar Diego de Almagro y al eclesiástico Fernando Duque, y exploraron la costa del Perú.

Convencidos por este primer viaje de las riquezas del país y obtenida la autorización del Rey en enero de 1531, salió de Panamá el ejército de Pizarro y se apoderaron de los incas y de su emperador Atahualpa, dominando en las mesetas de los Andes, en Bolivia, Perú y Ecuador. Almagro, a su vez, prosiguió la conquista hacia el Sur, entrando en Chile. Chile fué conquistado por uno de los oficiales de Pizarro, Pedro de Valdivia y García de Mendoza. A éstas siguieron nuevas conquistas: Alonso de Ojeda, descubrió Venezuela (1499); Belalcázar, conquistó Quito y Bogotá; Alarcón, la California (1535); Pedro de Arias, Panamá; Gil González de Ávila, Nicaragua; Juan Díaz de Solís con Yáñez Pinzón, descubrieron el Yucatán; Diego de Alvarado, fundó San Salvador. En la costa Oriental, Pedro de Mendoza, fundó Buenos Aires (1534) y su lugar-

imprimió un matiz especial en el Renacimiento, debido a la naturaleza moral española: en el arte Colonial los españoles añadieron una nota de fuerza extraordinaria, como lo demuestra la América monumental de los Estados de Méjico y Perú, cuyos principales monumentos de gran magnificencia y esplendor surgieron del nuevo arte incaico-español. El idealismo de los pueblos mediterráneos se acentúa en España y se transmite a América: toda ella queda sembrada de vestigios que ahora se buscan y reconstituyen por los mismos norte-americanos. «Todo esto es tradición que debe ser aumentada, renovada y conservada como un sagrado depósito de nuestra historia, añadiéndola a las nuevas conquistas de nuestra época».

teniente Ayolas, Asunción (1536). Pero el principal esfuerzo de la expansión española en Sud-américa, fué dirigido al Perú o *Nueva Castilla*, y Diego Velázquez realizó la conquista de Cuba; Juan Ponce de León, Las Lucayas o Archipiélago de Bahamas, Puerto Rico y la Florida.

Al calor de la gloria de Balboa, avanzaron Fernando de Soto hasta descubrir el Missisipí; Sebastián Cabot, subió el río de la Plata y el Paraná hasta el Paraguay. Al fin, los españoles en constante epopeya, iban desparramándose por un Mundo Nuevo, entregándole a la cultura de la vieja Europa.

Declaradas independientes las Repúblicas americanas, allí quedan nuestra cultura, los caracteres espirituales de nuestra raza y los vestigios materiales de los monumentos y edificios que proclaman nuestra grandeza y poderío; porque dígase lo que se quiera, a pesar de los defectos que algunos han atribuido a nuestra colonización, España ha sido la única Nación que ha hecho la obra fundamental de respetar el origen y mezclarse con el indígena.

Ahí está el vigor hispano-americano de México ante la pretensión de los Estados Unidos y el común sentir de diez y nueve Estados de habla hispana, que están unidos a nosotros por los vínculos de la raza, por nuestro idioma y por legítimas aspiraciones comunes del más puro hispanoamericanismo.

La gran extensión del imperio colonial español, a fines del siglo XVI, fué acrecentado en tiempos del sucesor de Carlos V con la ocupación de la Florida por Menéndez Avilés, descubierta por Ponce de León y del Archipiélago Filipino, conquistado en 1565 por Miguel López de Legazpi, dirigiéndose la actividad colonial española en Filipinas principalmente a la evangelización de los indígenas.

¿Cómo realizaron los argonautas iberos la epopeya del descubrimiento de Oceanía? Fernando de Magallanes, portugués que había estado en la India, se estableció en Sevilla, y puesto al servicio de España, consiguió organizar una expedición, autorizada por Carlos V, que salió del Puerto de Sanlúcar de Barrameda,

el 20 de septiembre de 1519 en la «Nao Victoria», con cinco carabelas más, en las cuales dieron la vuelta al mundo. En este primer viaje, atravesando el Atlántico hacia América, descendieron a lo largo de la costa del Brasil, doblaron el cabo de Hornos, y favorecidos por los vientos aliseos, surcaron el gran Océano Pacífico, llegando en febrero de 1521, al Archipiélago de las Marianas y a las Filipinas. Se comprenden las vicisitudes que pasaron estos colosos: la técnica náutica estaba poco adelantada, los instrumentos eran primitivos, las cartas geográficas falsas, desconocidos los mares, las tablas astronómicas incompletas para las latitudes Norte y para las del Sur, raramente aproximadas. No se conocía la brújula ni donde reparar los barcos, ni de dónde recibir auxilio; con fe heroica se entregaban a los elementos y a bordo no tuvieron casi elementos para alimentarse en la travesía.

Magallanes pereció asesinado en el islote de Matan; la tripulación, mermada por el escorbuto, continuó al mando de Sebastián Elcano o del Cano, regresando al punto de partida por la ruta que seguían los portugueses. De cinco naves que habían formado la expedición no regresó más que una; la «Nao Victoria» entró en el puerto de Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522, después de haber dado la primera vez la vuelta al mundo. El Rey concedió al Elcano un escudo de Armas en el que figuraba un globo terráqueo con la leyenda «Primus circumdedisti me» (1).

Aquellos argonautas que no trajeron ni un grano de oro a España, conquistaron tesoros para la Cosmografía, la Antropolo-

(1) La expedición Magallanes motivó discusiones con los portugueses. Al fin se arregló amistosamente el asunto con un Tratado, cediendo Carlos V todos sus derechos a las islas Molucas, a cambio de una fuerte suma. Los portugueses quedaron, pues, dueños del comercio de Asia, pero los españoles siguieron haciendo expediciones oceánicas, descubriendo tierras y explorando ignoradas costas para bien de la Ciencia. La obra de los españoles en Filipinas fué equivalente a la de los portugueses en el Brasil, que perdura a pesar de la dominación americana. Allí, aun hoy, el pueblo se llama con orgullo hispano-malayo, siendo la lengua española en la que los escritores se comunican con el alma colectiva del Mundo civilizado.

gía y la Historia Natural e hicieron una obra de solidaridad humana, al enlazar estos mundos nuevos con la Europa.

No puede confundirse a los argonautas iberos con unos mercaderes: los capitanes de estas expediciones fueron superhombres que pusieron en un ideal todo el valor de la raza hispana que supo realizar tan magna empresa. El acto de acatamiento y vasallaje de los salvajes de los países conquistados a las Majestades españolas, fué una obra de penetración de la cultura europea en Asia y América. El paganismo y la superstición de los patagones, indios y tagalos, fué sustituido por la divulgación de la doctrina cristiana; al simbolismo y a la idolatría, sucedió la Religión positiva de Cristo, llevando a la mente de los indígenas a un plano moral superior y la civilización de sus costumbres. Algunos sucumbieron en esta magna empresa, pero la conquista estaba realizada y en estos países ignotos, abierto el surco de la cultura española.

Sobre iberoamericanismo está haciendo nuestra Universidad una obra digna de todo encomio. Trabaja con su Rector incesantemente por la fundación de una Universidad Hispano-Americana y ha establecido la Sección de estudios americanistas con sus cursos de conferencias comenzadas en el curso de 1923-1924 y continuada en 1924-1925 (1). Esta idea fué iniciada por el culto profesorado de la Universidad con motivo de la Fiesta de la Raza y patrocinada con entusiasmo por nuestro querido Rector excelentísimo Sr. D. Calixto Valverde y Valverde. Los ilustres profesores señores Jiménez de Asúa, de Madrid y Gay, Barcia Trelles hermanos, González de Echávarri, Torre Ruiz, Maldonado de Guevara y Rivera Manescau de esta Universidad, que han tomado parte en estos cursos con brillantes conferencias (2), han rea-

(1) La Universidad ha publicado la primera serie de conferencias del curso de 1923-1924 y están en prensa las de 1924-1925.

(2) Han anunciado interesantes conferencias en estos cursos americanistas, el Excmo. Sr. D. José M.^a de Queiroz Velloso, director de

lizado una obra magna que tiende a la unión espiritual de los pueblos hermanos de raza, religión e idioma, sellando con la cultura la compenetración de las Naciones nuevas que, aunque separadas de nosotros por el Océano, están unidas a su vieja Madre por los mismos ideales, idénticos anhelos, estrechando así las relaciones hispanoamericanas.

A esto tiende también la «Fiesta de la Raza», establecida oficialmente por el Estado español, que se celebra con grandes solemnidades literarias y científicas en España y América latina el 12 de octubre, inmortal fecha del descubrimiento de América (1). Esta fiesta tiene una alta espiritualidad de nacionalidad y patriotismo y en ella se dan un abrazo las Repúblicas americanas de habla española con España para constituir la inmensa Hispania. La última campaña que realiza el Panamericanismo, mejor dicho el Imperialismo Norte-Americano, se encamina a impedir que arraigue la «Fiesta de la Raza». Pero estamos seguros que serán vanas esas maquinaciones, si poseídos los españoles de verdadera fe en los destinos de su Patria, la propagan y la ennoblecen con una labor constante de afirmación cultural, contando con el esfuerzo recíproco de los pueblos, que son una prolongación de la Historia y de la raza española.

Nuestro querido Rector, el doctor Valverde, ha tratado este asunto en una notable conferencia sobre «La enseñanza y el hispanoamericanismo», pronunciada en la «Unión-Ibero-Americana de Madrid». Este interesante tema, siempre lleno de interés creciente, lo expuso con buena doctrina, avalorada con hechos históricos y esmaltada con vibrantes notas patrióticas y entusiastas

Instrucción Pública de Portugal sobre «Política colonial en el Brasil», y don Isidoro Iglesias García, catedrático de Derecho de esta Universidad, sobre «Los comienzos de las Misiones católicas en América española».

(1) Este año, por acuerdo del Claustro universitario, se solemnizará la «Fiesta de la Raza» con una gran procesión cívica que, partiendo de la Universidad, recorra la ciudad y termine en el Campo Grande, frente al Monumento que conmemora el descubrimiento de América.

bríos personales en defensa de la comunidad de espiritualismo hispanoamericano. «A su juicio el hispanoamericanismo ha de consistir en un ideal común de España y de los Estados jóvenes trasoceanicos. A este ideal común ha de llegarse por una cultura paralela e intercambio intelectual constante. En esta labor trabajaron hijos ilustres de la Universidad vallisoletana no sólo en los tiempos del descubrimiento y colonización de América (1) sino actualmente con la Sección de estudios americanistas.

»Este movimiento hispanoamericanista, continúa el señor Valverde, ha de conducir a la formación de la gran Hispania; pero no debe confundirse con un movimiento de aproximación imperialista irrealizable, ni tampoco debe ser el propulsor las aspiraciones absorbentes en el orden económico, sino un movimiento espiritual que ligue las almas de los pueblos hermanos, formando un molde en que se vacie el alma colectiva de la Raza, para transportar a América nuestra civilización, nuestra cultura, nuestro tesoro científico y traer de allí las orientaciones, las ideas nuevas para renovar con la sangre moza de aquellos pueblos nuestro organismo social».

Dicha conferencia fué una evocación a nuestro glorioso pasado con las grandes reservas del espiritualismo de nuestra Raza, superiores a las de muchos pueblos cultos, que en estado latente o potencial viven entre nosotros, heredados de generaciones antepasadas con timbres de grandeza y tradición cristiana y una exaltación optimista del futuro de España que ha de ser fecundo para nuevas creaciones y grandes empresas.

La comunidad de ideas y aspiraciones ha de ser fomentada por una acción pedagógica y cultural común en las Escuelas y Universidades españolas y americanas (2).

(1) Valladolid fué la sede principal de los estudios legislativos, en donde se forjaron muchas Leyes de Indias.

(2) A este efecto el señor Rector expuso en dicha conferencia un verdadero programa de enseñanza, que se condensa en un folleto publicado por la «Unión Ibero-Americana». «La unión espiritual y moral hispano-americana surgirá de una similar orientación pedagógica

Es una gran obra patriótica nacional fomentar el intercambio de relaciones humanas y comerciales entre España y América. Nuestro comercio con América es cada vez más activo e intenso a beneficio de los grandes trasatlánticos que han establecido rutas marítimas directas entre nuestras costas y los principales puertos de América, que facilitan las transacciones mercantiles. La emigración española a América es muy numerosa; esto hace que allí

en todos los grados de enseñanza. Así, comenzando por la primera enseñanza, cimiento de todas las demás, la educación se extenderá a las Escuelas y a todas las Instituciones escolares, acabando no sólo con el analfabetismo sino con el reinado de los semi-educados y semi-instruidos, que como decía el ilustre argentino don Joaquín González, son los hombres más peligrosos de los Estados. Hacen falta escuelas modelos, con todos los adelantos de la ciencia y técnica pedagógica, donde se empleen buenos métodos y procedimientos de enseñanza. Tanto en las Escuelas de América, como en las de España, hay que hacer una educación patriótica, acostumbrando a los niños a mirar como una prolongación de España a la América española. Contribuiría a formar este sentimiento patriótico el canto de un himno a la Raza en todas las Escuelas de ambos mundos.

»En los Institutos y Liceos de segunda enseñanza, se debe procurar no sólo el perfeccionamiento de la enseñanza primaria sino la formación de ciudadanos cultos y conscientes en el desempeño de todas las funciones de la actividad humana y el núcleo fundamental de las clases productoras, el más importante de la población nacional. En estos Centros se ha de procurar la aproximación hispano-americana por uno de los medios más eficaces que es la lengua y la literatura española y americana; haciendo obra de divulgación de los libros clásicos, de los grandes maestros del idioma. Interesa también la creación de Cátedras de Geografía e Historia Española y Americana; conociéndose ambos países y enseñando los verdaderos valores y méritos de nuestras conquistas, los pueblos de América observarían que su civilización es un hecho natural y continuación de nuestra historia.

»Por fin, a las Universidades, centros de superior cultura de enseñanza profesional y elaboración de Ciencia, correspondería la alta misión de propulsar el movimiento espiritual de aproximación de la raza hispana. Debe de fomentarse el intelectualismo hispano y el desarrollo y fomento de los intereses económicos y sociales; a este fin debe intensificarse el intercambio científico en Filosofía e Historia, Derecho, en Ciencias y Medicina; estableciéndose la Universidad internacional ibero-americana, de que es ferviente partidario nuestro Rector».

tengamos los españoles grandes relaciones e intereses que fomentar y defender. Por último, nuestra cultura se transmite fácilmente a través del Océano por nuestros hombres intelectuales que establecen el lazo hispanoamericano necesario para el progreso de la Ciencia y el desarrollo de todas las actividades humanas de la vida moderna.

La Sociedad Cultural de la Argentina y el Uruguay, llevando anualmente a nuestros hombres representativos en la ciencia a las universidades sudamericanas, ha logrado engendrar en aquellos pueblos, una estima de nuestra labor intelectual. El iniciador de esta cruzada ha sido el gran hispanófilo don Avelino Gutiérrez (1), Profesor de Anatomía topográfica de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, que con notabilísimos esfuerzos inició y consolidó esta labor patriótica, digna de toda loa. Ya se habla en Sud-América de una «nueva España», porque esos países jóvenes y pujantes, poseen el más fino espíritu crítico y selectivo. «Prosigamos con tenaz constancia la ruta emprendida, dice el señor Jiménez de Asúa (2), convencidos de que este influjo sobre los pueblos que España descubrió, es una tarea de cordial conquista espiritual que América no sólo nos permite, sino que recibe con exquisita cortesía. Aproximémonos a estos hombres de nuestra raza con ademán modesto y sereno, vayamos no tanto a enseñar como aprender. Los intelectuales españoles que allá han ido, han sabido dar la sensación de hombres serios; unos han dejado luz de maestros, otros han aportado sus dotes de técnicos, pero todos han logrado dar una fuerte impresión de seriedad científica».

Tras de los primeros viajes de Altamira y Posada, verdaderos

(1) Es director de las importantes *Revistas Anatómico-Quirúrgica y de Cirugía*, de Buenos Aires, y en uno de los viajes que hizo a España en mayo de 1920, dió unas notables conferencias y lecciones prácticas en el Instituto Anatómico, de nuestra Facultad de Medicina, sobre «Investigaciones y demostraciones rápidas en el cadáver, por el método anatómico-topográfico»

(2) En un artículo publicado en *La Prensa*, periódico de Buenos Aires.

precursores de la corriente intelectual hispana, que desplegaron en Sud-América el panorama de la cultura de España, comenzó la Cultural a enviar bajo el consejo de la Junta para ampliación de estudios, a los profesores españoles más selectos. A nuestro gran Menéndez Pidal, que marchó primero, le siguieron año a año, filósofos como Ortega Gasset, matemáticos como Rey Pastor, fisiólogos como Pí Suñer, físicos como Blas Cabrera, historiadores de nuestra cultura como Gómez Moreno, médicos como R. Lafora y químicos como Casares.

En las Universidades argentinas saben apreciar la tarea sincera y honrada que realizan los hombres enviados por la vieja España. La más cálida simpatía rodeó a nuestros conquistadores de inteligencias y afectos, y las aulas porteñas, cordobesas y uruguayas, han requerido el concurso de nuestros científicos. Llamado por la Universidad de Córdoba, dió un curso de Filosofía, muy controvertido, Eugenio d'Ors. Buenos Aires y La Plata, encargaron a Américo Castro, la fundación y guía del Instituto filológico; le ha sustituido en el pasado curso don Agustín Millares, el joven profesor de nuestros viejos claustros, que vuelve colmado de respeto y admiración, de esas tierras que saben distinguir el mérito con exquisito ademán selectivo. Los trabajos llevados a cabo por nuestros hombres, pueden parangonarse, sin descrédito, con los de los científicos y técnicos de Europa (1).

Actualmente, en el presente año, han marchado a la Argentina o bogan hacia sus playas ilustres españoles y hombres de ciencia (2); Rey Pastor, está de nuevo al frente de una pléyade de

(1) En el pasado año de 1924, con motivo de la celebración del Centenario de la batalla de Ayacucho, fueron invitados a asistir los profesores españoles, don Vicente Gay y don Luis Jiménez de Asúa, que tomaron parte en el Congreso Panamericano.

(2) Siguiendo estas corrientes hispano-americanistas, la Federación de Colegios Doctorales de España y América, ha acordado celebrar, coincidiendo con las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, anunciadas para 1927, el I Congreso Universitario Hispano Americano. Las sesiones del Congreso se verificarán en las Universidades de Sevilla, Madrid y Barcelona, y los propósitos que animan a los Colegios

discípulos que va formando en la ciencia con su saber sin par; Pío del Río-Hortega, afamado histólogo, alumno de esta Universidad, escritor y afortunado investigador de la escuela de Cajal, provisto de fuerte bagaje de cultura, ha ido a Buenos Aires y Norte-América a enseñar sus métodos y descubrimientos; Pedro Ara, competente anatómico y hábil disector, ha sido nombrado Director del Instituto Anatómico de Córdoba (República Argentina), con cargo de explicar cursos de Anatomía; Montolín, gramático de valía, ha ido al Instituto de Filología de Buenos Aires y La Plata, Centro fundado por Américo Castro; Angel Cabrera Latorre, científico español de relieve, prepara su viaje a través del Atlántico por haber sido llamado por el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, para hacerse cargo de la jefatura de la Sección paleontológica y Luis Olariaga, gran economista y tantos otros insignes patriotas españoles que van a difundir la cultura mundial por tierras americanas. Estos son los nuevos conquistadores del alma argentina, que las tierras del Plata, reciben ahora o se preparan a recibir en un futuro consolador consorcio hispanoamericano.

Hemos llegado al término de nuestra tarea después de una larga y fatigante excursión por el mundo y por la Ciencia. Dispensad la molestia que os he proporcionado y el desencanto que habéis experimentado al oírme. Nuestro asunto no se presta a conceptos sintéticos por su carácter histórico-descriptivo y enciclopédico. Ahí queda nuestra modesta labor como una página de la historia del género humano y del origen y evolución de las civilizaciones que ha habido sobre la Tierra.

No hemos de bajarnos de esta tribuna sin dirigir unas palabras a la clase profesional médica, objeto de nuestros más intensos

Doctorales, es unir esa falange universitaria, de ambas Naciones, en una expresión de amor a la Ciencia y al alma española.

amores. Hay que confesar paladinamente que la clase médica ha alcanzado un gran nivel moral, social y científico, en los tiempos que corremos para bien de la Humanidad atacada de dolencias y enfermedades.

En las Facultades de Medicina, dice el doctor Cortezo (1), se trabaja con noble empeño y plausible celo por adoctrinar a la juventud en la difícil Ciencia de curar y los Médicos salen con fe en el alma y nobles impulsos en el corazón para aplicarla con amor a sus enfermos. Prueba de lo adelantada y trabajadora que es la clase Médica, la tenemos en los Congresos Nacionales e Internacionales de Higiene y de Ciencias Médicas verificados en Europa y América: Madrid, París, Bruselas, Londres, Roma, Nápoles, Moscou, Filadelfia, New-York, son una prueba elocuente de la aportación de la clase Médica en estos certámenes públicos.

El I Congreso Nacional de Medicina celebrado en Madrid, mayo 1919, tuvo un éxito superior a cuanto pudieron imaginar sus organizadores. Hubo más de 4000 congresistas. S. M. el Rey de España inauguró las tareas del Congreso en el Teatro Real y pronunció un discurso del cual entresacamos las hermosas y alentadoras palabras: «En la lucha contra la muerte, la Sanidad no sólo está falta de dinero, está también falta de Hospitales, de Laboratorios y de Facultades donde aprender y enseñar Medicina. Por eso recogé la iniciativa de construir en Madrid una nueva Facultad donde se atienda y enseñe a los que hablan español allende el mar. El coste de una Facultad a la moderna, bien dotada, es análogo al de un acorazado de 12.000 toneladas. Quiero, dijo, que la Medicina española tenga su acorazado. Soy optimista y tengo fe en España».

El II Congreso Nacional de Medicina, celebrado en Sevilla, octubre 1924, fué un éxito enorme por el número y calidad de los concurrentes españoles y americanos. A él acudieron catedráticos de todos los Centros universitarios, médicos prácticos y especialistas de todos los extremos de la Península ibérica y

(1) En un artículo publicado en *El Siglo Médico*. 25 octubre, 1924.

Naciones americanas, de habla española, ansiosos de respirar el ambiente purificador de alta Ciencia y contribuir con su labor práctica y estimable de sus observaciones a hacer una obra digna de aplauso.

Es muy de apreciar, que siguiendo el movimiento científico, vinieran de América más de un centenar y medio de médicos, que gozan de justa fama y estimación en su país, a colaborar como obreros de la Ciencia y a estrecharnos como hermanos en nuestra madre Patria, común de españoles y americanos.

El II Congreso Médico, además de apretar los lazos ibero-americanos, ha marcado de modo indeleble el porvenir y sello de la Medicina de habla española, que hoy puede presentarse al lado de la de todos los países cultos. El espíritu que ha dominado entre americanos y españoles, de idénticos propósitos y aspiraciones, ha sido el paso más grande que ha podido darse en el hecho histórico de refundición de nuestra raza. Lo que la diplomacia, la política, las transacciones e intereses comerciales y la acción de los Gobiernos, dice el doctor Cortezo, no han conseguido en toda la centuria que media desde la separación política de nuestras provincias y Estados americanos, lo ha comenzado a labrar con solidez inquebrantable el abrazo que los médicos de allende el mar han ofrecido a los que con anhelo los esperábamos en aras de la Unión Ibero-americana. Esperamos que este hecho no quedará desmentido en el sucesivo desarrollo de la Historia Patria y de América.

En la suntuosa fiesta inaugural efectuada en el teatro de San Fernando, bajo la presidencia augusta del Rey de España, S. M. don Alfonso XIII, habló en los siguientes términos: «Tengo gran satisfacción de inaugurar este Congreso. Este Certamen denota que España tiene el deseo de incorporarse al progreso mundial»; y después de pronunciar el Rey, hermosas palabras, en favor de la paz universal, para que se den un abrazo fraternal todos los hombres y naciones, refiriéndose a los médicos dijo: «Cuando me pongo en contacto con el cuerpo médico siento como si me pusiera una inyección de cafeína, y es que vosotros

reanimáis los organismos más débiles y los de menos voluntad». Señala don Alfonso los progresos científicos de otros países, y aludiendo a los de España dice: «Nosotros, por vicisitudes especiales, tenemos falta de laboratorios, de hospitales, de material moderno. Por eso mis Gobiernos procuran hacer lo posible, para que España, en el orden científico, ocupe el lugar que le corresponde. La ciudad universitaria ofrecida por España no es sólo para España, sino para todo el mundo ibero-americano. El tránsito forzoso para Madrid ha de ser Sevilla y desde Sevilla América. Se ha creado aquí el Colegio Hispano-americano, que es solar de la Raza. Es preciso que todos los pueblos ibero-americanos estén unidos como antaño». Así terminó su discurso el Rey: verdadero himno a la cultura, patriotismo y broche de oro que unirá España y América.

* * *

Sean mis últimas palabras para esta juventud estudiosa, ávida de aprender, de nuestros Centros docentes; a esa juventud que nos sigue y que pronto, en el andar de la vida, será la encargada de regir los destinos de la Patria.

En la hora que nos ha tocado vivir sería imperdonable, dice el doctor Redondo Carranceja (1), no prepararse para la lucha de la paz, que ha de ser tan implacable como la de la guerra. «Sólo siendo fuertes y vigorosos podéis triunfar y haceros dignos de nuestra Historia. Esta debe ser el acicate de vuestras legítimas aspiraciones». Ella es como el resplandor de aquella llama con que la raza ibérica iluminó al mundo con sus empresas y hazañas. «Dios nos concedió condiciones étnicas sobresalientes y en la reconstitución de la raza a vosotros corresponde el principal papel».

Nuestros hombres y nuestros héroes, los reyes y los santos,

(1) Discurso inaugural leído en la Universidad Central, por don Arturo de Redondo y Carranceja, curso académico de 1918 a 1919

los conquistadores y los guerrilleros, nos producen la emoción de lo sublime y el legítimo orgullo de pertenecer a nuestro país.

Hace falta crear verdaderos valores morales y espirituales y la ciencia, el talento, la pericia en el arte y la intrepidez en nuestras empresas, deben estar orientadas hacia el bien absoluto en el triple cumplimiento de nuestros deberes para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo. El valor moral de la vida honesta y virtuosa debe estar troquelado en la práctica del bien.

Pensemos en serio en nuestros ulteriores destinos y opongámonos a la frivolidad actual que pone sus sentidos en los medios y vive olvidada de su fin. Las sociedades contemporáneas deberán fundamentar su progreso en las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y los inventos y adelantos en todas las manifestaciones de la vida encaminarse al mejor servicio de Dios, al respeto mutuo y al bien del prójimo. Nuestras obras fructifiquen con la antorcha de la fe, al calor de la esperanza y al oro de la caridad.

La razón, iluminada por la fe, descubra los arcanos de la Ciencia, y vosotros, queridos escolares, estudiad, trabajad, investigad, y en el orden de las aplicaciones prácticas, dentro de la carrera que cada uno siga, adquirid la mayor suma de conocimientos para que, en posesión de un título profesional, aportéis el fruto de vuestros desvelos al acervo común de la Sociedad, y con la virtud y el trabajo, alcancéis una estimación justa y vuestra propia utilidad. «Labor et Virtus omnia vincit».

HE DICHO

BIBLIOGRAFÍA

«La Santa Biblia», traducción de la Vulgata Latina, por Scio-Madrid. 1854, Gaspar y Roig, editores.

«La Biblia y la Ciencia», por el Cardenal González, de la Orden de Santo Domingo. Dos tomos. Sevilla, 1892

«Discursos sobre las relaciones que existen entre la Ciencia y la Religión revelada», por el Emmo. Cardenal Nicolás Wissemann. Tercera edición. Barcelona. 1854.

«Enciclopedia Universal Ilustrada, Europea y Americana». Hijos de Espasa, editores, Barcelona.

«Curso de Historia Universal», por el P. José Mundó. S. J. Barcelona, Hijos de Espasa, editores, Barcelona.

«Elementos de Historia Natural, Geología», por I. Bolívar y S. Calderón, catedráticos de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central. Madrid, 1920.

«Nueva Geografía Universal». por el doctor Rafael Ballester, Valladolid, 1923.

«Curso de Historia de España», por el doctor Rafael Ballester. Barcelona, 1924.

«Compendio de Geografía general y de Europa», por don José Bañares y Magán. Valladolid, 1921.

«Historia Sagrada», Antiguo y Nuevo Testamento, por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

«Historia de España». por G. M. Bruño. Madrid, 1919.

«Empresas y viajes apostólicos de San Francisco Javier», por el P. Francisco Apalátegui. Madrid, 1920.

«Etnología: Antropología filosófica», por Telesforo Aranzadi. Tomo II. Madrid, 1899.

«Etnografía: Clasificaciones, Prehistoria y Razas Americanas», por Luis Hoyos Sáinz. Tomo III. Madrid. 1900.

«Armas de bronce de Huelva». por J. Albelda, ingeniero de Caminos. Trabajo presentado al IX Congreso de las Ciencias de Salamanca. Tomo VI. Ciencias Naturales.

«Asociación Española para el Progreso de las Ciencias». V Congreso de Valladolid. Octubre. 1915. Tomos II-VI.

«Prehistoria de los indo-europeos», obra póstuma de Rodolfo von Ihering, traducción española, por Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo. Madrid, 1896.

Brotéria. Serie mensual *Fe-Sciencias-Letras*, revista portuguesa. Caminha, 1925.

«Amemus Patriam!» Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1924 a 1925, por el doctor don Vicente Peset y Cervera, catedrático de la Facultad de Medicina. Valencia.

«Una rápida excursión por el Mundo de la Ciencia y de la vida. Dios o el acaso?», Conferencia del Ilmo. Sr. Obispo de Huesca, hoy de Vitoria, fray Zacarías Martínez-Núñez, O. S. A.; pronunciado en la Academia de Ciencias de Zaragoza. 1921.

Discurso leído en la solemne inauguración del curso de 1918 a 1919 en la Universidad Central, por el doctor don Arturo Redondo Carran-jeja, catedrático de la Facultad de Medicina. Madrid.

Conferencias de la «Sección de Estudios Americanistas», curso de 1923 a 1924, serie primera. Universidad de Valladolid.

«La Enseñanza y el Hispanoamericanismo». Conferencia pronunciada en la «Unión Ibero-Americana», por el Excmo. Sr. D. Calixto Valverde. Rector de la Universidad Literaria, el 27 de marzo 1925. Madrid.

«Hespanha e Portugal e suas afinidades». Adriano Anthero. Memoria apresentada no Congresso scientifico dos dois paizes. Porto, 1921.

O Instituto de Anatomia. I Centenario da Faculdade de Medicina de Porto. «Súmula dos Trabalhos de investigação». Porto, 1911-1925.

«Portugal, Brasil e Grã Bretanha». Lição inaugural, realizada no King's College, Londres, em 8 de outubro de 1923, por Edgar Prestage, Coimbra. Imprensa da Universidade, 1925.

«Viaje a Oriente de la fragata de guerra Arapiles», y de la Comisión científica subvencionada por el Gobierno español, por don Juan de Dios de la Rada y Delgado. Barcelona, 1876.